

# GERMÁN COLMENARES

UNA NUEVA HISTORIA



Adolfo León Atehortúa Cruz



Universidad  
del Valle

Programa  Editorial

**GERMÁN COLMENARES:  
UNA NUEVA HISTORIA**

**Adolfo León Atehortúa Cruz**

El libro de Adolfo Aterhotúa sobre Germán Colmenares es mucho mas que un ensayo historiográfico. Es un vibrante trabajo sobre historia intelectual y académica que muestra de manera integral a uno de los historiadores que revoluciono la historia como disciplina científica y practica del historiado en Colombia.

En torno a la obra y trayectoria de Colmenares, Atehortúa detalla las presupuesta teóricas y metodológicas del maestro, destaca su quehacer como “oficio del historiador”. desmenuza su producción académica y realza la ética del magisterio que tanto dignifico Colmenares. No olvida, finalmente, el acercamiento a al figura del academizo y su compromiso con la sociedad, con la universidad publica, y en general con la política

Los que recibimos clases con el maestro Germán Colmenares, los que de alguna u otra forma se forjaron con él como historiadores, los que siguen leyendo, formándose y “recibiendo” clases del maestro, quienes necesitan de sus enseñanzas y de su ejemplo como futuros historiadores, debemos celebrar la aparición de este libro.

Aimer Grandso

Universidad Autónoma Metropolitana - Cuajimalpa/  
Ciudad de México



**GERMÁN COLMENARES:  
UNA NUEVA HISTORIA**

**Adolfo León Atehortúa Cruz**



Atehortúa Cruz, Adolfo León

Germán Colmenares : una nueva historia / Adolfo León Atehortúa Cruz.  
-- Santiago de Cali : Facultad de Humanidades Departamento de Historia  
Universidad del Valle, 2013.

158 p. ; 21 cm. -- (Colección artes y humanidades)

Incluye bibliografía.

1. Colmenares, Germán, 1938-1990 - Crítica e interpretación. 2. Abogados  
- Biografías 3. Profesores universitarios - Biografías

I. Tit. II. Serie.

923 cd 21 ed.

A1392951

CEP-Banco de la República-Biblioteca Luis Ángel Arango

## Universidad del Valle

### Programa Editorial

Título: Germán Colmenares: una nueva historia

Autor: Adolfo León Atehortúa Cruz

ISBN: 978-958-765-051-8

ISBN-PDF: 978-958-5164-92-5

DOI: 10.25100/peu.546

Colección: Artes y Humanidades

**Primera Edición Impresa marzo 2013**

Rector de la Universidad del Valle: Édgar Varela Barrios

Vicerrector de Investigaciones: Héctor Cadavid Ramírez

Director del Programa Editorial: Omar J. Díaz Saldaña

© Universidad del Valle

© Adolfo León Atehortúa Cruz

Ilustración de carátula y fotografías interiores: Archivo familiar cortesía de Marina Jiménez

Este libro, o parte de él, no puede ser reproducido por ningún medio sin autorización escrita de la Universidad del Valle.

El contenido de esta obra corresponde al derecho de expresión del autor y no compromete el pensamiento institucional de la Universidad del Valle, ni genera responsabilidad frente a terceros. El autor es el responsable del respeto a los derechos de autor y del material contenido en la publicación, razón por la cual la Universidad no puede asumir ninguna responsabilidad en caso de omisiones o errores.

Cali, Colombia, diciembre de 2020

*A Humberto Vélez Ramírez,  
mi otro gran maestro  
en Univalle*

**PÁGINA EN BLANCO  
EN LA EDICIÓN IMPRESA**

# Tabla de contenido

<b>Prólogo</b>	9
Por Jorge Orlando Melo	
<b>Introducción</b>	19
1. Germán Colmenares ¿camino al olvido?	21
2. Lo escrito sobre Germán Colmenares	25
3. Propósito	27
4. Reconocimientos	29
<b>I. Reminiscencias de discípulos. Recuerdos y anécdotas con respecto a un maestro</b>	35
1. La dedicación de un artesano (Pablo Rodríguez)	37
2. La seriedad en el oficio (Margarita Garrido)	44
3. La responsabilidad del docente (Adolfo Atehortúa)	49
<b>II. Episodios trascendentales de una biografía académica</b>	57
1. Los primeros años de su formación académica universitaria. Las influencias	61
2. Se estrechan los contactos con la Historia	72
3. Una nueva forma de escribir la Historia	75
4. La Universidad del Valle	80
5. Obra, práctica y ejemplo	86
6. La partida	100
<b>III. Aportes fundamentales en la obra de Germán Colmenares</b>	105
1. “Combates por la historia”	107
2. Nuevas preguntas para viejos problemas	110
3. Nuevas fuentes, nuevas teorías	113

4. Coherencia analítica	120
5. Cultura e historia	124
6. Transdisciplinariedad y enseñanza de la historia	127
<b>IV. Germán Colmenares y la práctica política</b>	<b>133</b>
<b>Epílogo</b>	<b>141</b>
<b>Bibliografía</b>	<b>149</b>
<b>Bibliografía de Germán Colmenares</b>	<b>151</b>
1. Libros	151
2. Artículos y capítulos	152
<b>Bibliografía acerca de Germán Colmenares</b>	<b>156</b>
<b>Bibliografía consultada</b>	<b>159</b>

# **Prólogo**

**PÁGINA EN BLANCO  
EN LA EDICIÓN IMPRESA**

## **Germán Colmenares: un historiador ejemplar**

Preocupa al autor de este libro que los estudiantes de hoy parezcan desconocer la obra de Germán Colmenares, uno de los historiadores colombianos con una obra más compleja e interesante. No me sorprende: estoy seguro de que si uno les preguntara por la obra de Jaime Jaramillo Uribe, o de Luis Ospina Vásquez, para mencionar otros investigadores valiosos de la generación anterior a la de Colmenares, la respuesta sería similar.

Ahora bien, los que hemos dedicado algún esfuerzo mediano al estudio de la historia colombiana, sabemos que los trabajos de Colmenares sobre la colonia son indispensables. Nadie ha propuesto una visión de este período que tenga el mismo rigor, la misma riqueza de información, la misma capacidad para formular preguntas pertinentes y la misma seguridad en la interpretación que Historia Económica y Social de la Nueva Granada en sus diversas versiones, o que sus trabajos sobre el Valle del Cauca, las haciendas de los jesuitas o las formas de la ley en la Colonia. Y sin embargo, muchos de los escritos de los investigadores universitarios, muchas de las tesis sobre historia colonial, definen sus herramientas conceptuales sin tener en cuenta las contribuciones de este autor. Por supuesto, sería absurdo pretender que todas sus investigaciones y sus conclusiones deben ser aceptadas hoy: lo propio de la historia es la permanente puesta en cuestión de lo que parece más seguro, la duda incesante sobre cualquier afirmación sobre el pasado.

No obstante, mi impresión general, y esto no se basa en un estudio sistemático de las publicaciones sobre historia colonial, es que la mayoría de los historiadores colombianos no tienen una visión histórica de su propia disciplina. Con esto quiero decir que no sienten que su obra se elabore a partir de un debate a fondo con los historiadores anteriores, sino que buscan más bien una solución de continuidad con los trabajos anteriores, que puede describirse con metáforas como las que se pusieron de moda en las discusiones sobre metodología científica que fueron comunes hace veinte o treinta años: cambios de paradigma, desplazamientos temáticos, rupturas epistemológicas. El desarrollo de nuevos temas, siguiendo con frecuencia la inspiración de historiadores europeos o norteamericanos, y la adopción de nuevas metodologías y lenguajes, parece dispensar a los historiadores de hoy del diálogo con los historiadores de hace unos pocos años. La historia adquiere así la apariencia de una disciplina que se renueva constantemente, pero por la sustitución de un ámbito de debate por otro totalmente nuevo.

No fue siempre así: entre 1960 y 1990, los lectores podían advertir como la obra de Colmenares mantenía un vigoroso diálogo, expreso o implícito, con la obra de sus predecesores, Jaime Jaramillo Uribe, Juan Friede, Indalecio Liévano Aguirre o Luis Eduardo Nieto Arteta, o de sus contemporáneos, mientras usaba los instrumentos que le ofrecían Febvre, Kula o Vilar para discutir con ellos o con los historiadores locales o extranjeros, que ofrecían interpretaciones simplificadas de las estructuras sociales coloniales, los partidarios de los “modos de producción”, feudal o capitalista. La evolución de su instrumental de interpretación, la incorporación de las perspectivas de

Hayden White, Panofsky, y la amplia gama de autores que le sirvieron en su interesante, compleja y discutible visión de los historiadores del siglo XIX, está siempre inscrita en esta perspectiva de discusión con el pasado: con los autores del siglo XIX, en este caso, pero también con los intérpretes posteriores y con los historiadores contemporáneos.

Quiero destacar con esto un estilo histórico que ha perdido peso; uno que hace explícitos sus debates, sus afinidades y sus divergencias con las interpretaciones anteriores. La eficacia insólita del trabajo de Colmenares, que se debía también a la forma sistemática en que enfrentaba los universos documentales y a una concepción de los procesos históricos que se resistía a toda simplificación metodológica, es también el producto de esta relación rica con sus colegas, pasados y presentes.

Hoy muchos artículos y libros de historia comienzan con una descalificación ritual de las interpretaciones pasadas, en la que se dice que “los historiadores tradicionales” han afirmado algo que no puede defenderse, o no han advertido algo evidente, o no han visto que ciertos fenómenos no pueden interpretarse “solo” con base en ciertos argumentos, o han ignorado lo que ahora sabemos, o no han atendido determinados campos de la investigación. Esta descalificación ritual casi nunca menciona nombres, y con frecuencia es impersonal: “se ha creído”, “se ha sostenido”, “se ha dicho”. Yo estoy cayendo, es obvio, en el mismo pecado, pero tengo la excusa de que este prólogo no puede convertirse en un análisis detallado de la historiografía reciente del país.

Por otra parte, además de que los historiadores tienden hoy a citar poco a sus predecesores, se están produciendo cambios en la cultura del país (y del mundo) que quitan

influencia a la historia. En todo el mundo, la historia ha ido dejando de ser parte esencial de la formación paradigmática del hombre culto. En Europa o los Estados Unidos, las humanidades –había que saber latín para entrar a la universidad, hasta bien entrado el siglo XX- la literatura y la historia hacían parte del equipaje ideológico normal de un universitario. En nuestro país la formación universitaria, desde el siglo XIX, estuvo más orientada a formar profesionales y la historia no tuvo casi ningún papel en las universidades: se enseñó marginalmente entre 1880 y 1960, aunque tuvo participación amplia en los debates periodísticos y políticos sobre el progreso y el destino de nuestras naciones, como lo mostró el mismo Colmenares en las Convenciones contra la cultura, o sirvió para una apología elemental de los partidos políticos.

Lo que es sorprendente es que la discusión histórica, durante un breve período, quizás de 1960 a 1990, tuviera peso en los debates públicos y en la vida académica. Por una parte, la Universidad la acogió, creó carreras de historia, incluyó en las humanidades cursos de historia nacional o universal, la convirtió en parte importante de los estudios de ciencias sociales. Al mismo tiempo, la discusión política en las revistas y periódicos, en los medios intelectuales, tenía en cuenta los debates históricos, y esto hacía que el trabajo en las universidades, la investigación del pasado, la visita paciente a los archivos, apareciera como valiosa, en la medida en que contribuía a aclarar nuestro pasado e indirectamente, nuestro presente y nuestro futuro

Esos treinta años en los que parecía que la historia tenía relevancia para el país, para la definición de proyectos sociales y culturales, coinciden con la vida profesional de Colmenares. Aunque alejado de toda militancia

política, algunos textos suyos sugieren que veía el papel de la historia en esta dirección, como un desarrollo de las formas de representación que orientan la acción política. Otros trataron de promover una apropiación amplia del conocimiento histórico, impulsando proyectos de divulgación histórica, el Manuel de Historia de Colcultura, la Nueva Historia de Colombia de Planeta, los fascículos semanales de Salvat y la Oveja Negra. Una clase media en proceso de formación apeló durante unos pocos años a la historia para definir sus formas de conciencia política y cultural.

Colmenares participó marginalmente en estos proyectos, pero su esfuerzo se dirigió ante todo, como trata de mostrarlo este libro, a la redefinición de los temas y metodologías de la investigación histórica. Había que hacer divulgación, pero sin un trabajo a fondo que replanteara las formas de concebir el pasado y sometiera la documentación a una lectura creadora y emancipada de las convenciones de la historiografía tradicional, se corría el riesgo de la simplificación y la propaganda.

En las dos últimas décadas las cosas parecen distintas. Dejando de lado los cambios universales en el mundo del libro y la lectura, se pueden enumerar algunos factores locales. La universidad creció aceleradamente, y lo hizo retomando la perspectiva profesionalista que se había criticado tanto a mediados del siglo XX: la formación ahora debe ser pertinente, y esto quiere decir que (como advirtió críticamente el mismo Colmenares) debe responder a la demanda de los sectores productivos. La relevancia de la historia para el debate histórico parece haber desaparecido: la nueva encarnación del afán de conocer el pasado está en las políticas de la memoria, que apoyan el recuerdo vivido

de comunidades afectadas por el conflicto armado reciente, y en libros periodísticos sobre el pasado reciente, en sus versiones más catastróficas o violentas.

Y la curiosidad social por el pasado, que probablemente existirá siempre, se ha descentrado y, como diría algún posmoderno, deslocalizado: History Channel y otros canales similares atienden a esa franja, de todos modos reducida, que ve en el pasado o en lo exótico sobre todo una forma de entretenimiento.

Mientras tanto, en las Universidades, los historiadores han sufrido cierto grado de aislamiento y han respondido tratando de justificar sus tareas como los demás científicos sociales, mediante la especialización creciente y la conformación de nichos cada vez más autosuficientes, definidos por temas inesperados o curiosos, por un lenguaje de apariencia técnica que sirve de sello de identidad y excluye a los extraños, y por una política de publicaciones en la que importa poco ser leído y lo clave es publicar para lograr el reconocimiento formal de algún sistema de valoración.

El problema no está pues en que la obra de Colmenares no se lea masivamente: tampoco se lee a Jaime Jaramillo Uribe, ni a Juan Friede, ni a Nieto Arteta u Ospina Vásquez y esos años en los que se editaban decenas de miles de copias de un libro de historia ya pasaron. En las mismas escuelas de historia, es poco probable que los estudiantes sientan, como pudieron sentirlo los alumnos de Colmenares en la Universidad del Valle, que el debate sobre las metodologías, sobre la definición del objeto de conocimiento, sobre empirismo o estructuralismo, sobre las relaciones entre la historia y las ciencias sociales, sobre si el orden colonial era feudal o capitalista u otra cosa, tienen importancia para el país, la política o la cultura.

Ellos están también concentrados en sus pequeños campos y para sacar sus frutos depurados no hace mucha falta mirar al huerto del vecino: los que producen imaginarios no miran a los que cuentan impuestos, los que estudian el transporte no tienen nada que ver con los que quieren analizar las formas de lectura o de percepción.

Una obra como la de Colmenares, cuya relevancia tiene que ver con su capacidad de enlazar un campo concreto con una perspectiva global sobre el poder, la conformación de la sociedad, las formas sociales de creación de argumentos y explicaciones ideológicas, los grandes ritmos y tendencias de la producción, resulta un poco alejada de las preocupaciones de hoy.

Y sin embargo, cómo serviría que volviera a leerse y a tener influencia. Este libro narra la vida de un historiador, con ocasional atención a sus relaciones personales o sus choques con las burocracias universitarias. No es una biografía sistemática y completa, pero permite acercarse con simpatía a un científico social ejemplar. Y analiza también, con inevitable brevedad, los rasgos más notables de su obra como historiador. Al hacerlo, da herramientas para revisar una obra que hace parte irrevocable de nuestra visión de Colombia, que, junto con Jaime Jaramillo Uribe y algunos otros historiadores, nos cambió el pasado colonial, y que ofreció nuevos modelos de interpretación para el siglo XIX y XX, sobre todo en el campo de la historia de la cultura y del pensamiento social. La riqueza de sus anotaciones metodológicas, a veces más exigentes de lo que cualquiera puede cumplir, serviría mucho para promover una visión más compleja, variada y matizada de la investigación histórica, una

Adolfo León Atehortúa Cruz

visión que retome la ambición de influir, mediante la reflexión sobre el pasado, sobre la configuración cultural del país de hoy.

Jorge Orlando Melo  
Bogotá, marzo 7 de 2013

# **Introducción**

**PÁGINA EN BLANCO  
EN LA EDICIÓN IMPRESA**

## **1. Germán Colmenares ¿camino al olvido?**

**E**ste pequeño libro nació una tarde de julio del año 2011 en una conversación informal con un grupo de alumnos de la Licenciatura en Educación Básica con Énfasis en Ciencias Sociales (LEBECS) de la Universidad Pedagógica Nacional. Próximos a obtener su título, les pregunté acerca de las lecturas realizadas a lo largo de su carrera y me sorprendió no hallar entre ellas un solo libro de Germán Colmenares. Por supuesto, lo conocían. Nuestro Centro de Documentación Histórica lleva su nombre y una fotografía de Germán reposa en el centro de la sala. Sin embargo, las lecturas no sobrepasaban dos artículos o algunos capítulos de libro en fotocopia. Les repliqué, en serio y en broma, que no firmaría sus diplomas si antes de la ceremonia de grado no leían un libro completo de Germán Colmenares y asistían a una conferencia que me comprometí a ofrecer sobre su obra. Cuatro días después, todos ellos concurrieron a la cita con diversos textos de Colmenares en sus manos, y yo les leí los primeros renglones que escribí sobre Germán y que, en lo fundamental, se conservan en el capítulo tercero de esta publicación. Al final, quedé intranquilo y me propuse profundizar sobre lo escrito para tratar de llegar con una presentación sucinta de Colmenares a los centenares de alumnos que vienen atrás. En mi criterio, no podemos permitirnos el lujo de graduar profesores en Ciencias Sociales o en Historia que no hayan oído hablar siquiera de ese ilustre historiador.

La segunda motivación, mucho más explicable, me la brindaron los mismos alumnos al terminar la conferencia y validar las lecturas: los textos de Germán, luego de las

reimpresiones aparecidas en los años noventa del siglo pasado, no tienen nuevas ediciones y su distribución en librerías ha desaparecido casi por completo. Se exceptúa de ello el valioso y solitario esfuerzo realizado por Ediciones La Carreta con *“Las Convenciones contra la cultura”* y *“Partidos políticos y clases sociales”*, que vieron la luz en 2008 junto a otros “incunables” de diversos autores. De hecho, son las únicas obras de Germán presentes y asequibles en el reducido mercado del libro universitario, aunque algunas otras aparecen de vez en cuando en el “mercado del usado”.

Con todo, no es esta una explicación válida para la escasa consulta de la obra de Colmenares. En realidad, los textos de Germán son poco utilizados en los cursos universitarios y menos aún en la educación básica. Su circulación, bastante reducida, pasa por las bibliotecas y se asoma al declive alcanzado por la temática de la Colonia. Tal como lo descubrí después, en noviembre de 2012 y gracias a los datos aportados por Margarita Garrido, algunos títulos de Germán Colmenares permanecen vírgenes en varias sucursales de la Biblioteca Luis Ángel Arango. Los ejemplares de *“Cali: terratenientes, mineros y comerciantes”* que reposan en las dependencias de Manizales y Pasto, por ejemplo, no se han prestado nunca. *“Las convenciones contra la cultura”* tampoco se han solicitado en Sincelejo, Ipiales, Santa Marta, Valledupar, Florencia o Riohacha. Los volúmenes de la *“Historia Económica y Social”* no han salido al público en Armenia, Quibdó y Honda. Casi nulas peticiones de préstamo registran, para todo el país, otras publicaciones como *“La provincia de Tunja”* y *“Las Haciendas de los Jesuitas”*. Si se considera la ampliación de cobertura y el crecimiento

que la población estudiantil universitaria ha logrado en los últimos años, debemos concluir que, incluso en Bogotá, el préstamo de los libros de Germán ha disminuido en cifras reales. Si bien los datos excluyen el préstamo en sala y los libros digitados en las bibliotecas virtuales, las cifras citadas son bastante indicativas.

Una encuesta aplicada a 134 estudiantes de Ciencias Sociales o Historia en universidades públicas y privadas, asistentes al XVI Congreso Colombiano de Historia realizado entre el 8 y el 12 de octubre de 2012 en la ciudad de Neiva<sup>1</sup>, arrojó resultados más preocupantes.

Entre los encuestados, 75 personas, equivalentes al 56 % de la muestra entrevistada, afirmaron haber oído hablar o tener alguna referencia de Germán Colmenares. El resto, un total de 59 estudiantes (44 % de la muestra) dijo no conocerlo en absoluto ni contar con referencia alguna de su obra.

De los 75 encuestados que afirmaron haber oído hablar o tener alguna referencia de Germán Colmenares, solo 22, es decir, el 29.3 % de ellos, acertó al citar el título de una de sus obras; 12 estudiantes, equivalentes al 16 % de esta muestra, citaron un título incorrecto; 6 (8 %) argumentaron no recordar el título del texto leído y 32, vale decir el 42.7 %, no respondieron a esta pregunta. Tres de los encuestados, que equivalen al 4 % de quienes afirmaron poseer alguna referencia de Germán Colmenares, lo relacionaron con el

<sup>1</sup> Los estudiantes encuestados señalaron pertenecer a las Universidades de la Amazonía, de Antioquia, del Atlántico, Autónoma de Colombia, de Caldas, de Cartagena, de Cundinamarca, Externado, Nacional, del Rosario, Sur Colombiana, del Tolima y del Valle. La prueba fue aplicada por cinco estudiantes de la Universidad Pedagógica Nacional: Jessica Alfonso, Alexandra Moreno, Diana Parra, Manolo Caicedo y Lina Rubio.

afamado “caso Colmenares” –la muerte del estudiante Luis Andrés Colmenares, de la Universidad de los Andes– y dijeron haber obtenido noticia de él por los grandes medios de comunicación.

Al contrastar estos resultados en orden general, se tiene que de 134 estudiantes solo 22, es decir el 16.4 %, tuvieron una referencia historiográfica correcta de Germán Colmenares. De ellos 16 leyeron al menos una obra de Colmenares en alguno de sus cursos y 6 se acercaron al autor por iniciativa propia. El texto más leído entre los que se señalaron fue “*Las convenciones contra la cultura*” (13 de los 22 casos).

En suma, 112 estudiantes encuestados (83.6 % de la muestra total), todos ellos de Ciencias Sociales o Historia como arriba se dijo, no conocen, no han oído hablar nunca, olvidaron, omitieron o no citaron el título correcto de obra alguna de Germán Colmenares. Si se tiene en cuenta que habían viajado desde diversos sitios del país para asistir al Congreso Nacional de Historia, podría concluirse que, cuando menos, se trataba, además, de estudiantes inquietos o ávidos de conocimiento. Parece cumplirse al dedillo cierta advertencia de Renán Silva:

“El Colombia hoy en día no hay gran interés por la obra del inolvidable maestro y las nuevas generaciones de historiadores prefieren lanzarse a su travesía con ayudas más frágiles, menos seguras y confiables, pero más *à la mode*, ya sea por sus temas o por su vocabulario” (Silva, 2007: 155).

## 2. Lo escrito sobre Germán Colmenares

Es posible que, para algunos, lo escrito sobre Germán Colmenares y su obra sea suficiente. Sobre todo si se compara con aquello que se ha dicho acerca de otros autores o historiadores célebres. Para otros, por el contrario, tal vez sea sorprendentemente poco; sobre todo si se considera la importancia de Colmenares para la historiografía colombiana y su papel en la transformación de la disciplina histórica. Alguien podría argumentar, como axioma, que se ha escrito más acerca de Germán Colmenares que sobre Germán Arciniegas.

Al respecto, no expresaremos valoraciones concluyentes. La definición del carácter semipleno o semivacío de un vaso parcialmente ocupado por un líquido puede considerarse una apreciación subjetiva. Diremos simple y objetivamente que, si sumáramos las publicaciones realizadas poco después de la muerte de Colmenares con aquellas que son producto de reseñas, homenajes y aniversarios o que han sido virtualmente publicadas en la red, no lograríamos alcanzar trescientas páginas.

Poco o mucho, los mejores esfuerzos fueron reunidos por la Revista *"Historia y Espacio"* número 14 de 1991, y por la compilación titulada *"Germán Colmenares. Ensayos sobre su obra"*, que retomó en 1999 algunos textos leídos en el acto de homenaje tributado a la memoria de Germán en el Archivo General de la Nación ocho años antes. "Gaceta" el suplemento cultural dominical de "El País" de Cali, ha rendido en dos ocasiones homenaje a Colmenares con textos, entrevistas y fotografías. A falta de nuevos escritos, algunos aportes, como aquel de Jorge Orlando Melo

*“Germán Colmenares: una memoria personal”*, han sido reproducidos aquí y allá en diferentes revistas y sitios web.

Sin embargo, no son pocos los académicos reconocidos que en alguna ocasión participaron de tales publicaciones. Figuran entre ellos, por orden alfabético, Oscar Almario, José Escorcia, Lelio Fernández, Rafael Ferré, Margarita Garrido, Jaime Jaramillo, Salomón Kalmanovitz, Hernán Lozano, Gilberto Loayza, Jesús Martín-Barbero, Anthony McFarlane, Jorge Orlando Melo, Jorge Palacios Preciado, Michael Riekemberg, José Eduardo Rueda, Renán Silva y Bernardo Tovar Zambrano. No obstante, la mayoría de sus escritos han sido breves, limitados por el tiempo de sus intervenciones en eventos públicos, en calidad de reseñas sobre alguna obra en concreto, circunscritos a una particular referencia historiográfica con reducido espacio, o confinados a la extensión permitida de un artículo de revista.

Desde luego, la cantidad de palabras o la escasa amplitud del tema no demeritan la importancia de lo escrito. Sobresalen algunas referencias a la vida de Colmenares, serios análisis sobre algunos de sus libros, comentarios con respecto a algunas de sus frases más conocidas, contundentes reflexiones sobre las ediciones póstumas de su obra, exámenes de su producción académica en fragmentos y de sus aportes con respecto a la esclavitud y el estudio de la región sur del pacífico colombiano, repasos históricos acerca del papel transformador de su manera de enfrentar la disciplina o de sus contribuciones a la historia y la metodología de la historia, e incluso una bien lograda síntesis de todo su trabajo sobre la época de la Colonia que con mucho tino construyó Tovar Zambrano. Sin trascendencia, otros autores han intentado examinar

la obra de Colmenares con poca acogida en los medios académicos, como ocurre con el poco riguroso texto de Manuel Arango o el más crítico de Lisandro Navia. También, un estudiante de maestría en la Universidad Nacional sede Medellín elaboró su trabajo de grado sobre la obra de Colmenares, sin mayor fortuna<sup>2</sup>.

Si bien, al oprimir el buscador de google obtenemos de inmediato más de medio millón de resultados bajo el registro “Germán Colmenares”, el contenido concreto se decanta al descartar con rapidez las cátedras y espacios con su nombre, las alusiones editoriales, las enunciaciones sin sustancia de infinidad de anotaciones y lo común de su nombre y apellido. Más de veinte años después de la partida de Colmenares, bien vale la pena pensar una vez más su aporte bajo la óptica del tiempo.

### **3. Propósito**

El presente texto intenta abordar el estudio de una de las figuras intelectuales más sobresalientes de la segunda mitad del siglo XX en Colombia y América Latina, con un trasfondo teórico y una metodología que él mismo alcanzó a prever, sugerir y utilizar: aquella que asume la historia intelectual a partir de Reinhart Koselleck, Paul Ricoeur y Quentin Skinner<sup>3</sup>.

---

<sup>2</sup> La bibliografía de todas estas producciones aparece al final del presente texto. Algunos de los autores citados tienen, incluso, dos o más escritos sobre Germán Colmenares.

<sup>3</sup> A lo largo de los años setenta y aún en los ochenta, la historia intelectual se convirtió en propuesta historiográfica para el estudio biográfico de grandes sujetos históricos. Reinhart Koselleck desarrolló una visión singular de la semántica histórica para

De acuerdo con François Dosse (2007), se accede a la obra del intelectual, y a su desarrollo, a través de una apuesta que es a la vez sincrónica y diacrónica: una lógica endógena, que mira a la obra desde adentro y que se despliega por sí misma con independencia del contexto y de su tiempo y, en forma simultánea, una lógica sincrónica, que relaciona a la obra misma con todo lo que la rodea, con sus antecedentes, con los desafíos de su época, con los elementos del contexto en que se inscribe, y con sus propuestas.

Se busca, por ello, un acercamiento a la obra de Germán Colmenares, a su aporte historiográfico, a su importancia para el desarrollo de la disciplina histórica; pero, al mismo tiempo, se examinará su contexto, los mecanismos de sociabilidad, los destinatarios, los horizontes, así como su biografía y algunas fechas e hitos importantes en su vida. Por razones tautológicas, para propiciar una lectura amena

---

buscar en los conceptos un tratamiento terapéutico: interpretar y comprender los usos textuales, las expresiones y sentidos a través de los tiempos, sin contar con los tiempos mismos y sin las vivencias que arroja el tiempo y lo constituyen. Paul Ricœur, por otra parte, propuso combinar la descripción fenomenológica con la interpretación hermenéutica y ligarlas a la comprensión del papel que la narratividad desempeña en la vida individual, en la historia social y en la memoria. Esta mirada hacia el carácter simbólico del lenguaje se introdujo en la narración, escarbó la identidad personal y postuló el dominio de la autoconciencia. Quentin Skinner, a su vez, definió los textos como actos del habla y resaltó la relación existente entre las convenciones lingüísticas y los conceptos o textos que develan, forjan o modifican una determinada tradición, con los textos que enfrentan la comprensión de una realidad, o a través de los cuales se hace inteligible una práctica histórica. Cuando alguien escribe un texto, hace *algo* al escribirlo; comprenderlo exige entender el *por qué* y, sobre todo, el *para qué*. La bibliografía consultada puede hallarse al final del presente texto.

y con lógica argumentativa en su secuencia, el ensayo se subdivide en cuatro acápite: reminiscencias de discípulos, episodios trascendentales de una biografía académica, el análisis de sus aportes con respecto a la historiografía colombiana y la disciplina histórica, y su práctica política. Al final se ha condensado la más importante bibliografía de Germán Colmenares que es, desde luego, incompleta. Colmenares escribió aquí y allá y muchos de sus artículos se encuentran dispersos. Escribió desde muy joven en “El Espectador”, pasó por la revista “Fuego”, creó la revista “Esquemas”, se valió de suplementos literarios y gacetas dominicales de la gran prensa, escribió asiduamente para las revistas “Eco”, para el “Boletín Cultural y Bibliográfico” o para revistas extranjeras como “Hispanic American Historical Review” (HAHR) y dejó, incluso, textos inéditos. De todas maneras, la bibliografía citada permite reconstruir con total aproximación su trabajo.

#### **4. Reconocimientos**

Como atrás se dijo, el presente texto tiene una deuda de gratitud con los estudiantes de la Universidad Pedagógica Nacional. Ellos han sido el motor de muchas preocupaciones académicas y de diferentes producciones y publicaciones. Junto al profesor Victor Manuel Prieto, impulsamos la Cátedra Germán Colmenares durante el segundo semestre de 2012, la cual se convirtió en el eje de la “Línea para la Investigación y Enseñanza de la Historia” de la Licenciatura en Educación Básica con énfasis en Ciencias Sociales. En ese espacio, precisamente, se consolidó el plan de la presente obra, utilizando los pequeños resquicios de

tiempo que con gran esfuerzo arrebatada a mi ejercicio como Decano en la Facultad de Humanidades.

La Universidad Pedagógica Nacional apoyó, así mismo, la presentación de los primeros renglones de este escrito como ponencia en el 54 Congreso Internacional de Americanistas llevado a cabo en Viena, Austria, durante los días 15 a 20 de julio de 2012. Expuestos en el simposio “América Latina en sus historiadores e historiografías”, la propuesta recibió grandes aportes de Aimer Granados García (Universidad Autónoma Metropolitana de México) y Dora Dávila Mendoza (Universidad Católica Andrés Bello, Caracas, Venezuela), especialistas en historia intelectual de América Latina.

Entrevistas realizadas a Jorge Orlando Melo, Margarita Garrido y Pablo Rodríguez, amigo el primero y alumnos entrañables de Germán Colmenares los últimos, arrojaron claridad sobre algunas etapas de su vida y conceptos sobre su obra. Cada uno de ellos dispuso de su tiempo con especial afecto y entregó documentación que fue útil para la redacción definitiva. Con gran paciencia, Jorge Orlando Melo sugirió importantes correcciones al texto y escribió su prólogo.

Marina Jiménez, “Marinita” –como la llamaba con cariño Germán–, me recibió en la casa que construyó en memoria de su esposo y que conserva con especial belleza y apego a la naturaleza. Aportó las fotografías que publica el libro y, en una prolongada conversación, evocó recuerdos, se *explayó* en reminiscencias y puso de presente, sin velos y con toda certeza, la calidez humana y familiar de Germán Colmenares. Agradezco, igualmente, la lectura que hizo

del borrador original y sus aportes para la corrección en muchos datos.

Mis colegas de la Universidad del Valle, Antonio Echeverry y Alonso Valencia, mostraron especial interés por mi trabajo. Antonio se ocupó de que las puertas del Archivo Central de la Universidad se abrieran a la investigación con todas las garantías y comodidades, proporcionó datos y reconstruyó episodios. Alonso procuró que las ideas se foguearan en eventos académicos y él mismo brindó sus aportes. Antonio, Jefe del Departamento de Historia, y Dario Henao, Decano de la Facultad de Humanidades de la Universidad del Valle, se comprometieron muy temprano en la publicación del texto.

La escritura final de este pequeño libro fue interrumpida por oscuras amenazas de origen desconocido y en relación con mi ejercicio docente. El respaldo ofrecido por mis colegas y amigos en todo el territorio nacional, pero en especial de los más cercanos en mi Universidad, se convirtió en aliciente para la continuación de mi trabajo. Desde el exterior, muchos otros fueron excepcionalmente solidarios. Quisiera nombrarlos pero la lista es larga y temo olvidar a alguno o arrebatarse el sitio que merece. A todos ellos, mi gratitud más sentida, que brota como fuego de mi corazón.

**PÁGINA EN BLANCO  
EN LA EDICIÓN IMPRESA**

*“Sin intención imperial, esta historia intelectual simplemente tiene como ambición el hacer que se expresen al mismo tiempo las obras, sus autores y el contexto que las ha visto nacer, de una manera que rechaza la alternativa empobrecedora entre una lectura interna de las obras y una aproximación externa que priorice únicamente las redes de sociabilidad. La historia intelectual pretende dar cuenta de las obras, de los recorridos, de los itinerarios, más allá de las fronteras disciplinares”.*

Francois Dosse. *La marcha de las ideas. Historia de los intelectuales, historia intelectual.* Paris, Éditions de la Découverte, 2003: 14.

**PÁGINA EN BLANCO  
EN LA EDICIÓN IMPRESA**

# **I**

## **Reminiscencias de discípulos. Recuerdos y anécdotas con respecto a un maestro**



En Villa de Leiva

## **1. La dedicación de un artesano (Pablo Rodríguez)<sup>4</sup>**

**C**onocí a Germán Colmenares en el año 1975, cuando dictaba su curso de Historia Colonial en la Facultad de Arquitectura de la Universidad del Valle. Yo no había ingresado todavía a la universidad; estaba esperando que se iniciara un nuevo semestre pero tenía amigos estudiantes de arquitectura que tomaban clase con él y me invitaron a asistir. Casualmente, además, descubrí que vivía cerca de su casa.

Gracias a ello nos hicimos amigos, tanto porque iba a su curso como por esa vecindad que teníamos. Nos encontrábamos camino a la universidad y en el salón de clase. Nos conocimos e iniciamos una amistad que se cultivó aún más en la academia. Me hice su ayudante y le colaboré en la investigación sobre “Popayán, una sociedad esclavista”. La labor que me correspondió consistía en revisar y seleccionar documentación en el archivo payanés. En varias ocasiones fui con él en su primer coche, un diminuto Simca usado que se recalentaba a cada instante. De modo que transitar las montañas del Cauca era una experiencia singular. Salíamos con un garrafón de agua en la parte de atrás y Germán no sabía manejar ni mucho menos de mecánica.

Mi aprendizaje en el campo de la historia se inició de esta manera, por la relación con él. Fue esa larga, amplia y bendita amistad con él, en todos estos viajes, en la cotidianidad, en los almuerzos en Popayán, en las tertulias

---

<sup>4</sup> Entrevista realizada a Pablo Rodríguez Jiménez en su oficina de docente en la Universidad Nacional. Bogotá, octubre 24 de 2012.

de su casa, la que me permitió asumirlo como maestro. Después me invitó para que lo visitara en Washington, cuando ganó la beca del Smithsonian al iniciar los 80. Estuve en su casa, en su oficina, y observé sus lecturas de teoría urbana, sobre historia de las ciudades, porque estaba dedicado a ese tema. Leía y comparaba, pensaba en la región, en Cali, en Popayán y comparaba las distintas tipologías de hacienda con respecto a la costa atlántica y América Latina.

La disciplina lectora de Germán era impresionante. Cuando lo conocí, su biblioteca contaba con 600 ejemplares aproximadamente. La cantidad fue creciendo con el tiempo. Tenía libros de teoría de la historia, de historiografía; obras históricas sobre América, sobre Colombia y Europa, y mucha literatura. Germán era amante de la literatura, siempre tenía una novela en su mesa de noche, que acometía como última actividad diaria. Durante el día se ocupaba de la documentación histórica, de la revisión de todos sus hallazgos de archivo, de las obras históricas y de todo aquello sobre lo que escribía. En la noche pasaba a la literatura.

Para los años 70, cuando lo conocí, tenía también una afición e incluso una ilusión: el cine. En algún momento le pregunté: ¿Germán, qué te hubiera gustado ser si no hubieras sido historiador? Me respondió sin pensarlo: cineasta. En realidad, ejerció como crítico de cine en la revista “Eco”, en “Estravagario”. Escribía reseñas de películas y guardó mucha simpatía por esa generación de Andrés Caicedo, de Luis Ospina y Carlos Mayolo, por ese círculo que se cultivó en Cali y que soñó con “Caliwood” para el cine latinoamericano.

Su otra afición era el arte, la pintura. Era un gran conocedor de la historia del arte. Incluso, fue uno de los

cursos que dictó en Los Andes. Amaba el Louvre de París, la National Gallery de Londres; los recorrió días enteros y le entusiasmaba cada vez más volver a hacerlo. En su biblioteca había libros de pintura, de crítica y teoría del arte. Visitar un museo de pintura con él era una delicia porque hacía un recorrido con comentarios refinados sobre cada cuadro y su autor. Tenía un conocimiento especializado sobre los pintores del Renacimiento y hablaba desde la estética. La amplitud de su dimensión intelectual es indiscutible.

Germán construyó su propia visión sobre el oficio del historiador. No lo aprendió en la universidad, lo fue construyendo a través de sus lecturas; de Marc Bloch, de Lucien Febvre y de la Escuela de “Annales”. Asumió que el historiador era una especie singular de artesano y le gustaba recordar que no era más que eso: un artesano de la historia.

German perteneció a esa generación de historiadores que trabajaba con fichas y que desapareció con nosotros y el computador. Sus herramientas eran la tarjeta de cartulina y los ficheros. Llegó a progresar tanto en ese sistema que ya las elaboraba en colores para diferenciar los temas agrarios, el tema social o la política. A los apuntes sobre la esclavitud les dio también otro color.

Así trabajaba. Capturaba toda la información en fichas y las ordenaba por temas, cronológica o alfabéticamente. Comentaba cada información y colocaba ideas a pedazos. Si se observa la composición de los libros de German, encontramos siempre un planteamiento teórico inicial, la relación con autores y producciones previas, a menudo internacionales y, a partir de allí, el desglose de su información con base en las fichas.

Germán usaba las fichas como barajas que se iban abriendo, las reunía en sábanas que aparecían como hojas de contabilidad muy grandes. Así armaba el rompecabezas, re-creaba el panorama; reunía a vendedores y compradores, encontraba propiedades y propietarios, transacciones y precios. Así reconstruía la sociedad del pasado y le formulaba preguntas, deducía y contrastaba. Por eso Germán y su generación descubrieron las fuentes, por eso ocurrió esa revolución de la historia social y económica, porque estuvo ligada al descubrimiento de nuevas fuentes y a su uso inteligente. Germán encontró sus propias fuentes gracias a su conocimiento estructurado. De esa manera armó sistemas: porque logró capturar la información en forma ordenada. Así miró, cronológicamente, toda la historia. Los personajes se le fueron presentando y con ellos los cambios, las variaciones... y las totalidades.

Germán valoraba mucho la fuente, el dato, las series de datos. Eran la base de su argumentación explicativa de la historia. Sin embargo, él les construyó una lógica, una estructura. En sus clases de Teoría de la Historia nos decía que un libro debe tener al menos cuatro patas, debe tener buenas bases, tiene que ser sólido. Y con metáforas asociaba la historia a la carpintería. Un libro no puede tener un solo capítulo, ni conviene que tenga muchos, tiene que estar estable, decía.

Recuerdo muy bien que él, cuando terminaba un libro, limpiaba todo su estudio, limpiaba la mesa. Con el tiempo he pensado que los artesanos hacen eso: limpian la mesa de trabajo, la limpian muy bien para empezar otra obra. Y era lo que hacía Germán.

Para una biografía, me gustaría decir que encontré a German como un atleta en su trabajo de investigador.

Yo estaba demasiado joven cuando empecé a ir con él al Archivo del Cauca y no tenía el hábito que él guardaba. Estábamos a las 8:00, esperando la apertura del archivo y trabajábamos hasta las 10:30 cuando salíamos a tomar un café; volvíamos hasta las 12 y regresábamos a las 2:00. No paraba. Iba leyendo la información e iba tomando datos rápidamente, de manera incansable, sin detenerse a hacer comentarios y sin mirar alrededor.

El trabajo arduo de Germán lo aislaba por períodos, sobre todo en los años setenta, recién llegado a Cali. No tenía muchos amigos y se encerraba a trabajar en la casa. Trabajaba hasta altas horas de la noche y sólo salía para dictar sus clases.

La relación con Jaime Jaramillo fue siempre muy afectuosa, pero Germán era distante. Germán valoró su obra, los trabajos del “Anuario”. De hecho, esos trabajos sobre demografía, sobre esclavitud y mestizaje, son inspiradores, son animadores. Pero ambos pertenecen a generaciones que se distancian, que no tienen un colegaje estrecho porque recién se crean los departamentos de historia en las universidades. Además, las distancias son menos vencibles, más difíciles. Por otra parte, siempre tuve la impresión de que Germán resentía el hecho de que no lo hubieran vinculado a la Universidad de los Andes y le hubiera tocado “marginarse” en Cali.

A Germán no lo recibieron en Los Andes porque tomaron la decisión de reducir la Facultad y se quedaron con un grupo muy exclusivo de personas sobre las que tenían garantía en cuanto a su pensamiento. Eso afectó a Germán. Se sintió separado de un ambiente que le era propio y del que creía hacer parte. Todas sus grandes amistades estaban en Bogotá y creo que eso influyó mucho en la personalidad

de Germán, en su aislamiento. Podríamos decir que él se refugió en Cali y que optó por la soledad del investigador, por la dedicación. Para demostrar con su trabajo lo grande que era. Ya en los años ochenta, con el escenario que le ofreció la Universidad del Valle, Germán cambió, se abrió, se dispuso de nuevo al colegaje; si se quiere, se hizo más afectuoso.

Germán era un hombre muy hogareño. Podríamos decir que, como la gran mayoría de los intelectuales de aquella época y por su oficio, era un hombre de casa. Su primer matrimonio fue fugaz. Su segundo matrimonio, con Marina Jiménez, funcionó sobre la base de una familia tradicional en el buen sentido de la palabra. Se enamoró de ella muy rápido, se unieron y se fue con ella a París. Construyeron su vida de pareja como complemento. Marina apoyaba a Germán en todo. Velaba por todas sus cosas; intercambiaban ideas. Era su soporte imprescindible.

Por lo demás, la vida de Germán fue siempre sencilla. En su casa del Barrio San Fernando, en Cali, no tenía teléfono. Por esa razón, en una ocasión, perdió la oportunidad de viajar a París a una rueda de prensa, a un programa de debate histórico sobre temas americanos. La universidad estaba en receso y no lo pudieron localizar porque no tenía teléfono. Tampoco tenía televisor. El televisor llegó a su casa para los niños, cuando ya tenían algunos años y lo refundieron. De modo que su vida era, digamos, bastante doméstica; sin televisor, sin teléfono, sin muchos amigos, dedicada al trabajo intelectual. Su vida fue muy calmada pero también muy cálida. Era muy cariñoso con su esposa y con sus hijos; era un padre totalmente dedicado porque era un hombre de casa.

El mapa de Germán era muy reducido: cuando no estaba en su casa, estaba en clase, porque ni siquiera tenía oficina en la universidad. O si la tenía no la usaba. No recibía a sus estudiantes en la oficina; prefería conversar con ellos en la cafetería. Y si era una conversación más larga, una dirección de tesis, por ejemplo, lo invitaba a almorzar en su casa. Entre la universidad y la casa, la única variable era el cine, pero con la irrupción del betamax empezó a ver las películas en casa.

Una cualidad de Germán fue su gran humor; un humor muy agudo, muy sarcástico, que conservó, incluso, en sus momentos más aciagos, cercanos a su muerte.

Yo me enteré de su enfermedad en un diciembre, pero no calculé la gravedad del asunto. Tuvo un desenlace demasiado veloz. Ocurrió en un momento en el que Germán estaba dando un salto gigante en su vida intelectual y personal. No solo transformaba su obra; estaba en ese paso final de venir a Bogotá como decano en la Facultad de Ciencias Humanas en la Universidad de los Andes. Regresaba a su casa.

La obra de Germán es muy sólida, por su modernidad, por su fuerza explicativa, por su carácter global. Aun en los estudios regionales él mostraba esa potencia; por su alcance intelectual, porque estaba instalada en la más avanzada historiografía de la época. Si hay una obra que replique el modelo braudeliano en Latinoamérica, el modelo que elaboró Fernand Braudel con su “Mediterráneo y Felipe II”, es la obra de Germán. No hay otra obra que tenga esa dimensión ni esa ambición analítica de larga duración, de historia total, de historia problema, de estudiar los distintos pisos de la composición de una sociedad, y que intente tantas perspectivas. En ambos casos, son obras clásicas, difíciles de superar y que marcan un giro definitivo en la historiografía.

Germán murió cuando apenas comenzaba la vida. Hubiera podido tener 20 o 30 años más de producción. Pero, aún con su corta existencia, su papel como historiador fue definitivo para nuestro país y para nuestra disciplina.

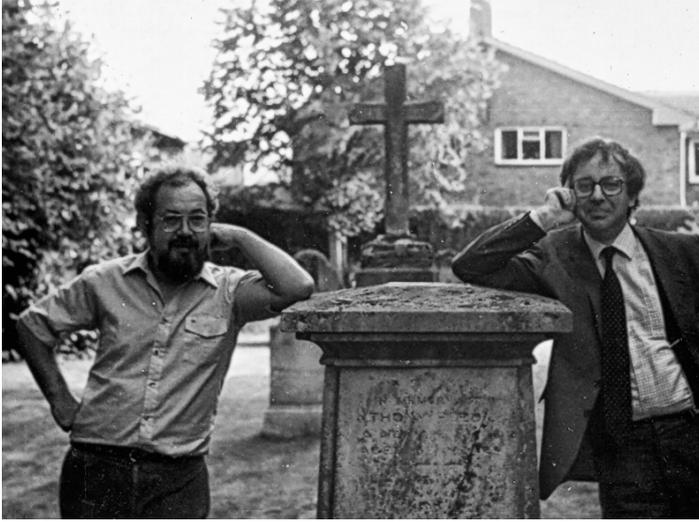
## **2. La seriedad en el oficio (Margarita Garrido)<sup>5</sup>**

Conocí a Germán Colmenares en la Universidad del Valle, en 1974, cuando regresé a Cali después de haber iniciado la carrera de Filosofía y Letras en la Universidad Javeriana de Bogotá. Sabía que Germán era el profesor más importante del Departamento de Historia.

En el primer curso que tomé con él nos dio un panorama de la historiografía de los siglos XIX y XX. Nos organizó para trabajar en el formato de seminario alemán, y por lo tanto los estudiantes teníamos que preparar muy bien lecturas asignadas con anterioridad. Alguien se encargaba de hacer un protocolo de lo que pasaba en la clase, que quedaba como diario y se leía al principio de la clase siguiente. Germán fue tan exigente como estimulante y logró que nos fuéramos involucrando en debates muy interesantes. Para mí fue una experiencia extraordinaria.

---

<sup>5</sup> Entrevista realizada a Margarita Garrido Otoy en su despacho como Directora de la Biblioteca Luis Ángel Arango, Bogotá, agosto 2 de 2012.



Con Malcom Deas, en Cambridge, 1985

Germán estaba recién llegado; se sentía muy distante de la cultura vallecaucana y caleña, del desenfado nuestro, de las maneras informales y relajadas que acostumbramos a tener en Cali. Germán era muy bogotano y le tocó adaptarse. Cuando me casé, sin saberlo fui a vivir al mismo edificio donde vivían Germán y Marinita, en la parte alta del barrio San Fernando. Al frente, en una casa, llegó a vivir después Jorge Orlando Melo, su gran amigo. Varias veces tomamos juntos el bus y hablamos de todo. Marinita fue una extraordinaria compañera, se ocupaba de todos los asuntos, desde lo doméstico hasta la dirección de la obra de la nueva casa en Ciudad Jardín. Digamos que Marinita se ocupó de facilitarle la vida en tal forma que le permitió a Germán hacer lo que hizo sin preocupaciones ni pausa.

Una de las cosas que más me impresionó de Germán fue su disciplina. Viajaba todos los miércoles a Popayán y se quedaba, a veces, hasta jueves o viernes trabajando en el Archivo Central del Cauca. Yo lo acompañé un par de

veces. Así, tuve oportunidad de conocer sus fichas: fichas bibliográficas, fichas de haciendas, de compras y ventas, de número de esclavos, de bienes e inventarios, fichas testamentarias; miles de apuntes con los que construyó el libro sobre Popayán. Para mí fue un aprendizaje muy interesante. Recuerdo que cuando éramos vecinos, otra vecina nuestra, muy simpática, pasaba por los niños para llevarlos al parque, golpeaba a la puerta de Germán y decía: “Vengan niños, que su papá está contando esclavos”.

Germán estaba muy orgulloso de haberse mandado a hacer en ese apartamento de San Fernando un mueble, una especie de casillero de biblioteca con la medida de sus tarjetas en donde las guardaba clasificadas. Esa dedicación, esa disciplina, fue una enseñanza extraordinaria. Después constaté que muchos historiadores se demoran años en buscar los métodos más sencillos de organizar las cosas. Pero él lo tenía, a su modo, y me lo enseñó. Me enseñó el sentido claro del oficio, que era una palabra que adoraba Germán, el oficio del historiador.

Germán tenía un sentido claro de qué iba a hacer él, de que ese era su oficio y de qué era ese oficio. Yo no creo que tuviera un proyecto de principio a fin. Lo que tenía Germán era un genuino interés por entender las sociedades del pasado. Le formulaba preguntas al pasado y estaba siempre ansioso de ir más allá, de entender más, de buscar. A eso dedicó su vida. La influencia de Jaramillo se presenta más en la profesionalidad de la historia como disciplina que en los contenidos de ella. Jaramillo tenía esa visión de carrera, de fortalecer la disciplina, de crear departamentos disciplinares en las universidades, de formar en maestrías.

Germán fue un estupendo profesor porque no se limitó a pasar el examen, a cumplir lo exigido. Germán se dejaba llevar

por una pregunta, conectaba un problema con otro, una época con otra, una sociedad con otra; pero también una disciplina con otras: historia con literatura y arte, por ejemplo.

La pregunta, por supuesto, no era caprichosa, examinaba hipótesis, vislumbraba las fuentes, las ponía a su servicio. Entonces, le abría a uno la cabeza y fascinaba a los estudiantes. Pero además era muy crítico. Sus críticas a la Escuela de Sevilla fueron, por ejemplo, de antología; porque eran duras, con ironía y sarcasmo muy finos. Nos metía en el debate actual, en lo que discutían los historiadores de Estados Unidos, Francia e Inglaterra. Así nos mostró los debates sobre la esclavitud, los que adelantaba la historia económica sobre la rentabilidad del régimen esclavista, sobre las plantaciones. Todo cuestionado desde la cultura, porque Germán era un historiador de la economía y de la cultura.

Germán era un hombre de debates. Los seguía y los protagonizaba. En el Departamento de Historia de la Universidad del Valle, por ejemplo, trabó de entrada el debate entre “Annales” y el marxismo. No porque no asumiera el marxismo, cuyos puntos de vista generales plasmó en la estructura de sus libros, sino por las fuentes, por la construcción metodológica. El otro debate que mantuvo hasta el último día fue con la vieja escuela historiográfica tradicional. Como en los años setenta ésta todavía tenía presencia en el departamento y yo era representante estudiantil al Consejo de Facultad, de cierta forma presencié la confrontación.

La Universidad del Valle posibilitó ese intercambio académico que es el gran valor de las universidades. Entre los amigos e interlocutores estaban, por supuesto, Jorge Orlando Melo y Clarita Gómez, quienes luego se fueron a

Bogotá; también Rodrigo Romero, Lelio Fernández, Jesús Martín, Gustavo De Roux y Eliana Portes, Álvaro Camacho y Nora Segura, Hernán Lozano y Rebeca Puche, Antonio Sampson y María Cristina Tenorio.

Una coyuntura preciosa fue la creación del programa en Ciencias de la Comunicación. Jesús Martín Barbero, quien lideraba la organización de la carrera, reunió entre otros a Francisco Jarauta, Edgar Vásquez e incluso Estanislao Zuleta. Y Germán, que adoraba el cine y el arte, recibió ese aire y le dio más vuelo a su visión. Creo que eso le permitió la formulación de otras preguntas a la historia. Posiblemente de allí surgió el libro sobre Rendón que lo sitúa en el siglo XX y quizás, en algo también, “Convenciones”.

Germán quiso darle el carácter de escuela al tratamiento de la historia regional. Recuerdo que cuando estaba en Inglaterra coincidimos en un Congreso en Liverpool. Recuerdo que él se presentó y me presentó como “representantes de la Escuela de Cali”. Después armó lo que él mismo denominaba coloquialmente “el circo”. Viajamos por varias ciudades del país promoviendo la historia regional y presentando los libros sobre el Valle que se habían publicado. Cambió el público y Germán empezó a hablarle a mucha gente por fuera de la universidad.

El último punto, digamos el culmen, fue la creación de la Maestría en Historia Andina. Ya no es historia regional, ni historia local, ni historia de Colombia, sino historia de la Región Andina. Una historia de larga duración que se salía del molde nacional y que se inscribía en lo que Germán ya había publicado en “Convenciones”, que observaba la historiografía nacional como barrera, como prisión historiográfica. Creo que fue una época de oro en la que Germán invitó a muchos especialistas extranjeros

y en que la historiografía nacional se abrió a nuevas perspectivas. Germán estableció una relación estrecha con historiadores extranjeros en una época en que no existía el correo electrónico y creo que logró mucho más de lo que podríamos lograr ahora. ¿Por qué? Sencillamente por el prestigio y la interlocución que Germán podía establecer con ellos.

Lastimosamente, fue la última época de Germán. Nosotros teníamos el ritual de conversar los lunes. Nos sentábamos a tomar café y poco antes de viajar a la universidad de Brown como profesora invitada, me comentó que no se encontraba bien de salud; que padecía una especie de “guayabo terciario” y que no podía tomarse una sola copa de vino porque el malestar le duraba tres días. Ese fin de año se descubrió su cáncer. Hernán Lozano y Lelio Fernández me escribieron contándome consternados. Nos dejó muy temprano.

### **3. La responsabilidad del docente (Adolfo Atehortúa)**

Conocí a Germán Colmenares como autor mucho antes de conocerlo como persona y maestro. Leí, en 1975, una edición pirata de su primer libro: *“Partidos políticos y clases sociales”*, que la Universidad de los Andes había publicado en 1968. Yo era un adolescente ávido de la política y busqué en aquellas líneas, forjadas en la elucidación histórica, una imagen certera acerca de los partidos tradicionales en Colombia. Días después, motivado por la calidad de esa obra, compré la *“Historia económica y social de Colombia (I)”*, que publicaron en ese mismo año la Editorial “Oveja Negra” y “La Carreta”.

La evocación no es intrascendente. Para los jóvenes que escudriñábamos la realidad nacional a través de su devenir histórico, Colmenares era ya un autor de referencia, incluso “pirateado”. Sus primeras obras intentaban ofrecer respuesta a muchas inquietudes de una generación que prometía transformar al país, y se adquirían en librerías alternativas junto a las revistas y textos de origen y contenido socialista. Los autores de la “Nueva Historia” se ubicaban a la izquierda de la intelectualidad nacional en el ámbito académico y político, como García Márquez lo era en la literatura o Enrique Buenaventura y Santiago García en la dramaturgia. Si bien Colmenares no ejercía la militancia que se le conocía a Álvaro Tirado Mejía, a Jesús Antonio Bejarano, o a Salomón Kalmanovitz, se profesaba por él tanto o más respeto y se le leía con idéntico interés desde la misma orilla.

Poco después del triunfo sandinista, en 1981, encontré en una librería, con la edición de “Carlos Valencia”, su libro *“Cali, terratenientes, mineros y comerciantes, siglo XVIII”* (1975a) y decidí, gracias a su lectura, inscribirme en la Licenciatura en Historia que ofrecía la Universidad del Valle. Este libro de Germán Colmenares definió, en mi caso, mis inclinaciones profesionales. Su contenido me atrapó, con admiración, como ejemplo de seriedad y profundidad en la investigación histórica y social. La introducción, de plano, me alejó de las discusiones bizantinas y hasta absurdas que sectores de izquierda adelantaban sobre la caracterización de la sociedad colombiana y su sistema económico. Iniciada sentimentalmente por “Los Inconformes” de Ignacio Torres Giraldo (1973-1974), toda una camada de jóvenes historiadores aprendió con Colmenares que la Historia,

así, con mayúscula, era posible como profesión y útil para el conocimiento e interpretación de la realidad nacional.

La relación personal con Colmenares, no obstante, fue inicialmente traumática. Recién ingresado a la Universidad, me le presenté una tarde para pedirle su apoyo en el rescate de un Cementerio Indígena que apareció en Buga (Valle) cuando dos excavadoras construían los cimientos de algunas bodegas para la Federación Nacional de Cafeteros. Quería su intervención para detener la construcción pero me advirtió, con su forma de ser, que no era ese su papel ni residía en ello su dedicación. Sin embargo, me remitió al Museo Arqueológico de la Universidad y a una entrevista con su director, el profesor Julio César Cubillos. Ofuscado en el momento, por el tono descortés de su respuesta, lo disculpé días más tarde cuando, al encontrarlo en un pasillo del Departamento de Historia, me reconoció y me indagó por la suerte de mis gestiones.

En el segundo semestre de la licenciatura, Germán fue nuestro profesor de “Teoría de la Historia I”. Admiramos su discurso, su sabiduría, su cumplimiento, su exigencia por las lecturas, y empezamos a comprender y hasta a justificar sus deslices de prepotencia y pedantería. Recuerdo, por ejemplo, una clase en la que, tras el interrogante de un alumno, abandonó el tema que trataba para describir paso a paso y obra tras obra las galerías del Museo del Louvre y retratar con su verbo los pinceles del Renacimiento o las pinturas revolucionarias al estilo de “La libertad guiando al pueblo”, de Eugène Delacroix. Salimos a investigar sobre todo aquello que nos había dicho y comprendimos días después que, inspirado en Erwin Panofsky, cuyo libro portaba en las manos (1972), nos había dictado un ensayo original e improvisado sobre la iconología de los artistas

medievales, modernos y contemporáneos, basado en sus recuerdos del Louvre, de la National Gallery y de sus lecturas de John H. Plumb (1969).

En otra sesión, nos hizo viajar ensimismados por la historiografía europea de Toynbee a Hobsbawm, pasando por Soboul y Carr sin omitir autores en diversas lenguas ni críticas sustentadas a cada una de las escuelas imperantes. Desde luego, Bloch, Febvre y Braudel reunían su mejor aprecio. Para entonces, Germán había iniciado sus escritos sobre historiografía y, en la práctica, sus clases maduraban sus artículos; al hablar sobre ellos, los hacía fluir, los repasaba en voz alta y los cualificaba.

Germán acometía tareas que ningún otro profesor adelantaba: traducía textos recién publicados por revistas norteamericanas y europeas y los distribuía a sus alumnos en copias mimeografiadas. Así nos introdujo, por ejemplo, en la polémica planteada por Lawrence Stone (1982) al advertir el regreso de la narrativa como respuesta a los modelos deterministas de las explicaciones históricas, y la opinión de Eric Hobsbawm argumentado que, si bien los historiadores habían ampliado el instrumento y lo habían dedicado al detalle, ello no implicaba el rechazo o abandono de la historia estructural: “aunque acuden al microscopio, no olvidan el telescopio” (Hobsbawm, 1980).

Con Germán, apenas en segundo semestre de nuestra carrera, los estudiantes discutíamos sobre la búsqueda de nuevos paradigmas y problemas de método en temas dispersos de la historiografía, sobre el abandono de las disposiciones estructurales, económicas y políticas de la historia, frente a la búsqueda de planos y factores más asociados a la historia cultural, de las mentalidades e

intelectual, así como la vuelta del acontecimiento para responder a los grandes interrogantes del poder, la organización y la decisión política.

Los métodos de investigación en Historia y la utilización de las fuentes, fueron las otras preocupaciones trascendentales que transmitió a sus discípulos. Gracias a sus traducciones conocimos igualmente a Harol Perkin (“La historia social”), John Habakkuk (“Historia económica y teoría social”), Robert Forster (“Las realizaciones de la Escuela de los Annales”) y John S. Cohen (Las realizaciones de la historia económica: la escuela marxista”).

La pasión de Germán por la Historia, por su investigación y la enseñanza, nos hizo respetarlo como a ningún otro docente. En el grupo, poco a poco, llegamos a pensar que Colmenares tenía razones suficientes para sentirse orgulloso de su obra y sustentar con cierta vanidad el reconocimiento que alcanzaba. Todo le era disculpable y se le rodeaba, entonces, con una aureola mítica, intocable. La erudición de Germán marchaba a la par de su intransigencia intelectual: aborrecía la mediocridad y la pereza y se jactaba, con profundo orgullo, de no pertenecer a la Academia Colombiana de Historia. Muchos jóvenes llegamos a creer que, si alguna vez, al hablar, se ufanaba de flotar sobre el suelo, era verdad: levitaba.

Al tratarlo, en forma directa y por fuera de la clase, Germán brindaba un rostro más humano y atento. No rehuyó nunca una explicación adicional, ni eludió, tampoco, una ampliación del tema con bibliografía suplementaria. Cuando le comenté que lo había conocido a través de una edición pirata, dejó ver su extrañeza y me pidió enseñarle el texto. No sabía, como autor, que su obra había sido multicopiada y me la pidió como obsequio con una frase

de tabloide: “En Colombia es un honor ser pirateado. Eso significa que la obra circula, que la leen”.



Con Aníbal Patiño Rodríguez

Las anécdotas con Germán son múltiples y no es del caso detenerse en ellas. Volvió a ser nuestro profesor en los dos últimos “Seminarios de Tesis”, como se llamaba entonces la asignatura correspondiente a la elaboración del trabajo de grado. Nos desafiaba en cada encuentro, nos retaba a mejorar nuestra producción académica, a ser exhaustivos y dedicados. Todo aquello que se le presentaba, lo despedazaba con argumentos y nos invitaba a más lecturas. En la primera sesión, por ejemplo, desbarató mi proyecto biográfico sobre

Bolívar y objetó el tema. No obstante, quince días después, cuando insistí en él y presenté nuevos soportes, sustentos y lecturas, me exhortó a continuar: “había pasado la prueba y demostraba cierta mística y pleno interés por el asunto”, dijo. La pasión, para él, era en extremo importante. Los debates, en adelante, fueron interesantes, de intercambio, de aprendizaje. Me introdujo en el método biográfico y en la última sesión reseñó la bibliografía más importante sobre Bolívar. Analizó fríamente el muy reciente libro de Germán Arciniegas sobre “el hombre de la gloria” (1983) y comprendí que lo había leído a prisa, para hablar conmigo. Tal era su responsabilidad. De plano, me identifiqué con todas sus críticas frente al texto. Germán, sin embargo, nunca permitió que nadie perdiera su materia. Luchaba con cada alumno para hacerle ganar, al menos, un tres.

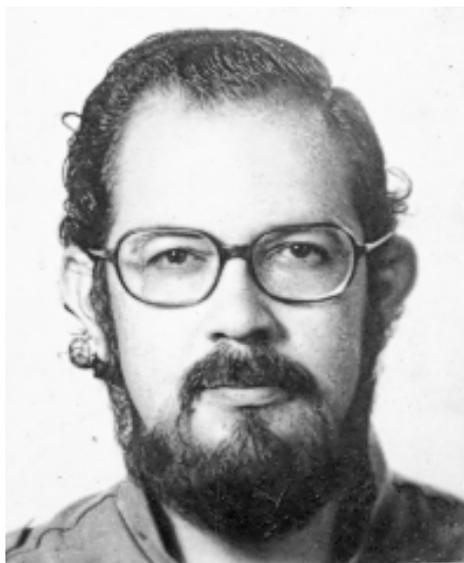
En 1987, poco después de su regreso de Inglaterra, lo encontré en los pasillos de la Universidad del Valle y le comenté con admiración su libro *“Rendón, una fuente para la historia de la opinión pública”* (1984a). En broma, tuve el atrevimiento de lamentar su precio y Germán respondió con un silencio aprobatorio. Le pedí, luego, que me contara entre aquellos que querían verle transitar por el camino de la contemporaneidad y sonrió con uno de sus peculiares gestos. Me invitó a ingresar a la Maestría en Historia Andina que recién abría y se disgustó cuando le informé que ya cursaba la Maestría en Historia de la Universidad Nacional.

A finales de 1989 conversé con él por última vez. Yo era profesor catedrático en la Universidad del Valle y se me acercó con un tono amable, paternal, para ofrecerme consejos. “Ya eres profesor y no estudiante, me dijo. Por tanto, debes conservar distancia con ellos y sus

movilizaciones. De lo contrario, los mismos colegas te pasarán factura”. “Además, me advirtió, los profesores tienen restaurante. Ya no debes hacer fila en la cafetería con los estudiantes”. En cierta forma, sus palabras fueron premonitorias o sabía ya lo que en el Departamento se tejía. Al semestre siguiente mi contrato no fue renovado. Colmenares no estuvo presente en la decisión; ya se iba para siempre.

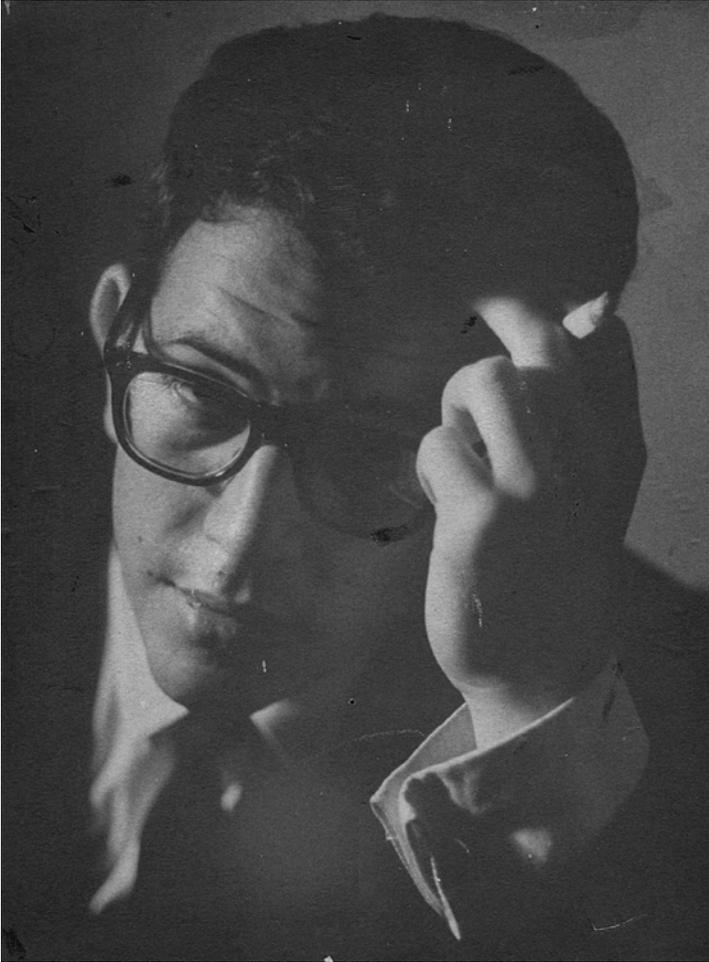
## **II**

# **Episodios trascendentales de una biografía académica**



*Crafer*

En 1978



**Germán Colmenares**  
Al momento de su grado como abogado en la Universidad del Rosario



La familia: Amalia, Esteban, Marina y Germán, Bogotá, junio 1985

## **1. Los primeros años de su formación académica universitaria.**

### **Las influencias**

**G**ermán Pablo Colmenares Colmenares nació en Bogotá el 1 de agosto de 1938 y murió en Cali el 27 de marzo de 1990. Su padre, Pablo, fue un farmacéuta empírico que adaptó y conjugó con maestría las fórmulas médicas para la cura de enfermedades domésticas, adquirió prestigio y reconocimiento en los organismos de salud de la capital y finalmente obtuvo su título en la Universidad Nacional. Tras su temprana muerte, fue su prima y esposa, Luz, quien heredó sus recetas y se convirtió, con solo 19 años de edad, en la primera visitadora médica del país ocupada en promocionar medicamentos que importaba de laboratorios alemanes. Así creció Germán, junto a su hermana Clara, en medio de boticas, abuelos hermanos, y una joven viuda que dedicó su vida y sus esfuerzos a levantar sus vástagos venciendo las limitaciones de su juventud y soledad.

Germán cursó bachillerato en el Liceo Nacional de Zipaquirá, poco después de que Gabriel García Márquez terminara allí sus estudios secundarios. Entre 1950 y 1955, como estudiante, Germán se destacó en la escritura de cuentos y textos de análisis literario que envió con relativo éxito al periódico “El Espectador”. En la dirección de la edición dominical llegaron a creer, incluso, que se trataba de una persona mayor y no de un joven casi niño. Se hizo hombre en el internado, taciturno, algo solo, refugiado en la lectura, con avidez por el conocimiento.

A la Universidad Nacional ingresó en 1957, cuando ya era rosarino. Vivió como estudiante primíparo la caída de Rojas, el plebiscito y la irrupción del Frente Nacional con el gobierno de Alberto Lleras Camargo; hechos que, sin duda, marcaron su interés académico por los partidos y por la política. Por cierto, a los diez años de edad tuvo directa noticia de “El Bogotazo” y siguió, como adolescente, los más aciagos acontecimientos de la “Violencia” en Colombia.

Se tituló como Licenciado en Filosofía y Letras en la Universidad Nacional y como abogado en el Colegio Mayor del Rosario, en 1960 y 1962 respectivamente. En la Universidad Nacional se encontraba cuando se fundó la primera Facultad de Sociología de América Latina con Eduardo Umaña Luna, María Cristina Salazar, Darío Botero Uribe, Virginia Gutiérrez de Pineda, Orlando Fals Borda y Camilo Torres Restrepo. En sus tiempos juveniles, fueron la lectura y el cine sus únicas diversiones. Tan solo intentó acercarse al billar con sus amigos rosarinos, pero fue un fiasco. Entre sus compañeros de estudio figuraba, justamente, Carlos Lleras de la Fuente, el hijo de uno de los políticos más prominente de entonces.

Si bien fue Germán un universitario de la época de la Revolución Cubana, no estuvo entre sus intereses el activismo político. Con solo veinte años de edad, prefirió una actividad académica febril y comprometida; tomaba cursos en dos carreras profesionales de diferente universidad, participaba del periódico “Fuego”, dirigido por Fernando Cepeda Ulloa, y construía grupos de estudio para discutir a los filósofos y científicos sociales más renombrados del momento. Las obras de Hegel y Marx, de Smith y Keynes figuraban en su biblioteca, pero prefería comentar y destacar a Georg Lukács, Maurice Merleau-Ponty, Herbert

Marcuse y Charles Wright Mills, al tiempo que promovía la lectura de Thomas Mann, Albert Camus o Jean Paul Sartre, así como la crítica del cine. Con Marta Traba, recién llegada a Colombia, entabló una temprana discusión acerca de la historia, las representaciones y la crítica del arte.



Los padres de Germán Colmenares. Pablo y Luz

Sin embargo, en torno a sus desarrollos universitarios debenaclararseciertasafirmacionesconstruidasporalgunos autores en torno a su biografía y quehacer académico. En primer lugar, mucho se ha hablado de las clases que en la

Universidad Nacional recibió de Jaime Jaramillo Uribe y de cómo ellas definieron su inclinación por la historia. No es muy exacto. Mientras Colmenares adelantaba parte de su carrera, Jaramillo ejerció como Secretario Académico General de la Universidad y se encontraron solamente en el curso inicial que Jaramillo brindaba sobre “Historia de Colombia”. Por supuesto, un solo curso podría ser suficiente para una influencia definitiva, pero tal parece que fue más protuberante la ascendencia de Antonio Antelo para el rumbo del joven Colmenares en la disciplina histórica. En los reconocimientos que incluye en la primera introducción de su obra “Historia económica y social de Colombia”, lo menciona de primero.

El español Antelo Iglesias llegó a Colombia en 1952, huyendo de la dictadura franquista, y se desempeñó como profesor de “Historia Universal” en la Facultad de Filosofía de la Universidad Nacional hasta 1960. Fundó la revista “Studium” en 1957 y dejó la Nacional para participar de la creación en Cali del Instituto de Filosofía, Letras e Historia de la Universidad del Valle, en 1962, del cual sería su director en 1966. Antelo fue un especialista en historia medieval y del renacimiento pero, además, filólogo, purista de la lengua y analista de las ideas. Nicolás Maquiavelo y Benjamín Constant, por ejemplo, fueron los primeros personajes históricos sobre los cuales escribió Colmenares a instancias de Antelo. En realidad, fueron disertaciones de curso sobre las cuales trabajó Colmenares para publicar pequeños textos juveniles sobre el “derecho natural” en revistas académicas (1959). Otras publicaciones de marcada ascendencia histórica, tuteladas por Antelo, aparecieron en “Studium”.

Antelo, según se pudo rastrear, fue, en la práctica, su consejero tutor en la monografía de grado que presentó en la Universidad del Rosario. La influencia de Antelo sobre Colmenares, el apoyo a su labor, y el aprecio del alumno con respecto a su maestro, quedaron plasmados, por cierto, en la dedicatoria.

“Al Doctor Antonio Antello (sic), castalio puro, en quien la cultura ha alcanzado su más cabal significación vital. Su discípulo agradecido” (Colmenares, 1962: IV).

Con todo, no puede negarse que la influencia de Jaramillo Uribe llegó después. Es cierto que Jaramillo había estudiado *“El pensamiento colombiano en el siglo XIX”* y que, en cierta forma, fue ese el tema escogido por Germán Colmenares para su trabajo de grado como abogado. No obstante, debe anotarse que Jaramillo adelantó esta investigación en Hamburgo y que sólo la publicó en 1963-64, razón por la cual Germán Colmenares ni siquiera la citó en su bibliografía. En realidad, no la conoció hasta su divulgación. Jaramillo, afirma Jorge Orlando Melo, no dio a conocer su texto entre los estudiantes; su clase promovía la investigación de archivo, la exigía, y era ese su aporte fundamental. La existencia de esclavos e indios en la Colonia se levantaba sobre documentos y en ello consistió su influencia. Jaramillo fue para sus jóvenes alumnos el prototipo del historiador serio, documentado, ilustre, con nuevas interpretaciones y metodologías, pero no se le conoció como historiador de las ideas hasta que publicó su libro más célebre<sup>6</sup>.

---

<sup>6</sup> Entrevista concedida al autor del presente texto por Jorge Orlando Melo, Bogotá, julio 30 de 2012.

No obstante, los caminos de Jaramillo y Colmenares volvieron a cruzarse cuando el último debutó como profesor contratista en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional, en 1964-65, siendo el primero decano. Jaramillo fue también el director de la “Sección de Historia de Colombia y América” y se convirtió en el primer director del Departamento de Historia de la Universidad Nacional, en 1965, bajo la decanatura de Mario Latorre.

La relación entre Colmenares y Jaramillo creció con las publicaciones de este último y el desarrollo de su labor docente y administrativa para apuntalar a la Historia como disciplina científica. El aprecio de Germán por el maestro se robusteció al lado de Jorge Orlando Melo, Margarita González, Hermes Tovar y Jorge Palacios Preciado, alumnos todos de Jaramillo Uribe, con quienes Colmenares compartió sus primeros años intelectuales después de la universidad. Se acercó aún más con la publicación del *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, cuyo primer número vio la luz en 1963 siendo Jorge Orlando Melo su primer secretario de redacción. Para Margarita Garrido, fue ello lo que fincó el aprecio especial de Colmenares por Jaramillo. Y, en efecto, el propio Colmenares lo dejó literalmente planteado: A partir de la creación del “Anuario”, “la investigación histórica fue afianzándose en las universidades colombianas en donde se crearon programas para formar docentes e historiadores profesionales” (Colmenares, 1991: 95).

En realidad, Colmenares elogió de su maestro su visión histórica, sus virtudes interpretativas, sus esfuerzos por la profesionalización de la historia, la reivindicación permanente del oficio del historiador<sup>7</sup>. La influencia de

<sup>7</sup> Entrevista citada de Margarita Garrido.

Jaramillo sobre Colmenares se gestó más por su práctica, por su ejemplo y su obra, que por sus clases. Los tres primeros números del “Anuario” incluyeron sendos artículos de Jaramillo que rompieron con la historiografía tradicional, reflejaron el preludio de una historia cultural de la colonia y señalaron el camino para los nuevos historiadores<sup>8</sup>.

Con el primer libro de Germán Colmenares, *“Partidos políticos y clases sociales”* (aparecido en 1966 y citado como 1968a), Jaramillo sostuvo un diálogo algo prevenido frente a la influencia de Georg Lukács que el maestro criticaba en la obra de su alumno. Existió, empero, otra divergencia de mayor fondo: el trabajo de Jaramillo no consultaba las realidades sociales a las que la investigación de Colmenares ligaba el estudio de las ideas. Antes que un aire abstracto, la producción de Colmenares respiraba sobre el conflicto real, sobre un propósito de historia total que no despreciaba, tampoco, el mundo literario<sup>9</sup>.

Titulado como filósofo en 1960, Germán Colmenares dedicó su tiempo a presentar los exámenes preparatorios para la carrera de abogado y creó la revista “Esquemas”, con la codirección de Jorge Orlando Melo, también estudiante de filosofía con algunas cohortes de diferencia, y de Carlos J. María, compañero de estudios. Como Jefe de Redacción fungió Rubén Sierra Mejía y tuvo la participación de quien sería la primera esposa de Germán, Marina González,

---

<sup>8</sup> Se trata de los artículos “Esclavos y señores en la sociedad colombiana del siglo XVIII” (“Anuario” 1, 1963), “La población indígena de Colombia en el momento de la conquista y sus posteriores transformaciones” (“Anuario” 2, 1964), y “Mestizaje y diferenciación social en el Nuevo Reino de Granada en la segunda mitad del siglo XVIII” (“Anuario” 3, 1965). Sobre la importancia del “Anuario”, consúltese: Renán Silva (2003).

<sup>9</sup> Coincide con ello Jorge Orlando Melo, entrevista citada.

quien se convirtió en alma editora, publicitaria y financiera de la aventura tipográfica. “Esquemas” alcanzó cinco números entre julio y diciembre de 1961 y en cada uno de ellos Colmenares publicó sus impresiones sobre los debates en que participaba, acerca de autores que leía, sobre sus elaboraciones filosóficas o, incluso, algunos capítulos de su primer trabajo de grado, como sucedió con “Las meditaciones de Juan García del Río” (1961c)<sup>10</sup>. Otros escritos aparecieron en la revista de la Universidad del Rosario (1960) y en el Boletín Cultural y Bibliográfico (1961). Antes de graduarse como abogado y mientras la universidad pública bullía con la irrupción de una generación contestataria y rebelde que anhelaba la toma del poder, Germán destinaba su tiempo a escribir artículos cuya publicación buscaba en revistas académicas, en los periódicos de circulación nacional o en su propia gaceta.

Aquí cabe una aclaración más. A propósito del trabajo de grado de Germán Colmenares presentado en el Colegio Mayor del Rosario para optar el título de Doctor en Derecho, aunque algunos biógrafos de Germán sostienen que dicho trabajo se convirtió en su primer libro, es necesario una precisión al respecto. El texto se titula “*Esquema para una historia de las ideas políticas en Colombia durante el siglo XIX*” (1961a) y ninguno de sus capítulos fue publicado íntegramente en su obra “*Partidos políticos y clases sociales*”.

Aunque una versión inicial se elaboró, como vimos, con los consejos de Antelo en la Universidad Nacional, en el Rosario tuvo la dirección de Álvaro Copete Lizarralde y fueron sus jurados los reconocidos juristas Bernardo Gaitán

---

<sup>10</sup> Entrevista citada con Jorge Orlando Melo. Reposa en su biblioteca la colección completa de la revista.

Mahecha y Jaime Vidal Perdomo. La dedicatoria, expresada al maestro español, la compartió con su madre: “para quien la vida ha significado la plenitud de la realización”.



Germán Colmenares, estudiante del Liceo Nacional de Zipaquirá, junto a su madre y a su hermana Clara

De los seis capítulos, Germán solo tomó algunos párrafos y toda su información empírica para construir el libro *“Partidos políticos y clases sociales”* (1968a). Fueron útiles, sobre todo, sus estudios sobre Vicente Azuero, Ezequiel Rojas, Justo Arosemena, José Eusebio Caro, Sergio Arboleda, Santiago Pérez y Miguel Samper. En su trabajo de grado, con un lenguaje sencillo y juvenil, Germán

abordó muchas de sus afirmaciones con verbo de abogado y rastros de filósofo; algo de Kelsen, un ápice de Hegel y un poco de Marx. No obstante, en su “advertencia preliminar” afloraba ya, con otras palabras, la idea primigenia de su labor histórica:

“Mi intención, al escribir una historia de las ideas políticas, se sustrae del canon tradicional. Quiero decir que no es liberal ni conservadora. Podría serlo en el sentido arbitrario de cómo se colocan tales membretes en Colombia. Al intérprete interesado incumbiría en todo caso la responsabilidad” (1961a: 1).

Así mismo, en las “notas”, ubicadas al final de su trabajo, planteó una discusión temprana con la obra en boga de Indalecio Liévano Aguirre, se distanció de la Academia de Historia y fijó, muy premonitoriamente, una visión acertada sobre los hechos de 1810:

“Liévano Aguirre ha descrito casi todas las circunstancias externas que rodearon el movimiento de la emancipación y no se le ocultan muchos de los hilos que tejieron su trama histórico. Personalmente me siento menos inclinado a la valoración negativa frente a los próceres. Es cierto que América no ha vivido la historia ingenua que se narra a los escolares ni la falaz altisonancia con que se solazan los académicos. Pero suprimir todo factor cultural-ideológico, es decir, espiritual, o subordinarlo a esquemas de intereses, me parece un error...” (Ibid: 87)<sup>11</sup>.

---

<sup>11</sup> La obra de Liévano, titulada inicialmente “Los conflictos socioeconómicos de nuestra historia”, se publicó en entregas por la Revista Semana y La Nueva Prensa, que fueron interrumpidas por presiones económicas y de opinión. En el número 2 de la Revista “Esquemas”, Colmenares incluyó una reseña crítica. Tras un lenguaje a veces farragoso y sarcástico, que compara el texto de Liévano

## Dice con respecto a las luchas de 1810:

“Debe tenerse en cuenta esta conexión fundamental que no escapa a ningún historiador pero que todos expresan con reticencias, procurando disimular su importancia: que la suerte de los movimientos de 1810 estuvo íntimamente ligada a la suerte de España frente al empuje napoleónico. A menudo se elude esta circunstancia pero prestándole una significación ambigua (...) Se pretende que América toda se irguió con una conciencia propia que rechazaba toda transacción con la Metrópoli, ignorándose premeditadamente los matices para no incurrir en contradicciones. Pero existe el testimonio irrecusable de los próceres mismos para dar por tierra con todo malentendido...” (Ibid: 93).

Su primer estancia en París, auspiciado por la embajada francesa, le permitió repensar y transformar sus hipótesis de grado en su primer libro, con una nueva redacción y un diferente contenido.

---

con las novelas de Eugène Sue, Colmenares expone finalmente sus conclusiones: la obra entera “sigue una línea demasiado simple, casi diríamos que excesivamente fácil si no fuera por el esfuerzo que supone encajar una multitud de detalles dentro de un esquema concebido de antemano y entresacado de definiciones políticas contemporáneas... La historia pierde su peculiaridad, el acontecimiento su calidad sui generis. Todo parece puesto allí para que saquemos a la postre una conclusión desfavorable sobre la entidad moral de las minorías y alabemos hasta las debilidades de la mayoría... A las interpretaciones nacionalistas y limitadas que se han elaborado con fines puramente escolares se suma esta nueva interpretación, un poco espectacular... El autor apenas aprovecha los recursos de su imaginación y la ignorancia propiciada por los manuales escolares. A interpretaciones ingenuas opone la audacia de un romanticismo truculento. A apropiaciones indebidas del sectarismo opone lo que él cree un derecho correlativo...” (Colmenares, 1961d: 24-25)

## 2. Se estrechan los contactos con la Historia

Luego de su grado como abogado y gracias a un apoyo del gobierno francés, Germán logró avanzar en sus investigaciones iniciales al entrar en contacto con la producción historiográfica y el mundo académico del país galo a partir de 1963. Ese año viajó a Francia y se matriculó como estudiante del Doctorado en Historia de la École Pratique des Hautes Études, un establecimiento de enseñanza superior fundado por Lucien Febvre después de la Segunda Guerra Mundial, aplicado a la investigación en ciencias de la vida y de la tierra, ciencias históricas y filológicas y ciencias religiosas.



Germán Colmenares, en España, cuando redactaba su tesis doctoral

Germán no vivió en Colombia el gobierno de Guillermo León Valencia y poca noticia tuvo de los sucesos que lo rodearon: los bombardeos contra las nacientes guerrillas de autodefensa, los conflictos del presidente con el Ministro de Guerra Alberto Ruíz Novoa, la emergente lucha de los estudiantes de la Universidad Nacional, el liderazgo del sacerdote Camilo Torres Restrepo con su “Frente Unido”, y el surgimiento de nuevas organizaciones armadas como el Moec o el Eln. Europa lo metió en las bibliotecas y en los museos y lo distanció de una generación rebelde en la política, en el arte, en la poesía y en la música. Ni la generación Beat, ni el hipismo, ni el nadaísmo que surgió en Colombia, tocaron a su puerta.

Sus primeros meses en Francia, de acuerdo con el testimonio de algunos que le conocieron, giraron entre las dificultades económicas, las limitaciones del idioma, la soledad, la depresión y el cigarrillo. Poco a poco, sin embargo, retomó la lectura, aprendió el idioma y asumió ocupaciones que dejaron profunda huella en su formación. No fue solo la “Escuela de Annales”, que predominaba en la academia francesa; sino su relación con Pierre Chaunu, destacado alumno de Braudel y de la Escuela, quien acogió la tutoría inicial de su trabajo doctoral, bajo la perspectiva de su gigantesca producción “*Seville et l’Atlantique, 1504-1650*” (1959), que abordó en detalle el tráfico entre la monarquía hispana y el Nuevo Continente.

De Chaunu, Colmenares captó la importancia de la historia cuantitativa, económica y serial que desplegó con rigor en sus trabajos posteriores relacionando, además, los dominios de la historia social con la historia demográfica. Para Chaunu, como lo fue para Colmenares, la historia

serial de los sistemas de civilización era un retorno a lo cualitativo, al servicio de lo cual se colocaban lo cuantitativo y la larga duración.

En 1965, Germán Colmenares regresó a Colombia e ingresó a la Universidad de los Andes como profesor de Humanidades hasta 1967, cuando viajó a la Universidad de Chile para adelantar estudios de postgrado en el Centro de Investigaciones de Historia Americana bajo la dirección de Rolando Mellafe, quien corroboró su interés por las estructuras económicas y sociales por sobre los acontecimientos políticos y militares y abrió una veta importante en la vida de Colmenares: Mellafe había hecho su doctorado en Berkeley, bajo la dirección de Woodrow Borah, y confirmó en Germán la aplicación de metodologías cuantitativas como herramientas para el análisis de fenómenos demográficos y sociales que ya empleaba con Chaunu. Fue a través de Mellafe que Colmenares conoció a Borah e inició una intensa correspondencia con los historiadores norteamericanos.

En el instituto chileno se encontraba también el ilustre profesor sueco Magnus Mörner, cuya orientación le llevó a escribir “*Las haciendas de los jesuitas en la Nueva Granada*”, publicado en 1969. El exhaustivo trabajo de Mörner sobre los jesuitas en el Río de la Plata, su empeño extremo en archivos y bibliotecas del mundo hispano, así como su intensa labor editorial, influyeron notoriamente en la dedicación de Colmenares<sup>12</sup>.

<sup>12</sup> La tesis doctoral de Magnus Mörner fue titulada: *The political and economic activities of the Jesuits in the La Plata region: the Hapsburg era*. Stockholm, Stockholms högskola, 1953. Se tradujo al español en una edición ampliada y corregida como: “*Actividades políticas y económicas de los jesuitas en el Río de la Plata: la era de los Habsburgos*, Buenos Aires, Paidós, 1968. En el año 2007, la

### **3. Una nueva forma de escribir la Historia**

De regreso en Colombia, Colmenares se vinculó nuevamente a la Universidad de los Andes durante los años 1969 y 1970, con la categoría de “Profesor investigador”. Allí profundizó sus estudios en torno a la historia colonial. Devoró con su análisis los Censos de Indios y con base en ellos dilucidó el carácter de las encomiendas y sus propiedades en Boyacá y Pamplona. Mientras los temas preferidos por la historiografía tradicional y los miembros de la Academia de Historia versaban sobre la Independencia, sus próceres y batallas, Germán inició un arduo trabajo con fuentes documentales que publicó con Margarita González y Darío Fajardo (1969), y que reunió en un inmenso banco de datos para sus estudios posteriores. Probablemente, bajo el modelo de las colecciones sobre historia del trabajo que había comenzado en México Silvio Zabala, Colmenares sugirió algo similar para realizar con Margarita González.

Con su estilo, seriedad y omnisciencia, Germán criticó muchos ensayos vacíos e insulsos de los venerables miembros de la Academia. De cierta forma, dice Darío Fajardo, el estudio de la Colonia buscaba interpretar las realidades históricas y económicas nacionales y comprender el presente para colocarlo al servicio de las inquietudes populares. Si acaso Colmenares no estaba tan convencido de ello como Fajardo, existía cierta mística, algún compromiso, un propósito<sup>13</sup>.

---

bibliografía de Mörner sumada 519 títulos y su biblioteca personal alcanzaba 150 metros. (Svensson, 2006-2007)

<sup>13</sup> Conversación con Darío Fajardo, Bogotá, noviembre 14 de 2012.

En sus primeras monografías, el joven historiador auguró lo que sería su paso por la historiografía colombiana: cambió la imagen existente en torno a la cantidad de población indígena al momento de la conquista española, sobre la catástrofe demográfica que siguió a la misma, el azote de la viruela, y la crisis de la encomienda y la mina por la disminución drástica de la mano de obra indígena. Los cálculos de Juan Friede y Jaime Jaramillo fueron debatidos por los recuentos de Colmenares basados en las Visitas de Tierra que, en parte, serían fuente posterior de trabajo y corrección para Hermes Tovar (1970-1993). Sin embargo, su propuesta metodológica echó raíces: apreciar en detalle las reacciones y cambios en la curva demográfica de la población indígena, contrastándolas con las modalidades de poblamiento español y los ciclos económicos (Colmenares, 1969b: 7).

En línea con todo el trabajo realizado, Colmenares siguió en su tesis doctoral la evolución de diversos fenómenos económicos y sociales como el primer ciclo del oro, la ocupación de la tierra por los conquistadores y las relaciones de dominación que impusieron. Rastreó la vida en las encomiendas, el sistema de agregación de pueblos y sus afectaciones por la hecatombe demográfica; exploró la organización social indígena y el surgimiento de las ciudades; las epidemias, los impactos culturales y la muerte tras la conquista; las formas de explotación, los mecanismos de apropiación y usufructo por parte de los conquistadores, las ocupaciones de hecho, el reparto de tierras en poder de los cabildos, los tributos y obrajes.

En su investigación doctoral, Colmenares se ocupó, así mismo, de las mitas minera y urbana, del trabajo en ellas, de las alianzas matrimoniales y el control de los cabildos; del

transporte, los oficios y la división del trabajo por género. De allí pasó al segundo ciclo del oro, centrado en las minas de aluvión y la mano de obra esclava, su relación con la agricultura y el abastecimiento de las ciudades y las minas, los conflictos con respecto a los resguardos y su proceso de extinción iniciado en la segunda mitad del siglo XVIII. A lo largo de su trabajo, dice Bernardo Tovar, Colmenares expresó “con toda claridad, la adopción del punto de vista económico y social como el más apropiado y fructífero para el análisis histórico” (Tovar Z., 1994: 83).

En efecto, en palabras de Jorge Orlando Melo, todo el trabajo de Colmenares “transformó la visión histórica de la Colonia”:

“Antes de Colmenares, las poblaciones indígenas previas al descubrimiento no llegaban a un millón de habitantes; después de él, las cifras que se dan son de cuatro a cinco millones. Antes de Colmenares, la Colonia era una época de disputas cortesanías entre virreyes y arzobispos y de conflictos burocráticos en audiencias y cabildos; después de él, se convirtió en tiempo de minas y esclavos, de trabajadores indígenas, de hacendados y comerciantes, de delitos y violencias” (Melo, 1990: 13).

A finales del período presidencial de Carlos Lleras Restrepo, Colmenares era ya un intelectual reconocido y respetado por altas personalidades del gobierno. Sus artículos publicados en el *“Boletín Cultural y Bibliográfico”* del Banco de la República, en donde se editó por entregas su primer libro, lo catapultaron en el mundo intelectual. Se contaba, además, entre los pocos profesores universitarios con estudios de posgrado en el exterior y se perfilaba, por su dedicación, como uno de los grandes de

la historiografía colombiana. Colmenares fue uno de los primeros historiadores en hilar las transformaciones de la sociedad colonial con la producción y el trabajo y, con ello, a las coyunturas demográficas de la población indígena. Para Colmenares, la producción colonial estaba tan ligada a la encomienda como a ella el proceso de extinción de la población aborígen y la crisis misma de la Colonia.

Durante los años 1970 y 1971, como dispensa del primer año del tercer ciclo en su doctorado, con el apoyo de la Fundación Ford y de la Universidad de los Andes, Colmenares visitó el Archivo de Indias en Sevilla y volvió a Francia para sostener su tesis doctoral bajo la dirección final de Fernand Braudel –por ausencia de Chaunu, quien se había trasladado a Caen para crear el “Centro de Investigaciones cuantitativas”– y con Pierre Vilar, Frédéric Mauro y Ruggiero Romano como jurados. Su obra, originalmente titulada “Economie, minière et société dans la Nouvelle Granada (1550-1717)”, prolija en investigación de archivo, mostró su madura catadura de historiador: integró lo avanzado en sus trabajos monográficos anteriores, incorporó una vasta información obtenida en los archivos de Sevilla y logró una visión de conjunto que comienza con los procesos de conquista y ocupación territorial, para rastrear la localización del oro y la fundación de ciudades con sus transcurso paralelos, sin olvidar la organización de la población indígena ni la aculturación vivida. Fue sustentada el 12 de febrero de 1972 y recibió la mención “*trés bien*”. Para entonces lo acompañó su nueva esposa, Marina Jiménez, madre de sus hijos, Esteban y Luz Amalia, a quien conoció en una reunión festiva en la casa del poeta Aurelio Arturo y de quien, dijo siempre, fue un amor certero y definitivo, a primera vista.

En París, producto del movimiento estudiantil de 1968, la École Pratique vivía en ese entonces un álgido momento de discusión política y académica que la condujo a su escisión en 1975. La VI sección, dedicada a las Ciencias Sociales y para la cual Charles Morazé había conseguido apoyo de la Fundación Rockefeller, se convirtió en la École des Hautes Études en Sciences Sociales (EHESS) bajo la dirección del propio Fernand Braudel sucedido por Jacques Le Goff. La Escuela reivindicó a las Ciencias Sociales como área de dominio epistemológico independiente, a la Historia como ciencia relevante, y propuso la interdisciplinariedad con el ser humano en sociedad como objeto de estudio central. La Escuela, además, impulsó la formación en una doble dirección: análisis profundo del pasado e investigación para la comprensión del mundo contemporáneo.

Los procesos que sacudieron la nueva estancia de Colmenares en Francia fueron definitivos para su formación como historiador y para la consolidación de sus conceptos y construcciones académicos. Sus visiones con respecto a la cultura, así como también la interdisciplinariedad de las ciencias sociales, tuvieron en París y la EHESS su principal motor. Colmenares pasó días enteros recorriendo el Louvre y vivió, además, cerca a la Gare du Nord, un suburbio popular muy combativo de la capital francesa, con una amplia población de origen africano. Aunque ya dominaba el francés, asistió a los cursos de idioma ofrecidos por la Alianza Francesa a inmigrantes de diversos sectores sociales. Finalmente, tuvo la oportunidad de vivir en casa de Jean Vilar, hijo de Pierre, junto al Sena, y dispuso de su biblioteca.

## 4. La Universidad del Valle

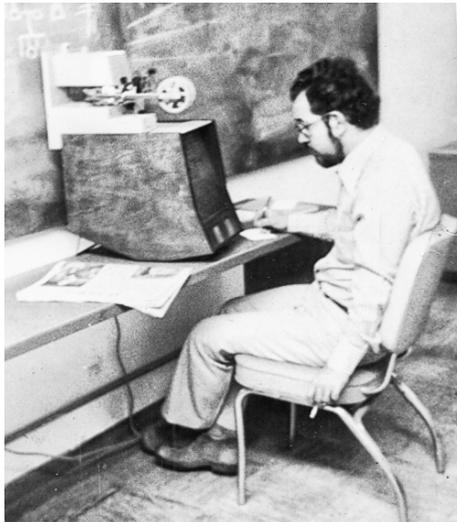
A su regreso de París, Germán Colmenares buscó su reingreso a la Universidad de Los Andes pero le fue negado. Su temprana presencia en reuniones profesoras que cuestionaban la designación de directivos comprometidos con la política tradicional en lugar de intelectuales y académicos, parece haber sido una de las causas. Otros atribuyen el motivo al incipiente esfuerzo de formar una agremiación profesoral en compañía de Eduardo Camacho Guizado. Se conocen, igualmente, los roces sostenidos con Abelardo Forero Benavides, un portavoz de la historia tradicional, a raíz de las primeras publicaciones de Germán y por el hecho de recibir éste un salario superior en razón a sus títulos profesionales. Forero, quien fuera director del Departamento de Historia, regresó a la Universidad de los Andes luego de ocuparse como Ministro de Gobierno de Misael Pastrana, y vetó a Colmenares con el pretexto de que ni siquiera lo había felicitado por su alto nombramiento.

Lo cierto es que, excluido de los Andes, a pesar de un contrato existente que suponía su inmediato reintegro al regresar de Francia, Germán Colmenares decidió aislarse de la universidad y continuar con el respaldo del Banco de la República y sus publicaciones en el *“Boletín Cultural y Bibliográfico”*. Pronto recibió, así mismo, un soporte financiero de tres meses por parte de la “Corporación para el Fomento de las Investigaciones Económicas”, auspiciada por la Fundación Ford, para depurar su tesis doctoral y publicarla<sup>14</sup>.

---

<sup>14</sup> Entrevista citada con Jorge Orlando Melo. Complementos de Marina Jiménez.

Frente a una perspectiva tan incierta, un encuentro casual con Ilse Schütz-Buenaventura, decana de la Facultad de Humanidades en la Universidad del Valle, quien dejaba el cargo, lo convirtió en su reemplazo con la aceptación inmediata del rector Álvaro Escobar Navia<sup>15</sup>. Los primeros interlocutores y colegas de Germán fueron Soffy Arboleda de Vega, León J. Simar, Armando Romero Lozano, Luis Enrique Sendoya, Herbert Moore, Cornelius Goslinga, John Neubauer y Julio Cesar Cubillos, entre otros. Poco antes que él llegaron Rubén Sierra, Juan Posada, quien fuera compañero de estudios de Germán en la Universidad Nacional, y Francisco Uriel Zuluaga, primer egresado del alma mater. La casa de Jorge Orlando Melo, entonces en Cali, fue su primer albergue.



En sus inicios en la Universidad del Valle, 1972

La Universidad del Valle a la que llegó Colmenares bullía en movilizaciones y conflictos. En 1971, durante las jornadas

---

<sup>15</sup> Ibidem.

estudiantiles que vivió todo el país, la Universidad se paralizó por completo y se unió a las huelgas magisteriales. Los estudiantes exigían la negativa a las ayudas recibidas de la Fundación Rockefeller, reclamaban la autonomía de la Institución, participación en las decisiones administrativas y académicas, libertad de cátedra, y un cuerpo de profesores dedicado de tiempo completo a la academia. Un grueso núcleo de jóvenes ocupó la rectoría desde el 15 de febrero, hasta que el rector Alfonso Ocampo Londoño ordenó el ingreso de la Fuerza Pública el 25 de ese mismo mes.

Al día siguiente, convocada una “retoma” de la Universidad, resultó muerto el estudiante Edgar Mejía Vargas y, tras ello, se inició una masiva protesta popular que desembocó en enfrentamientos con la policía, un sinnúmero de muertos y toque de queda en toda la ciudad a partir de las seis de la tarde. En parte, el descontento de los Barrios Siloé y Lleras por el resultado oficial de las elecciones presidenciales de 1970, se expresó al lado de los estudiantes. Andrés Caicedo (1975) dijo de los episodios:

“El 26 de febrero prendimos la ciudad de la quince pa’rriba, la tropa en todas partes, vi matar muchachos a bala, niños a bolillo, a Guillermito Tejada lo mataron a culata, eso no se olvida. Que di piedra y me contestaron con metralla”.

Finalmente, el rector Ocampo presentó su renuncia y asumió Hugo Restrepo Ramírez, quien se preocupó en extremo por superar la calidad académica de la universidad y fue sucedido en su labor por Alberto León Betancur. En cierta forma, Germán cumplía las exigencias de los estudiantes por la calidad de los docentes. No obstante, otros cambios se aprobaron en la Universidad; entre ellos, reformas en la reglamentación institucional, en la composición del Consejo

Superior y supresión de la ayuda extranjera. Como corolario de las movilizaciones, se tomó también la decisión de trasladar el grueso de las Facultades, exceptuando Medicina y Administración, a la nueva sede de Meléndez, cuya construcción se había impulsado para recibir a los deportistas de los VI Juegos Panamericanos que tuvieron lugar en julio y agosto de 1971 y que impulsaron, en muchos aspectos, la modernización de la ciudad.

Con motivo y a partir de los juegos, la cara de Cali cambió. Se asfaltó la calle quinta desde el barrio San Antonio hasta la nueva sede de la Universidad del Valle y nuevos sectores de población aparecieron con invasiones al suroriente de la ciudad, conformando lo que posteriormente se llamó “Distrito de Agua Blanca”. El Batallón Pichincha se trasladó del centro al sur de la ciudad con amplias instalaciones, se construyeron el aeropuerto “Alfonso Bonilla Aragón”, la Villa Panamericana de la calle novena, el “Coliseo del Pueblo”, el Velódromo y las vías que unieron a todas las sedes deportivas: la Autopista Sur, la Avenida Guadalupe y la Autopista Pasoancho. Para muchos, Cali dejó de ser aldea y se convirtió en ciudad. Tras un breve periplo por varias residencias arrendadas, Germán Colmenares se instaló en el barrio San Fernando y desde allí se movilizaba en bus, todos los días, hasta la sede de Meléndez. Era el Blanco y Negro que salía de Santa Rosa, sobre la calle décima, y llegaba hasta la Ciudad Universitaria por la quinta. Poco después, su recorrido se amplió desde la avenida sexta norte, tomando la ciudad de extremo a extremo.



Germán Colmenares y su esposa, Marina Jiménez, recién llegados a Cali, en el Parque del Perro

Colmenares permaneció vinculado a la Universidad del Valle desde el 12 de julio de 1972 hasta el momento de su muerte, en 1990. Si bien ingresó como decano, con un salario de \$ 11.000, más \$ 2.000 por gastos de representación, pronto dejó las responsabilidades administrativas para dedicarse tan solo a la docencia y la investigación, sacrificando su ingreso. Recién vinculado a la universidad, continuó recibiendo los últimos estipendios del Banco de la República. La administración, extrañada, no

supo qué hacer cuando Germán devolvió el último cheque recibido por su condición de investigador del Banco: “soy profesor de la Universidad, expresó, y no puedo recibir otro ingreso”. Al abandonar su cargo directivo y entrar como docente al Departamento de Historia, Colmenares propuso la reestructuración total del Plan de Estudios con un documento en el que sustentó, además, el papel de la Universidad:

“...La investigación histórica en Latinoamérica es una actividad que se desarrolla marginalmente en academias cuya función principal es la de definir la oportunidad de conmemoraciones patrióticas y cuyos miembros son llamados para premiar actividades intelectuales más o menos indefinidas en el periodismo o en la política. Los Estados no han creado centros de investigaciones históricas en los que se discuta el carácter científico de esta práctica. Por ende, la Universidad parece atendida a los someros resultados de las academias, sin que tampoco cuestione verdaderamente estos resultados que son un producto ideológico. Para superar esta situación se hace necesario afirmar una y otra vez el carácter de la historia como ciencia social.

La pretensión más elemental de la ciencia, su pretensión de objetividad, debe eliminar en la historia la mera afirmación ideológica para crear su objeto. Sólo que este objeto no se da, ni puede darse, dentro de las coordenadas de unas pocas variables abstraídas de la realidad. La realidad a que alude la historia como ciencia es la realidad total del hombre y de la sociedad. Por eso es muy útil la concepción contenida en un pasaje de la ‘Introducción a la crítica de la economía política’, citado a cada rato, de que el conocimiento debe ir de la elaboración abstracta del concepto a lo concreto de la realidad”<sup>16</sup>.

---

<sup>16</sup> Germán Colmenares. “Algunas ideas sobre la reestructuración del Plan de Estudios de Historia”. Documento para discusión presentado

## 5. Obra, práctica y ejemplo

En 1973, cumpliendo el compromiso adquirido con la “Corporación para el Fomento de las Investigaciones Económicas”, la tesis doctoral de Colmenares vio la luz bajo el título: *“Historia económica y social de Colombia, 1537-1719”*, con la participación de la Universidad del Valle. Incorporó, sin embargo, un análisis más crítico de la información y asimiló las sugerencias que el jurado de la tesis en la Escuela de Francia le había formulado a su versión original. De esta manera logró describir en detalle los distritos mineros, la utilización de mano obra indígena en las minas e introdujo el comercio de esclavos negros y su participación en la producción minera, hasta la crisis de ésta y su nexa fiscal con las cajas reales.

De acuerdo con Bernardo Tovar, el libro de Colmenares logró subrayar los contrastes entre el poder colonial y los poderes locales, así como el juego de las alianzas, el sistema burocrático, la conformación de los linajes aristocráticos y el poder económico, la función del mestizaje y otros aspectos semejantes:

“Esta obra de Colmenares, de largo aliento, extensa en la información y densa en el análisis, representa el primer hito de la historiografía económica y social sobre la época colonial” (Tovar Z., 1994: 88-89).

---

en 1974 al Departamento de Historia de la Universidad del Valle. Archivo Central de la Universidad del Valle, ACUV, hoja de vida de Germán Colmenares, HVGC. En este documento definió los perfiles teóricos del Programa en Historia y propuso los cursos a seguir con sus correspondientes contenidos y organización temática. No era fácil. El departamento tenía una fuerte presencia de la historia tradicional y cohortes estudiantiles bastante beligerantes.

Casi de inmediato, reseñas y críticas aparecieron en las revistas históricas más importantes del mundo: *Hispanic American Historical Review*, *American Historical Review* y *Rivista Stórica Italiana*, entre otras. Germán se convirtió en el historiador del país más conocido y citado en el mundo académico internacional. Su libro reconstruyó la producción regional de oro en la Nueva Granada y relacionó de manera magistral la crisis de la minería con el desastre de las poblaciones indígenas. Su contenido superó con creces la edición bastante pobre y mal acabada. Su aporte fue concluyente en estos aspectos y continúa vigente sin discusión alguna, a pesar de las críticas que puedan formularse hoy a su visión. Sus limitaciones no pueden aislarse del contexto ni dejar de comprenderse en el estrecho marco de las ciencias sociales para entonces. Los cambios en los modelos de interpretación económica y las complejas formas de análisis sobre las relaciones sociales y los sujetos históricos, no fueron asidos totalmente por Colmenares aunque de muchas maneras aportó en su gestación.

La dedicación de Colmenares era incansable. Llegaba a la Universidad en las tardes y escribía o leía en las noches, en las mañanas y en los fines de semana. Deambulaba por la casa leyendo y se sentaba a escribir con sus ideas mentalmente organizadas. A menudo, el teclear de su máquina lo interrumpía para jugar con sus hijos o para intervenir en las conversaciones de su esposa. “Parecía estar concentrado en su oficio –dice ella– pero estaba escuchando lo que conversaba con cualquier amiga, a metros de distancia, e intervenía inesperadamente. Opinaba sobre lo divino y lo profano”. En algunas ocasiones detenía su escritura y se sentaba a conversar con ella, a ordenar sus ideas y a pedirle un concepto<sup>17</sup>.

---

<sup>17</sup> Conversación sostenida con Marina Jiménez el 3 de noviembre de 2012.



Germán Colmenares con su hijo Esteban

Colmenares pasaba las vacaciones enteras en los archivos. Tecleaba a mano alzada, sin volver muchas veces sobre sus escritos y sin revisar en detalle la redacción. No existía el computador y corregía algunas cosas a mano antes de enviarlas a imprenta. A menudo no consultaba la producción existente sobre un tema o la leía en forma diagonal, ligera. Tenía marcos teóricos generales y con ellos trabajaba sobre sus propias fuentes, con una organización artesanal pero efectiva. Muy temprano, en junio de 1974, se convirtió en uno de los pocos profesores titulares de la Universidad del Valle

Margarita Garrido, entonces alumna de Colmenares, habla de esos primeros años bajo la tutela de Germán:

“Una de las cosas que más me impresionó de Germán fue su disciplina. Esa dedicación, esa disciplina, fue una enseñanza extraordinaria (...) Germán tenía un sentido claro de qué iba a hacer él, de que ese era su oficio y de qué era ese oficio”<sup>18</sup>.



Germán Colmenares con Amalia en casa de Jean Vilar,  
frente al río Sena

Tras publicar su *“Historia Económica y Social de Colombia”*, la producción historiográfica de Colmenares se consolidó con su trabajo tesonero sobre *“Cali: Terratenientes, Mineros y Comerciantes (Siglo XVIII)”* (1975a) y con el segundo volumen de su *“Historia Económica y Social (“Popayán una sociedad esclavista 1680-1800”)*” (1979 y 1997c). Ambas investigaciones contaron con el auspicio total

---

<sup>18</sup> Entrevista citada con Margarita Garrido.

de la Universidad del Valle, a cuyo rector, Álvaro Escobar Navia, rindió tributo el propio Colmenares por su apoyo<sup>19</sup>.

Su obra sobre Cali en el siglo XVIII abordó la tenencia de la tierra y las relaciones de trabajo, los orígenes del latifundio, el crédito, las minas y el comercio, así como la ciudad, la sociedad y la política. Como él mismo lo dijo, fue un grito contra la ausencia de estudios concretos sobre la formación económico-social colombiana, que buscaba precisar el punto de intersección entre las economías regionales y el sistema mercantilista y definir los modelos de explotación de las propiedades agrícolas registrando sus contradicciones (Colmenares, 1975a: Introducción). De esta manera, Colmenares exploró el surgimiento de una economía agraria esclavista derivada del auge económico de la minería y desligada del mercado externo, hasta su colapso, fundado en el fracaso de las perspectivas de los propietarios, el flujo inverso de los esclavos de las haciendas a las minas y la liquidación del sistema político colonial<sup>20</sup>.

Con respecto al estudio sobre Popayán, el desarrollo historiográfico demostrado por Colmenares fue aún mayor. Discutió sobre la esclavitud con las escuelas norteamericanas y propuso un salto que permitió vislumbrar sus futuras dedicaciones y perspectivas historiográficas: la esclavitud

<sup>19</sup> El Consejo Directivo de la Universidad del Valle aprobó su proyecto titulado “Propietarios, mineros y comerciantes en Cali en el siglo XVIII” y aportó todo lo necesario en materiales, viajes y tiempo del investigador (ACUV). De inmediato, brindó pleno respaldo a la labor de Colmenares en Popayán, tal como lo reconoció en el prólogo a su libro.

<sup>20</sup> La dedicatoria del libro, omitida en tantas ediciones posteriores, da cuenta del marco que rodeó a Colmenares durante sus primeros años en Cali: “A mi esposa, Marinita, a mi hija, Luz Amalia, a mis amigos Aníbal Patiño –que me ha enseñado tantas cosas sobre el Valle del Cauca–, Álvaro Camacho y Fernando Garavito”.

no podía estudiarse al margen de los complejos ideológicos y de mentalidad que envolvían a esclavos y amos, de sus aspectos éticos y psicológicos (Colmenares, 1979: 30-32). El libro contiene un detallado estudio sobre la trata de negros en Popayán, su organización en cuadrillas y la libertad; las minas, sus sistemas de funcionamiento y factores productivos; la tenencia de la tierra y las haciendas. Sin embargo, no se le escapan temas poco comunes y menos afines a la economía, como el origen africano de los esclavos, sus dietas y enfermedades, las herramientas empleadas en su trabajo, las rebeliones y el cimarronaje, la ideología de la esclavitud y el trabajo indígena; igualmente, los estilos de vida en la sociedad, la familia, las incertidumbres de la vida, el cabildo y los gobernadores.

En el interregno de uno y otro libro, Colmenares se trasladó en comisión de servicios a Middlebury College, en Vermont-Estados Unidos, para dictar cursos de verano sobre Historia de América Latina y recibió la colaboración financiera de la Fundación John Simon Guggenheim (1975-1976) con una beca para visitar de nuevo el Archivo de Indias en Sevilla y trabajar con Woodrow Borah en Berkeley University. De manera autodidacta, sin clases y a fuerza de lectura, conversaciones y traducciones, adquirió el dominio del inglés.

En 1977, Colmenares viajó a la Universidad de Columbia en Nueva York, en calidad de profesor invitado, y en 1978 se trasladó a París con el apoyo de diversas instituciones de la academia francesa. A su regreso, cuando asumió por breve tiempo la jefatura del Departamento de Historia en la Universidad del Valle (1979), la aparición del segundo tomo de su *"Historia Económica y Social"* lo perfiló como pionero en la construcción de un nuevo tratamiento historiográfico para la colonia en América Latina. Colmenares, dice

Bernardo Tovar, abordó “una variedad de elementos de la vida colonial que van más allá del límite marcado por la estricta temática económica y social”. (Tovar Z., 1994: 92). En palabras del propio Colmenares, el interés por la colonia se desplazaba desde sus aspectos episódicos, de la configuración social de las huestes conquistadoras y del sustrato económico y empresarial, a lo cultural e imaginario, a las nociones éticas y teológicas, al mundo de las ideaciones y de los significados:

“No sólo se ha abandonado la trama voluntarista, en la que quería resaltarse una energía heroica y transformadora, sino que los aspectos económicos y sociales se presentan como algo secundario. Ahora, la conquista tiende a aparecer más bien como una empresa de lo imaginario” (Colmenares, 1990a, 32).

Durante los años 1982-1983, Colmenares fue becario de la Woodrow Wilson (Smithsonian Institution), para lo cual recibió Comisión de Estudios Postdoctorales de la Universidad del Valle. En este momento de su carrera, Germán sólo tenía tiempo para la docencia (su “labor pedagógica”, la llamaba), para su producción historiográfica, para cualificar sus fuentes, viajar entre Europa y Estados Unidos, leer ávidamente a los historiadores de los países que visitaba en su propio idioma, y traducirlos para sus alumnos<sup>21</sup>. De esta manera repensaba sus propios libros, planeaba nuevas investigaciones, programaba sus clases y giraba cada vez más hacia la historia de las ideas y de la

---

<sup>21</sup> Una de las traducciones más densas que realizó Germán Colmenares, fue aquella de la obra de Richard Preston, “*El crédito y la economía (1851-1880)*”, publicada por la Biblioteca del Banco Popular y la Universidad del Valle en 1983.

cultura. A raíz de la discusión planteada por Hobsbawm (1980) y Stone (1982), Colmenares se ocupó cada vez más de los estudios historiográficos y de la teoría de la historia. Cuestionaba a cada momento su disciplina y buscaba nuevas perspectivas. Exploró la aplicación de la ley penal en el período colonial y sus diferencias con el período posterior a la Independencia, abordó los diversos modelos de poblamiento y de urbanización en el territorio de la Nueva Granada y se acercó a una especie de interpretación sobre el tratamiento que daban los historiadores del siglo XIX al período colonial.

En sus cátedras y en algunos documentos criticó de forma abierta el esquema de interpretación y de exposición narrativa en “pisos” o niveles que asumía la “Escuela de Annales”. En su criterio, el esquema tripartito de condiciones materiales, relaciones sociales y superestructuras políticas y culturales, no estaba al orden del día. La “Escuela” misma se había abierto hacia problemas antropológicos y exploración de culturas populares acuñando conceptos como el de mentalidades e imaginario colectivo (Colmenares, 1997d: 99). El desarrollo de la disciplina ponía menos énfasis en métodos y procedimientos cuantitativos y mucho más en la búsqueda de significados. Existía menos interés por la vida material y mucho más por la vida cultural, las ideas o las mentalidades. Tal era su confesión:

“He tratado de seguir esta transformación realizando traducciones de artículos teóricos o ensayando definir yo mismo el sentido de estos cambios en algunos artículos que he publicado”<sup>22</sup>.

---

<sup>22</sup> Germán Colmenares. “Historia Económica y Social de Colombia. Proyecto de Investigación para una nueva edición”. ACUV, HVGC, pp. 2 y 3.

La intensa vida política por la que atravesaba la Universidad del Valle y el país fue motivo de tertulias, de análisis de café, de humor negro y sarcástico. Algo de ello quedó en un prólogo a la cuarta edición de su *“Historia Económica y Social de Colombia”*, pero no quiso publicar nada más sobre ello. Permanecía ocupado con los problemas y replanteamientos propios de su disciplina, absorbido por la necesidad de comprender e interpretar de forma diferente la realidad nacional y su devenir. Colmenares miraba con distancia sucesos como la toma de la Embajada Dominicana por el M-19 o las conversaciones iniciadas por Belisario Betancur con la insurgencia, por las que apostó simpatía pero escepticismo. Cada momento libre de las clases lo empleó para leer y traducir nuevos autores. Su madurez intelectual lo condujo a devorar con ansia la más reciente producción historiográfica del mundo francófono y anglosajón. Con ellos, escrutaba y discutía Colmenares un nuevo norte para su quehacer. Según Margarita Garrido, Germán no tenía un proyecto historiográfico elaborado de principio a fin, como otros autores creen<sup>23</sup>: lo que él tenía era un genuino interés por entender las sociedades del pasado, e iba cambiando las preguntas y estaba siempre ansioso de ir más allá, de entender más, de buscar otros enfoques, otros acercamientos<sup>24</sup>.

Precisamente, tras esta búsqueda, Germán retornó al siglo XIX con su libro *“Ricardo Rendón: una fuente para la historia de la opinión pública”* (1984a). El documento gráfico, la colección completa de las caricaturas, se acompañó con una narración que aportaba claridad con respecto a los momentos históricos en que fueron

---

<sup>23</sup> Confróntese Florez, Orlando (2005)

<sup>24</sup> Entrevista citada del autor con Margarita Garrido.

elaboradas, sus personajes e incidentes en concreto. La historia social, política y cultural del país en las primeras décadas del siglo XX, gira en torno a un corpus gráfico que expresa, además, la modernización del país con la construcción de opinión. Sin embargo, es más que eso; con “*Rendón*”, Colmenares vuelve sobre el viejo planteamiento de Collingwood según el cual todas las obras son objetos intencionales cuya comprensión pasa por la hermenéutica, por los propósitos del autor y el contexto al producirlas. Este desarrollo, “complejo y preciso” en palabras de Melo (1985: 72), permite observar, precisamente, la línea coherente entre esta obra y su último trabajo: “*Las convenciones contra la cultura: ensayos sobre la historiografía hispanoamericana del siglo XIX*” (1987a), escrito en la Universidad de Cambridge bajo la condición de Visiting Scholar y Fellow de St. Edmunds House, durante un año sabático concedido por la Universidad del Valle entre el 16 de agosto de 1985 y el 15 de agosto de 1986.

En este trabajo, la concepción de Colmenares se desarrolla al extremo: los textos deben comprenderse en su contexto. Pero este contexto no es solo “objetivo”, no solo obedece a las circunstancias sociales, económicas y políticas en que fueron escritos. Tal como lo plantea Skinner, obedece también a las motivaciones del autor para escribirlos, a sus intenciones, a los efectos que busca producir, a las convenciones que busca compartir e impartir. El contexto es también cultural e intelectual, se enmarca en las discusiones que cobija, se nutre de las ideas y doctrinas del momento, en los debates y lecturas que viven sus autores; de los significados, de sus usos y de los cambios en esos significados.

No es extraño, en ese orden de ideas, que estos años cambiaran mucho la forma de ser de Colmenares, su carácter. Abandonó diversos rasgos de su prepotencia y se acercó más a sus estudiantes; entabló una mejor comunicación con sus colegas y buscó, con cierto afán, la interrelación con varios de ellos. Se convirtió, él mismo, en un autor que ampliaba su contexto intelectual. Y así, gracias al impulso de las Ciencias de la Comunicación en la Universidad del Valle, inició intensos diálogos con Jesús Martín Barbero, con Edgar Vásquez y con Francisco Jarauta. Amplió, igualmente, los contactos con sus colegas de filosofía: Lelio Fernández, Hernán Lozano y Rodrigo Romero, con Estanislao Zuleta y Rebeca Puche; se sentaba a dialogar en francés con Jean Paul Margot y frecuentó cada vez más el club que los profesores de la Universidad tenían en Piedra Linda. En su prólogo a *“Las convenciones contra la cultura”*, Germán reconoció la nueva situación y se atrevió a expresar el deseo por “aproximar aún más las discusiones” con sus colegas.

Apasionado con su trabajo y las direcciones que tomaba, empezó a promover la idea de la “Escuela de Cali” y programó foros en distintas ciudades del país, respaldado por la publicación de la serie que sobre “Sociedad y Economía en el Valle del Cauca”, publicó la Universidad con el apoyo del Banco Popular<sup>25</sup>. No obstante, el desarrollo de su trabajo en *“Convenciones”* lo llevó a otra idea: la de impulsar la Maestría en Historia Andina, con una visión de región grande, latinoamericana, que abandonara el molde nacional como producto de las consideraciones sobre este tipo de historia como barrera y prisión historiográfica. Gracias a la Maestría, Colmenares reunió en Cali a exponentes muy reconocidos

---

<sup>25</sup> Entrevista citada con Margarita Garrido.

de las ciencias sociales sobre el continente americano: Magnus Mörner, Tristan Platt, Anthony McFarlane, Marie-Danielle Demélas, Carlos Landazuri, Michael Taussig y Hans-Joachim König, entre otros.



Carné de Germán Colmenares  
como miembro de la Casa del Profesor

En 1986, Colmenares aceptó su distinción como miembro de número de la Academia de Ciencias Económicas. Dos años después, en 1988, la Universidad del Valle lo declaró “Profesor Distinguido”, máximo reconocimiento de la institución a sus colaboradores docentes. A finales de 1989, cuando el M-19 retomó sus conversaciones de paz con el gobierno de Virgilio Barco y se empezó a agitar la consigna de la Constituyente, se vio a Colmenares como espectador silencioso en algún foro programado en la Universidad con la presencia de exdirigentes guerrilleros. Hacía mucho tiempo, o tal vez nunca, se le había visto en una actividad de esta naturaleza. En los Congresos de Historia se le vio

asistir, también, como un espectador más, a las ponencias presentadas por estudiantes e investigadores principiantes y opinar o fungir como consejero en sus comentarios.

Al momento de su muerte, Germán Colmenares escribía una *“Historia de Bogotá”* y reelaboraba los dos tomos de su clásica obra *“Historia Económica y Social de Colombia”*, para reunirlos en una estructura actualizada que comprendiera sus investigaciones posteriores. Colmenares era consciente de algunos errores en la transcripción de datos o en el manejo de cifras y reconocía la necesidad de dotar su trabajo de unas conclusiones detalladas que hicieran ver con mayor claridad los puntos nodales de su investigación. Quería depurarla de errores e incluir en ella trabajos ulteriores y algunos apuntes sobre Popayán y Cali que quedaron sobre el tintero. Sin embargo, como ha quedado dicho, su propósito fundamental era incorporar todas sus experiencias como historiador en una reelaboración de su síntesis inicial que hiciera más énfasis en la búsqueda de significados e incluyera las innovaciones historiográficas y las nuevas formas de interpretar la historia junto a otras dimensiones de la humanidad y la cultura. Hacia 1987, justamente, su artículo *“Sobre fuentes, temporalidad y escritura de la historia”* (1987b), dejó en claro las reflexiones que Germán acometía y su convencimiento frente a la cultura como espacio desde el cual era necesario mirar las fuentes y acercarse a las significaciones históricas para construir una forma diferente de pensar y escribir la historia.

Su nuevo estilo, contundente y sólido, quedó plasmado en dos textos: *“La aparición de una economía política de las Indias”*(1990a) y *“La ley y el orden social: fundamento profano y fundamento divino”*(1990d). El primero fue anunciado como capítulo inicial de su nueva historia sobre

la Colonia en Colombia y el segundo alcanzó a leerlo como ponencia en el coloquio sobre “La revolución francesa y América Latina”, realizado en París en junio de 1989. No alcanzó a depurarlo y no pretendió, tampoco, haber dicho la última palabra al respecto. Las críticas a este trabajo no tienen en cuenta su desaparición a destiempo; el mismo Colmenares manifestó en vida que debía empezar por acotar algunas observaciones que a estos trabajos le presentó con tino David Bushnell.

Con todo, es claro que este último Colmenares ya no discute las series económicas, ya no cuenta esclavos ni indios, ya no se detiene en los ciclos de la producción; ya lo ha hecho, ya lo conoce y lo utiliza. Su nueva forma de interpretar la historia no se opone a la vieja; la esgrime, permite su integración, la transforma; sugiere “secretas correspondencias con respuestas en el plano religioso y moral, en el arte y la literatura, es decir, en la conciencia íntima y en las mentalidades colectivas” (Colmenares, 1990e: 32). Sus escritos viajan ahora “de lo episódico a lo imaginario”. Intenta explorar el mundo de las ideaciones para “tejer puentes” entre una historia fragmentaria y episódica y la búsqueda de una nueva historia estructural. Su interés reside en las redes de significaciones y en las estructuras mentales que presiden cada episodio, para encadenarlos por su sentido:

“La presunción más fundamental de la historia como disciplina no consiste en que el orden sucesivo de los acontecimientos se encadena en series de causales sino en que los hechos de un pasado, próximo o remoto, siguen gravitando en la conciencia de los individuos y de las sociedades” (1990a: 33).

Este último Colmenares se acerca más a la literatura. Escribe con una pulcritud extraordinaria; combina su conocimiento con la amenidad para el relato. Explora vocablos, términos y conductas de la época colonial, examina las “cosas de indias”, la crueldad de acciones como “aperrear”, “quemar”, “dar tormento”, o la hipocresía en las causas por concubinato, adulterio y amancebamiento; devela las lógicas de los jueces y del sistema colonial, las distinciones de castas explicadas por la política y los juicios, los supuestos ideológicos con que surge la república y el repertorio de las ideas con que se promueven discusiones centrales frente al “bien común” o el “interés general”. Su nueva forma de escribir la historia, que fue tejiéndose con su último libro y que se mostró diáfana con sus últimos artículos (1990a y 1990d) la sustentó, también, en sus ensayos de historiografía:

“El hecho de que la historiografía haya incorporado problemas centrales de las teorías de las ciencias sociales, y de que las fuentes mismas deban considerarse de acuerdo con el modelo lingüístico que sustenta la moderna crítica literaria, han modificado sustancialmente la escritura de la historia” (1987b, 1997d: 88)

## **6. La partida**

La vida de Germán Colmenares fue dedicada a la academia. Nunca faltó a una clase y podía permanecer en un archivo o en una biblioteca desde su hora de apertura hasta la hora de cierre sin consumir un alimento. No se interesó por los deportes y su único hobby fue el cine y la apreciación del arte. Al lado de las lecturas históricas devoraba la

literatura clásica, las novelas hispanoamericanas y las series negras de ficción y detectives. Esparcía un humor inteligente, irónico y mordaz que brillaba, sobre todo, en los comentarios políticos de actualidad. Su vida fue realmente austera y su legado económico reducido.



Germán Colmenares con su esposa, poco antes de su muerte cuando ya conocía de su enfermedad. Club “Piedra Linda”, Universidad del Valle

En su trayectoria académica, Germán se unió como peón de brega a la realización de los Congresos Nacionales de Historia y antes que esperar una invitación meritoria enviaba su ponencia como cualquier participante. A pesar de su capacidad intelectual y de su reconocimiento, no buscó cargos que lo alejaran de la academia aunque le brindaran mejor ingreso y diferentes relaciones. Tuvo la influencia suficiente para aspirar a una posición diplomática pero no lo hizo. Le bastaba con los viajes que la misma dedicación académica le obsequiaba. Solo se acercó al vino para acompañar una buena comida. Al conocer que

su enfermedad le truncaba temprano sus propósitos, la acogió con estoicismo y una gran dosis de humor.

Desde 1988, con el sueño de regresar a Bogotá y dedicar su vida a nuevos proyectos investigativos, Germán exploró la posibilidad de su ingreso a la Universidad Nacional. Increíblemente quienes evaluaron su hoja de vida bajo interpretaciones del estatuto docente de la institución le negaron la categoría de titular y el colegaje no obró a su favor para otorgarle el reconocimiento que merecía. Según dijo el mismo Colmenares en tono jocoso durante alguna reunión profesoral, se le exigió incluso examen de francés a sabiendas de su avezada francofonía, demostrada incluso con brillantes traducciones<sup>26</sup>. Alguna vez intentó reprobar en público la conducta de Marco Palacios, rector de la Universidad Nacional, frente a él, pero finalmente se detuvo con un breve acento de tristeza y guardó silencio.

A principios de 1990, cuando había cumplido ya los años de labores exigidos por la legislación nacional para obtener su pensión de jubilación y aspiraba trasladarse a Bogotá como Decano de Ciencias Sociales y Humanidades en la Universidad de los Andes, un cáncer sorpresivo y fulminante en el hígado lo arrebató de su trabajo académico y de la vida. Sus dos últimos escritos revelan lo inesperado de la situación:

El 20 de diciembre de 1989 escribió al rector de la Universidad del Valle, Harold Rizo Otero:

“Hace algunos días puse en conocimiento la necesidad en que me veía de retirarme de la Universidad del Valle. Hoy quiero formalizar este retiro presentando a Ud. Mi renuncia como profesor de la Universidad a partir del 16

---

<sup>26</sup> Entrevista citada con Jorge Orlando Melo.

de enero de 1990. Quiero expresarle también la gratitud que guardo hacia esta institución por la generosidad, el espíritu de diálogo y el respeto hacia el trabajo académico que ha manifestado en todo momento. En esta institución he aprendido lecciones imborrables con respecto al valor de la tolerancia, al espíritu del trabajo en equipo y al sentido de los pequeños logros cotidianos. Como me permití manifestarle por teléfono y en una comunicación posterior, estoy adelantando los trámites de mi jubilación”<sup>27</sup>.

El 9 de enero de 1990, escrita a mano y con una letra que denotaba su estado de ánimo, expresó al mismo rector:

“Quiero rogarle que desestime mi carta de renuncia. Como le manifestaba en esa carta, la única razón que me movía a retirarme de la Universidad del Valle era una oferta halagadora de la Universidad de los Andes. Circunstancias personales apremiantes, en ningún momento ligereza, me obligan a desechar esa oferta. Por lo tanto, quiero manifestarle mi deseo de continuar como profesor de esta universidad”<sup>28</sup>.

En los primeros días de ese nuevo año, Colmenares había conocido la gravedad de su estado de salud. Dos meses después, toda lucha por la vida se declaró infructuosa; toda esperanza, vana.

---

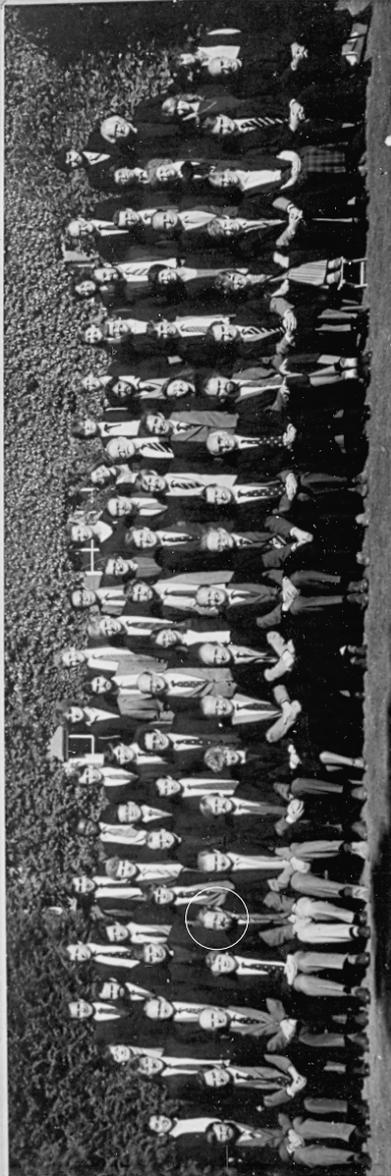
<sup>27</sup> Carta dirigida al rector de la Universidad del Valle, 20 de diciembre de 1989. ACUV, HVG.C.

<sup>28</sup> Carta manuscrita dirigida al rector de la Universidad del Valle, enero 9 de 1990. ACUV, HVG.C.

**PÁGINA EN BLANCO  
EN LA EDICIÓN IMPRESA**

### **III**

## **Aportes fundamentales en la obra de Germán Colmenares**



The photograph is a group portrait of the St. Edmunds House team in 1985. The team members are arranged in several rows on a grassy field. A white circle highlights a person in the front row, approximately in the middle of the group.

En Cambridge, 1985

**E**ntre los fundadores de la llamada “Nueva Historia”, ninguno como Germán Colmenares logró ubicarse con su producción y ejemplo en el corazón de los historiadores profesionales que formaron. Germán no abandonó la academia, la docencia, ni la investigación; no renunció a las construcciones gremiales ni al encuentro académico con sus colegas; no aceptó cargos que lo obligaran a retirarse de su actividad y no se dejó tentar por las mieles del poder ni por las comodidades de la burocracia política tradicional. “No me pagan por trabajar, me pagan por hacer lo que me gusta”, solía decir con alegría. Aunque difícil circunscribir su aporte historiográfico a unos cuantos acápites, se intentará condensar y señalar los aspectos más importantes de su producción académica:

## **1. “Combates por la historia”**

Muy temprano, Germán fijó su norte. Su primera estancia en París, al inicio de los años sesenta, la empleó en la lectura de la producción historiográfica francesa y, muy especialmente, de los historiadores de la “Escuela de Annales”. Atrás quedó el abogado y filósofo historiador que redactó sus trabajos de grado en las Universidades Nacional y del Rosario, y surgió con grandes dimensiones un historiador neto cuyas posturas reflejaban la notable influencia de Braudel, pero también de Chaunu y de Vilar.

Como atrás se dijo, la escritura de Colmenares giró hacia el análisis e interpretación de los hechos y aprovechó su conocimiento empírico y su trabajo investigativo de campo para exponer de manera diferente sus concepciones en torno a la política y los partidos en el siglo XIX

colombiano. No escapó tampoco al ascendiente marxista que el mismo Vilar conservaba, ni a las discusiones vigentes entre estructura y coyuntura que la sociología francesa adelantaba. Finalmente, para la redacción definitiva de su trabajo *“Partidos Políticos y Clases Sociales”*, adoptó esquemas y nociones expuestos por Lukács en su libro *“Clase y conciencia social”*, una interpretación más humanista y cultural desde el marxismo, que superaba cierto determinismo económico y retomaba en la dialéctica de Hegel la dimensión de la subjetividad<sup>29</sup>. Su tesis de pregrado en Derecho la desbarató para dar lugar a su primer libro.

Para la historiografía nacional, Germán rompió en ese momento con la tradicional Academia de Historia y formuló una nueva manera de enfrentar las tareas de la disciplina. A la manera de Lucien Febvre contra el positivismo (1970), Colmenares propuso combatir la “vieja historia”; dar al traste con la “imagen petrificada que ofrecen los manuales escolares”, y desnudar “su tendencia apologética y su falta absoluta de imaginación” (Colmenares, 1968).

Enfrentado a la historia tradicional que tenía en el manual de Henao y Arrubla (1910) uno de sus mayores exponentes, Colmenares criticó la reconstrucción histórica “sometida en Colombia a las reglas de un empirismo bien probado” que “escamoteaba de antemano todo intento de interpretación”:

“Los hechos no trascienden jamás la verdad oficial del documento que los contiene. El investigador reduce de

---

<sup>29</sup> La obra de Lukács permaneció, por cierto, en el inventario preferido de Germán Colmenares; en *“Las Convenciones contra la cultura”* Lukács regresa entre renglones con sus teorías estéticas basadas en un concepto dialéctico del arte y la literatura, estrechamente relacionados con las contradicciones de la sociedad.

ordinario su tarea a hilvanar documentos de prosa oficial y a traducirlos a prosa cotidiana. Este procedimiento, familiar a todos aquellos que han leído un manual escolar, da como resultado la enumeración interminable de actos oficiales” (Colmenares, 1968: xi a xx).

De esta manera, trazó su orientación metodológica:

“El problema no tiene nada que ver con la escogencia de las fuentes históricas, sino con la manera de asumirlas. La historia no puede reducirse a la versión escueta del contenido de documentos oficiales o de testimonios que se acuerden con ellos. Debe ser, por el contrario, a partir de las fuentes, una elaboración del espíritu humano. En rigor, una interpretación y no una mera traducción”. (Colmenares, *ibid*).

Para Germán, la “traducción” tan solo tenía el mérito de acumular los hechos ordenadamente, en torno a la función burocrática del Estado. Por supuesto, acudir a dicho expediente empobrecía y simplificaba a la historia; la colocaba en el plano de lo solemne, de lo estrictamente oficial, o la reducía a una confrontación entre héroes y villanos:

“Los actores individuales de la historia aparecen siempre vestidos de un incómodo carácter oficial y no se reconoce otro agente histórico, fuera de las voluntades que se mueven delimitadas previamente por ese carácter” (Colmenares, *ibid*).

La temprana y abierta ruptura de Colmenares con el positivismo lo llevó al pabellón de los fundadores de la “Nueva Historia” en Colombia. Guardando proporciones, su labor se asemejó a la emprendida por Lucien Febvre

y la Escuela de “Annales” en Francia, con un contenido particular más difícil: en algunos momentos y de diversas maneras, su trabajo fue perseguido en forma personal por los historiadores más tradicionales, al punto de vetar su obra y ensañarse con su presencia en escenarios académicos, como ocurrió en la Universidad de los Andes con Forero Benavides.

## **2. Nuevas preguntas para viejos problemas**

No solo en la lucha contra el positivismo Colmenares se reclamó discípulo de la Escuela de “Annales”, lo hizo también en cuestiones metodológicas. Una y otra vez expresó sus preferencias para formular nuevas preguntas a los viejos problemas y resolverlas a partir del uso imaginativo de las fuentes. La estrategia de sus primeros trabajos sobre la historia económica en tiempos coloniales consistió en el planteamiento de problemas a cuya atracción acudieron hechos y bases documentales.

Ahora bien, como los hechos no daban razón de sí mismos, se hizo necesario una construcción previa en torno a preguntas específicas forjadas con el empleo de nuevas y distintas teorías. Sin embargo, el sello personal de Colmenares consistió en ofrecer un destacado lugar a las comparaciones. Propuso, de esta manera, aplicar métodos y teorías ensayados en otras partes por reconocidos historiadores, reconstruir fenómenos en el tiempo sin privilegiar los acontecimientos y propiciar aperturas hacia todas las ciencias sociales.

Es el mismo Germán quien explica los alcances del método histórico:

“Una exposición sobre métodos históricos no puede reducirse a una mera colección de recetas sobre la manera como debe conducirse una investigación desde el momento en que se selecciona un tema monográfico, se localizan las fuentes aprovechables y se someten a variados procedimientos críticos y cuantitativos, hasta cuando se acomete la empresa final de la presentación narrativa o analítica de los resultados. Cada uno de estos pasos ha recibido un énfasis diferente en diferentes épocas, tipificando así una escuela o toda una manera de concebir la tarea historiográfica. El primero de ellos, por ejemplo, no parece recelar mayores dificultades. Sin embargo, cuando en él se considera incluido el planteamiento de un problema y la identificación de los elementos que lo constituyen, entonces resulta encerrar el mayor número de cuestiones teóricas” (Colmenares, 1987b, 1997d: 73).

En su primer escrito sobre los partidos políticos y las clases sociales, Colmenares intentaba, precisamente, una interpretación diferente del pensamiento político del siglo XIX a partir de los hechos acaecidos entre 1848 y 1856. Los “puñales del 7 de marzo”, el célebre acontecimiento que rodeó la elección de José Hilario López, ya no era una razón para desacreditar la tradición de un partido. Era un dato más, “ilustrativo de las costumbres políticas de la época pero no un argumento contra los procedimientos censurables que caracterizan a una agrupación política”. (Colmenares, *ibid*: xi). La historia se condensaba más allá de lo célebre, de lo oficial, del hecho conocido; navegaba en los archivos, en las fuentes nuevas, en las clases sociales, en la producción, en las acciones decantadas de los sujetos colectivos, en los hechos sociales, en las interpretaciones que de todo ello formulaba el propio historiador y, sobre todo, en los

problemas y preguntas que podía plantearles. Tal era su premisa básica:

“Los historiadores no buscan depósitos de documentos no utilizados hasta ahora con el objeto de ampliar el conocimiento histórico sino que la base documental se amplía necesariamente a medida que los historiadores son capaces de formular más preguntas sobre el pasado. Lo que antes había pasado desapercibido de pronto dejó de serlo en razón de nuevos problemas, los cuales son los que amplían verdaderamente el llamado ‘conocimiento histórico’”<sup>30</sup>.

Para Colmenares, el rango de los problemas a los cuales debía enfrentarse el historiador contemporáneo, se había ampliado de manera indefinida. No solo por el universo de fuentes, sino por la cantidad de preguntas que podían formularse a dichas fuentes, por las significaciones que con referencia a los problemas podían hallarse en los datos:

“Nuestra comprensión de la historia no reside en el hallazgo de noticias distantes en el tiempo y ajenas por completo a nuestras propias preocupaciones. La curiosidad del anticuario ha dado paso a un tipo de construcción en la que los datos deben encontrar una significación no en sí mismos sino con referencia a un problema. Y la formulación de los problemas históricos no es en modo alguno ajena al avance del resto de las ciencias sociales” (Colmenares, 1989a: 6).

Vale recordar la conclusión de Margarita Garrido sobre el esquema metodológico de Colmenares:

---

<sup>30</sup> Germán Colmenares. “Sobre las prácticas históricas”. HCUV, HVGC.

“Germán se dejaba llevar por una pregunta, conectaba un problema con otro, una época con otra, una sociedad con otra; pero también una disciplina con otras: historia con literatura y arte, por ejemplo. La pregunta, por supuesto, no era caprichosa, examinaba hipótesis, vislumbraba las fuentes, las ponía a su servicio<sup>31</sup>.”

### **3. Nuevas fuentes, nuevas teorías**

En su búsqueda insaciable de fuentes, Colmenares abrió un inmenso océano para los futuros historiadores: cruzó las encomiendas y los censos de indios, abrió documentos para el estudio del trabajo indígena y la esclavitud de los negros, acudió a las escrituras notariales, a los testamentos, a las cuentas de las cajas reales o Fondos de Real Hacienda, a los manifiestos del oro y a las visitas de tierra, exploró los remates de los resguardos indígenas, las ordenanzas, los libros de cabildo, los papeles de minas y escribanos, los libros de fundición, los legajos de impuesto, rentas, quintos y catastro, las alcabalas y los envíos de oro y plata; retomó las cédulas reales, los documentos de patronato, justicia y aduana, y la contabilidad de la real hacienda.

Colmenares encontró en los documentos las cosas que a simple vista no decían. En las visitas de tierra, por ejemplo, halló información relativa a la demografía, a los procesos de aculturación de los indígenas, al devenir de instituciones como la encomienda, la mita o el concierto de indios; encontró referencias sobre la evolución de los resguardos y de los poblamientos, sobre las epidemias y los maltratos. En los Fondos de Real Hacienda y en los libros de fundición, se tropezó no solo con la información más general sobre

---

<sup>31</sup> Entrevista citada con Margarita Garrido.

las finanzas del imperio español y su evolución; también exploró las actividades económicas controladas por el Estado como la minería y los estancos, el tributo indígena, la actividad comercial o incluso la productividad agrícola a través de las alcabalas y los diezmos. En los testamentos siguió a la propiedad, los precios, la tierra, los esclavos, y dotó de contenido económico y de espacio geográfico actos de simpleza jurídica.

Woodrow Borah elogió como nadie el difícil trabajo de Germán Colmenares ligado a los archivos. Refiriéndose a *“Cali, terratenientes mineros y comerciantes”*, dijo:

El último libro de Germán Colmenares es modelo de búsqueda en archivos notariales, una tarea ardua, aburrida y larga pero que rinde datos concretos basados en la realidad pasada. Así, el profesor Colmenares ha podido reconstruir la estructura colonial de la región de Cali con base en abundantes datos concretos. Él ha podido mostrar la formación de los latifundios y su relación con otras formas de tenencia de la tierra. También muestra, no en forma teórica sino concreta, la forma de vida y de trabajo en los latifundios, el papel de la minería y de la esclavitud, y hasta la función y la forma del crédito, cosa que no se había sospechado. En suma, ha sacado del polvo de los archivos la realidad vibrante de la vida del valle meridional del Cauca. Esta no es una narración novelesca hecha a base de teoría o de la lectura de algunos libritos; es reconstrucción detallada que se puede sustanciar dato por dato<sup>32</sup>.

La lectura prolija y desprevenida de las fuentes le permitió a Germán Colmenares incursionar con suma

---

<sup>32</sup> Carta dirigida al Comité de Credenciales de la Universidad del Valle, 28 de octubre de 1978. HCUV, HVGC.

autoridad en la comparación. Según su criterio, la similitud de los problemas de las colonias españolas se verificaba por encima de las fronteras virreinales. La atribución de las encomiendas, la uniformización del tributo, el “repartimiento” de los indios, por ejemplo, se calcaba en México y en la Nueva Granada. Sin embargo, hacía notar las diferencias en la cronología, en las medidas de orden administrativo, o en la escala e intensidad de los fenómenos. La estructura agraria mexicana no encontraba equivalente en otros países de América, así como en la Nueva Granada ni la hacienda ni el peonaje reemplazaban el viejo sistema de repartimientos.

De la comparación fue fácil pasar al diálogo constante con autores americanos y europeos y al debate de sus trabajos y conclusiones. Desde su trabajo sobre Pamplona y con el primer volumen de la *“Historia económica y social”*, Colmenares abrió una discusión amplia con Woodrow Borah, Sherburne Cook, Lesley Simpson y la Escuela de Historia Demográfica conocida como Escuela de Berkeley, que le fue bien correspondida. Con el segundo volumen, el diálogo se extendió a Peter Marzahl, Juan Villamarín y Luis Navarro, investigadores de Estados Unidos y de España, respectivamente, sin abandonar la crítica por el empirismo rudimentario y el método escolástico de algunos trabajos elaborados en la Universidad de Sevilla. Con sus trabajos sobre Cali y Popayán se acercó críticamente a los modelos de la New Economic History, de Robert Fogel y Stanley Engerman, pero reivindicó con mayor énfasis las tesis de Eugene Genovese, mientras discutía el modelo de William Sharp.

Sus disquisiciones con metodologías y autores internacionales le permitieron forjar conceptos propios

y poner en juego sus consideraciones y cálculos. De esta manera, Colmenares propuso un tratamiento diferente a los materiales históricos, con reconstrucciones cuantitativas derivadas de la tabulación de actos jurídicos que el mismo Germán encontró consignados en registros notariales. Lo propio hizo con inventarios sucesorales de minas, haciendas y fortunas, actas capitulares e informes administrativos, para superar los datos no necesariamente exactos que arrojaban las visitas de tierras. De acuerdo con su sentir:

“El mero tratamiento –adecuado o no– de fuentes masivas no sugiere, sin embargo, sino el primer paso de una metodología. Otra cosa es el rango y el alcance de los problemas que pueden resolverse con una información más o menos amplia y con procedimientos estadísticos más bien rudimentarios (...) A cada paso el investigador debe esforzarse por hacer comprender las peculiaridades del trabajo historiográfico, de la construcción de síntesis sucesivas no a partir de textos sagrados sino de la apropiación de una realidad que será siempre extraña, a menos que la penetremos a través de la única mediación posible: los documentos de archivo, las trazas en un paisaje, las supervivencias perceptibles en los fundamentos materiales o en las estructuras mentales de una sociedad” (Colmenares, 1997b: xviii).

En la segunda mitad de la década de los ochenta, Germán exploraba nuevas dimensiones para la investigación histórica:

Desde la perspectiva del historiador, tanto la percepción de la utilización de las fuentes y de los problemas que entrañan como la escritura misma de la historia se han visto alterados por préstamos permanentes a las otras ciencias sociales (...)

Las fuentes han pasado así a ser una referencia indirecta de la realidad social, incapaz de ilustrar todos sus aspectos o de responder a todas las preguntas que podemos formular sobre ella. Por esto, cualquier inferencia sobre esa realidad no reposa ya en las fuentes mismas sino en la asociación entre las fuentes y una teoría, un modelo o una hipótesis explicativa. Las fuentes adquieren una significación solo con respecto a una teoría y no constituyen piezas reveladoras en sí mismas o eslabones en un encadenamiento narrativo. Esto ha traído dos consecuencias: una, la ampliación del rango de las fuentes aprovechables; otra, la alteración de la escritura de la historia, que en vez de una coherencia narrativa exige ahora una coherencia analítica” (Colmenares, 1987b, 1997d: 78-79).

Germán Colmenares fue el prototipo del historiador cosmopolita en su formación y en la influencia o recepción de su trabajo. Preocupado por la innovación, irrigó su obra con todas las fuentes posibles y diversas teorías. En este sentido, reivindicó el aporte de la Escuela de Annales pero supo reconocer sus límites y sus herencias positivistas. Muy temprano advirtió que, aunque la Escuela adelantaba debates metodológicos, lo hacía en el restringido contexto del oficio historiográfico y no como producto de injerencias filosóficas. Salvo notables excepciones, la Escuela no mostraba inclinaciones profundas por objetos teóricos tales como la cultura; se dedicaba, por excelencia, a la exploración de las condiciones materiales de la vida del hombre, a su manifestaciones concretas, inclusive cuantificables, como productos históricos, antes que cualquier concepción idealista de una objetivación del espíritu humano (1977, 1997d: 17).



Germán Colmenares en Cambridge

Por ello, Colmenares llamó también a “familiarizarse” con los métodos de las modernas escuelas historiográficas, y acogió, particular y críticamente, a la New Economic History junto con algunas nociones del marxismo. De esta última reconoció, precisamente, su contribución para inmiscuir a los historiadores en cuestiones teóricas y “precisar problemas de periodización ligándolos con el funcionamiento de los sistemas económicos vistos en su conjunto”. La escuela inglesa de Past and Present recibió también su reconocimiento por su inclinación a los fenómenos culturales y su interés por fenómenos de la conciencia colectiva (Colmenares, 1997d:100). Así mismo, mantuvo gran respeto por las obras de Pierre Vilar, Eric J. Hobsbawm y E. P. Thompson, pero no se ató a teoría alguna. Para Colmenares, el marxismo había descubierto un principio elemental de la historia a partir del cual era

posible organizar un material empírico. Este principio era la dialéctica materialista, aquello que obligaba a “hacer la historia real, profana”, a hacer de la historia un programa en el que los seres humanos son autores y actores, sin que el problema quede resuelto a nivel de la conciencia, como en el idealismo de Hegel<sup>33</sup>.

La búsqueda de Colmenares no tenía límites. Al comparar y articular las construcciones narrativas y polémicas de Hayden White y su “metahistoria” (1992), a quien leyó en inglés apenas publicó sus libros, de Roland Barthes con su crítica a los conceptos positivistas y el análisis semiológico en la literatura, y de Northrop Frye, con las maneras en que se ha pensado la historia, atendiendo a las *formas* del conocimiento histórico y al carácter discursivo de los escritos, sus arquetipos, modalidades y símbolos, Germán planteó nuevas formas de interpretar la historia a partir de las convenciones y significados sobre los cuales se representaba la realidad.

Su concepto lo complementó con Clifford Geertz, de quien adaptó para la historia el papel del imaginario y de los símbolos que Geertz veía desde la antropología como marcos de la actuación social: la cultura dota de sentido al mundo, históricamente, y lo hace comprensible<sup>34</sup>. Hizo lo propio con el historiador de arte Ernst Gombrich, de quien apreció su vasta crítica a Hegel (1979) y encontró en la producción crítica y literaria de Erich Auerbach la forma en que la vida cotidiana y la realidad se han representado

<sup>33</sup> Germán Colmenares. “Sobre las prácticas históricas”. Documento inédito hallado en ACUV, HVG, p. 10.

<sup>34</sup> Para Geertz, la cultura es un sistema de concepciones expresadas en formas simbólicas por medio de las cuales la gente se comunica, perpetúa y desarrolla su conocimiento sobre las actitudes hacia la vida. Cf. La interpretación de las culturas (1987)

por numerosos escritores occidentales de varios períodos, así como la evolución del concepto de imitación vinculado a las convenciones sociales e intelectuales del tiempo en que escribieron (1950).

En diversos momentos se fascinó, también, con Walter Christaller, de quien encontró en Columbia una traducción de Carlisle Baskin (1966) y bajo cuya inspiración ideó una investigación sobre la distribución y jerarquización de los lugares centrales en el espacio colonial, cuyos resultados quedaron en el tintero. Si algo apasionaba a Germán era encontrar nuevas teorías, nuevos modelos, nuevos aportes.

#### **4. Coherencia analítica**

A lo largo de su obra, como sostiene Jorge Orlando Melo<sup>35</sup>, la ruta de Colmenares fue extraordinariamente coherente. Sus obras fueron “etapas en una marcha que adquiere gradualmente su sentido”. Colmenares, continúa Melo, enfrentaba un problema de investigación histórica y desde el comienzo generaba una serie de desplazamientos en los temas de interés y en las preguntas que guiaban el análisis, que abrían el campo a un tratamiento siempre original del material documental:

“En cierto modo, es como si su obra se hubiera escrito con base en un procedimiento metodológico aparentemente simple: a partir de un área general de interés, identificar un conjunto de documentos que pudieran iluminarlo, y simultáneamente, apoyado en la lectura de estudios sobre temas similares realizados por historiadores de

---

<sup>35</sup> Jorge Orlando Melo. Prólogo. Historia económica y social de Colombia. I (1537-1719), de Germán Colmenares (1997).

gran creatividad, redefinir y transformar radicalmente el horizonte de interpretación y análisis, para leer los documentos a la luz de este horizonte: hacerse las preguntas que la historiografía tradicional no había hecho sobre los temas estudiados”. (Melo, *ibid*: xvi).

Con su trabajo sobre Popayán, Colmenares miró la ciudad y la gobernación en sus aspectos geográficos y administrativos pero no se detuvo en la descripción. Tomó los distritos mineros, las zonas de frontera y utilizó las formas de explotación, acuñación y circulación del oro como eje de articulación con el sistema esclavista, la economía y el mundo coloniales. Se acercó, de esta manera, a los yacimientos, las técnicas, los sectores de la producción y el comercio, en relación con la apropiación de la tierra, la hacienda y el crédito, la demografía y la sociedad, la política y el poder. Tal como lo hizo con respecto a los indígenas, Colmenares supo modular un eje rector de la economía colonial: los ciclos del oro y la mano de obra esclava. A partir de allí, reconstruyó la organización social y su devenir en medio de tensiones y conflictos.

Con *“Cali, terratenientes, mineros y comerciantes”*, Germán Colmenares integró aspectos estructurales y geográficos con regiones agrarias y nuevos tipos de economía. Extrajo de los fondos notariales una riqueza informativa que le permitió explorar la realidad de la colonia en la región, con sus diferentes vínculos y redes, como un ámbito histórica y socialmente construido. Desde la hacienda, por ejemplo, examinó los censos y capellanías como forma de crédito colonial y las contradicciones de clase generadas en la élite patrimonial. A partir de las estrategias para la búsqueda de riqueza, determinó la lógica de los asentamientos y la defensa militar, así como las redes

de privilegios, de jerarquías sociales y controles de poder. Con ello siguió el paso del latifundio predominante en el siglo XVI a la hacienda como unidad productiva en el siglo XVIII, gracias al repunte minero y la afluencia de esclavos.

Fue así como propuso la “Historia Regional”, no como un hecho aislado, cercado con límites inasibles e inmodificables, sino como vertiente metodológica para aproximarse a realidades mayores, para proponer la diferenciación dentro de la unidad, para observar las particularidades de un sistema económico especial de amplias dimensiones y comprender su génesis y desarrollo. Su concepto de región lo planteó, entonces, de manera creciente y variable; unido a la construcción de nación y de naciones, bajo el concepto de configuración social e historia total. Sus escritos sobre Tunja, Pamplona, Cali y Popayán, deben verse como un todo que el autor mismo pretendía entrelazar y comparar poco antes de su muerte. De hecho, lo hizo en muchos tópicos, tanto temáticos como teóricos.

Para Colmenares, la región no tenía sentido en sí misma: lo adquiriría en tanto región-nación y, más aún, en tanto región continental. Tal es el sentido de su prólogo a la obra sobre *Cali* que fue incluso publicado, de manera primigenia, por una revista marxista alternativa: “Ideología y Sociedad” (No. 12, III, 1975). Colmenares oponía el estudio concreto a las posturas dogmáticas, la investigación seria y en detalle a los esquemas generales y abstractos con que se debatía el carácter de la sociedad y los modos de producción en América. Sus estudios regionales no se enclaustraban en la región misma, buscaban el norte más allá de sus fronteras. Detrás de ello estuvo siempre la “Escuela de Annales” y sus relaciones entre historia y geografía a través de la “larga duración”, pero también el corte de historia económica

y social que reunía al materialismo histórico con el estructuralismo.

Pero no se quedó allí. Colmenares fue, ante todo, un historiador de las ideas. Su primer trabajo "*Partidos políticos y clases sociales*", examinó la ideología conservadora y liberal de los años cincuenta del siglo XIX, la miró en la coyuntura marcada por el ascenso al poder de José Hilario López y la relacionó con las estructuras sociales y económicas del momento. Su trabajo sobre *Rendón* no es una ruptura diametral, es una continuidad con nuevas visiones. Entre 1979 y 1984, Colmenares reflexionó sobre su obra y se sumó en el ámbito internacional al examen crítico de las grandes teorías y los metarelatos. Su esfuerzo se centró en la traducción de la literatura especializada, en los avances teóricos que sustentaban las escuelas historiográficas más reconocidas, en la revisión sistemática de nueva bibliografía.

Todo ello lo llevó a escribir sobre el oficio del historiador, a plasmar en ensayos historiográficos su impresión sobre el desarrollo de la disciplina, a preocuparse por los nuevos destinos de la investigación histórica. En esta dirección, la búsqueda de Colmenares era insaciable y *Rendón* es una especie de catapulta que le permitió saltar a la historia de los significados. Con *Rendón* se acerca a las representaciones, a las maneras como la misma sociedad se expresa, se representa, se re-significa. Las caricaturas de Rendón le permitieron reafirmar que el historiador no solo debía retornar a las fuentes, lo cual había sido su obsesión, sino, sobre todo, reflexionar sobre sus significados:

"...Las fuentes han pasado a ser instrumento de verificación. Han perdido así su carácter de testimonio

irrecusable del acontecer. Se las reconoce más bien como registros parciales y fragmentarios cuya elaboración ha debido pasar en todo caso por una conciencia humana. Como tales, remiten no a un acontecer sino al acto personal de su escritura, como cualquier texto (...) Las fuentes no se remiten a fragmentos de una realidad externa a ellas sino que invitan a ser trabajadas como textos. Su fragmentariedad busca un complemento no en otros fragmentos (destinados a reconstruir la continuidad de una secuencia) sino en el contraste con el sistema conceptual del cual forman parte” (Colmenares, 1987b, 1997d: 76).

## **5. Cultura e historia**

La “Escuela de Annales” y el marxismo le habían reservado a lo político y lo ideológico la esfera de lo superestructural y, en este sentido, la historia intelectual se movía en el estrecho límite de la biografía y de la llamada “historia de las ideas”. Pero, en la década de los ochenta, el género biográfico retornó a la historiografía tanto como el “acontecimiento” con nuevas lógicas de reflexión y métodos de análisis y, desde luego, con una nueva mirada sobre el sujeto. Colmenares no fue ajeno al hecho. Lo percibió y fue actor de la transformación; es más: fue innovador, no solo en América Latina sino en el mundo entero.

La última obra de Colmenares, *“Las convenciones contra la cultura”*, se movió entre el contextualismo de Skinner, la semántica histórica de Koselleck y la hermenéutica de Ricoeur. No se sabe si tuvo la oportunidad de conocer personalmente a Skinner; pero es un hecho que lo admiró, que lo leyó y que su pasantía en Cambridge coincidió en el tiempo con el alto renombre de ese autor. Para entonces,

Skinner había definido los textos como “*actos de habla*” y planteado la discusión entre el nivel *locutivo* de un determinado enunciado y su fuerza *ilocutiva*, es decir, entre lo que se dice y lo que se hace al decirlo:

“Para Skinner la tarea hermenéutica del historiador de las ideas no requiere solamente la comprensión del significado de las palabras utilizadas en el texto del que se trate, sino también la de la intención de su autor al escribirlo. Vale decir: que cuando alguien escribe un texto está haciendo algo al escribirlo y que comprender eso que está haciendo exige comprender por qué, pero sobre todo para qué, lo está haciendo”<sup>36</sup>.

Sobre esta idea, en lo fundamental, transita “*Convenciones contra la cultura*”. El libro puede verse como una historia de la historiografía del siglo XIX en gruesa parte de Hispanoamérica; un repaso de los autores y sus obras con sus fuentes y contexto, con sus preocupaciones e intereses, sus métodos y sus contenidos. Colmenares indaga el discurso historiográfico del siglo XIX y examina las condiciones en que se produjo. Recrea los “actos de habla” de Bartolomé Mitre, Diego Barros Arana, Domingo Amunátegui, Victoriano Lastarria, Edmundo Paz Soldán y José Manuel Restrepo. Propone la interpretación de sus actos con la lectura de los códigos culturales en que se producen.

Según Colmenares, los historiadores del siglo XIX se hallaban presos del legado colonial, atrapados en sus circunstancias; sujetos al patriciado criollo y liberal que surge con la independencia. Por eso se niegan a reconstruir un pasado común con indios y negros, con labradores,

---

<sup>36</sup> Eduardo Rinesi. Prólogo. (Skinner, 2007: 17)

esclavos y artesanos. Asumen, por el contrario, un pasado europeo falso, elaborado con códigos prestados para una república simulada. Repudian, por consiguiente, toda su cultura, y desprecian la democracia que predicán de palabra.

Desnudos, sin pretérito, llenan el vacío con una “historia patria” cuyas virtudes morales no se encuentran en la igualdad o en la participación de los de abajo en la lucha mancomunada por la independencia, sino en los héroes epónimos, en los dirigentes de bronce y mito. No solo se asume el eurocentrismo; se responde también a una concepción romántica que intenta realzar un “epos patriótico”, una epopeya: el héroe. Sucumben ante una conjunción de compromiso educativo político, conciencia de élite y francofilia, que lleva a un extrañamiento de la propia realidad (Colmenares, 1987a: 92). La independencia es el momento de la epifanía para forjar consenso y conciencia nacional con un credo humanista, decimonónico y republicano más o menos difuso. De toda la crítica sólo salen librados con algún beneficio Gabriel René Moreno y Andrés Bello.

Ante la ausencia de una disciplina académica que no podía existir todavía, las condiciones intelectuales en que se producen dichas “historias patrias”, pasan por la elección de la independencia como tema principal de relato historiográfico que elude los conflictos existentes e impone las premisas del proceso histórico del cual son actores los autores. En este sentido, lo incierto del futuro se reemplaza con el triunfo del presente y la realidad de la cultura con las convenciones que se le enfrentan.

Dicho fenómeno será interpretado por Colmenares como una “prisión”: los “actos de lengua” de los historiadores del

siglo XIX confirman las convenciones vigentes; se enredan con ellas, se hacen sus “prisioneros”. (Tully, 1987: 276). La historiografía del siglo XIX pasa por alto la continuidad de la historia e ignora sus legados en obediencia a sus intereses políticos y de clase. Para ellos la historia comienza con la independencia de la que muchos, por cierto, fueron actores.

Sin embargo, no se trata de una práctica desprevenida o espontánea. La historiografía del siglo XIX tiene una empresa: la construcción de nación, y para hacerlo, su representación de la realidad intenta construir conciencia de nación o, en palabras de Colmenares, “actuar efectivamente en el universo de la política y de las relaciones sociales (1987a: 22). Tal como dice Rafael Ferré:

“Colmenares reconoce el valor contractivo que jugó una imaginería historiográfica en la formación de las naciones latinoamericanas. Pero, además, nos señala que esas imágenes establecidas por la historiografía decimonónica no estaban destinadas a definir la realidad americana sino más bien a prefigurarla. Lo central aquí es que la mayoría de esas imágenes surgían de un acervo común de convenciones historiográficas europeas, es decir, que eran prestadas y, por lo mismo, generaban un desajuste en la relación existente entre la realidad americana y la representación que de ella se hacía”.

## **6. Transdisciplinarietà y enseñanza de la historia**

Colmenares encontró en la historia una disciplina *sui generis* de la cual se habían desprendido, poco a poco, las otras disciplinas que se ocupan de la sociedad. Ellas

constituyen reflexiones formalizadas en teorías sobre el mismo objeto abordado por la historia, con una diferencia singular: la temporalidad. Mientras el historiador persigue transformaciones sucesivas en las conformaciones sociales, las otras disciplinas se dedican a teorizaciones sincrónicas y a veces intemporales (Colmenares, 1997d: 97). Sin embargo, resaltaba Colmenares, el vigor de los trabajos historiográficos se funda en el diálogo permanente entre la historia y las demás ciencias sociales.

Por supuesto, dicha recomendación puede parecer obvia, pero tal vez no lo era en los años ochenta del siglo XX. En diversos escritos, una y otra vez, Colmenares insistió en el diálogo de las ciencias sociales y lo practicó de forma abierta con sus colegas y sin perder el norte de la historia como disciplina fundante. En sus últimos escritos, observaba con esperanza para la historia esa relación que debía establecerse con las demás ciencias sociales:

“Hoy, la asociación más o menos estrecha con las ciencias sociales no previene a los historiadores de hacer un uso ideológico del pasado, es decir, de justificar los poderes de turno o de crear ‘visiones engañosas de un pasado con finalidad’, pero al menos abre las puertas de una permanente renovación temática y metodológica” (Colmenares, 1987b, 1997d: 79-80).

Otras preocupaciones que rodearon la vida de Colmenares giraron en torno al oficio, a la enseñanza de la historia y al futuro de la disciplina. Con respecto al oficio, hemos destacado su dedicación, el carácter meticuloso de sus búsquedas y la reivindicación permanente de la investigación y la producción académica.

En relación con la enseñanza de la historia, Colmenares mantuvo una discusión aún vigente en torno al papel de la disciplina: “exorcizar el pasado creado como ideología que busca controlar individuos”, según los términos de J. Plumb, y enseñar con la naturaleza del cambio social como orientación y necesidad (Colmenares, 1991: 89). En este sentido, Colmenares fue arduo crítico de los manuales predominantes en el siglo XX, empezando por el célebre texto canónico de Henao y Arrubla:

“En él se equilibraba cuidadosamente la visión conservadora del siglo XIX, que ponía énfasis en la empresa de cristianización y en la misión civilizadora europea en los periodos de la conquista y de la colonia, con la insistencia liberal en el periodo de la independencia como paradigma de un proceso en el que se buscaba afirmar la necesidad del imperio de la ley sobre las pasiones o las imposiciones autoritarias de caudillos. La conciliación de estas dos nociones interpretativas debía convertir una secuencia de eventos políticos y de batallas en una materia sagrada que debía asimilarse ritualmente. Las necesidades de una religión patriótica debía limitar forzosamente el rango de las preguntas sobre el pasado y acumular simplemente materiales reiterativos sobre las mismas cuestiones(...) La enseñanza de la historia debía sujetarse a este arreglo sin correr el riesgo de volver a incurrir en controversias doctrinarias en las aulas escolares” (Colmenares, 1001: 90-91).

Para Colmenares, la carencia más obvia de los manuales dedicados a la enseñanza de la “historia patria”, era su falta de apoyo en la investigación histórica. Sus contenidos se limitaron a reproducir el lenguaje exaltado de los próceres que pretendía sustituir la majestad monárquica y sus atributos de justicia y clemencia, con símbolos como el de “sangre derramada” que encarnó la figura del héroe.

Fue gracias a obras como las de Nieto Arteta (“Economía y cultura en la historia de Colombia”), Luis Ospina Vásquez (“Industria y protección en Colombia”), Orlando Fals Borda (“El hombre y la tierra en Boyacá”), y gracias al trabajo de Juan Friede, Gerardo Reichel Dolmatoff y Jaime Jaramillo Uribe que se institucionalizó y afianzó la investigación en las universidades, con el consiguiente reflejo en los manuales dedicados a la enseñanza media y elemental con innovaciones pedagógicas y de contenido.

Finalmente, con respecto a la perspectiva y prospectiva de la historia en Colombia, Colmenares alcanzó a precisar vacíos teóricos, metodológicos y conceptuales en la investigación histórica, sus obstáculos y problemas, y a formular algunas recomendaciones:

“Hasta hoy, el desarrollo de los estudios históricos en Colombia puede verse como una respuesta adecuada a preguntas implícitas en transformaciones sociales profundas y a veces caóticas. El éxito que puede atribuirse a la historiografía colombiana reciente, ha obedecido así a dos circunstancias: primero, que se trata de una disciplina cuyo objeto primordial es el análisis de los cambios sociales y, segundo, que como disciplina de síntesis no confina sus explicaciones a un solo aspecto de estos cambios, sino que busca explorar una por una las capas de un tejido denso y complejo. Estas circunstancias señalan la dirección que podrían tomar las investigaciones históricas en el futuro. Como se ha visto, la tendencia dominante parece ser la de no conformarse con modelos explicativos, en los que los mecanismos de fuerzas impersonales de tipo material se imponen como factores únicos de explicación, sino que se quieren incluir también factores culturales y la exploración de estructuras de la conciencia. En este terreno se mueven trabajos todavía pioneros sobre historia de la ciencia, historia de las ideas e historia de la cultura popular (...)

Por estas razones, sólo podría recomendarse el impulso de investigaciones que llenen vacíos evidentes o un tipo de trabajos que amplíen un diálogo con el resto de las ciencias sociales...” (Colmenares, 1997d: 111).



En Washington, con María Clara Uribe y Jorge Orlando Melo, 1983.

**PÁGINA EN BLANCO  
EN LA EDICIÓN IMPRESA**

## **IV**

### **Germán Colmenares y la práctica política**



Marina, Esteban, Amalia y Germán en París, navidad de 1985

**P**oco conocimos de Germán en la política. Alguna vez, al increparlo en forma personal, argumentó que la actividad intelectual reñía con la actividad política en tiempo, análisis y principios. En clase, asumía por lo regular una posición contradictoria: estrictamente académico en sus temáticas, muy político en sus críticas y sátiras mordaces. En realidad, se debatía entre Max Weber y Wright Mills, entre la diferenciación del intelectual con la política o la promesa del científico social para aliviar el malestar de la sociedad. No obstante, era clara su distancia con los partidos políticos tradicionales a quienes aborrecía; su rechazo franco y decidido al Partido Comunista y su desinterés absoluto por los radicalismos de izquierda. Con respecto al M-19, dijo tempranamente:

“Algunos sectores de la izquierda buscan nuevos héroes para legitimar su propia acción. Pero sobre este tipo de apología no puede fundamentarse la praxis política”. (Colmenares, 1977: 19).

Sin embargo, manifestó en forma abierta su respeto a personalidades como Gerardo Molina, Diego Montaña Cuellar, e incluso Camilo Torres Restrepo. No desestimó la revista “Alternativa” con Gabriel García Márquez u Orlando Fals Borda y observó con algún hálito de aprecio al Movimiento “Firmes”. En 1982 respaldó la candidatura presidencial de Socorro Ramírez con una carta firmada por varios intelectuales. Su estrecha amistad con María Mercedes Carranza y Fernando Garavito, con Alvaro Camacho y Jorge Orlando Melo, lo conducía a intensas conversaciones sobre la política nacional y sus apremiantes coyunturas.

De acuerdo con Margarita Garrido, “Colmenares no perdió de vista lo político, ni dejó de inscribir los nuevos problemas en el ámbito de la dominación y –más importante aún– no perdió de vista las formas de resistencia o asimilación” (Garrido, Melo: 1999, 48).

Para Pablo Rodríguez, es claro el conocimiento que Colmenares poseía de la teoría marxista y la relación historiográfica que tuvo con ella. En todos sus libros está presente su preocupación por el estudio del poder, de la conformación del poder, de las bases del poder económico, social y político, de las clases y diferencias sociales:

“Es una equivocación pensar que la obra de Germán es aséptica, sin compromiso. Lo que sucede es que la acción militante de Germán es con la investigación, no con los partidos. Conocimos su amistad profunda con el maestro Pierre Vilar, un historiador marxista reconocido. Germán lo invitó a Cali y se alojó en su casa, como Germán en París, en la de su hijo Jean. Es constatable, igualmente, la relación de Colmenares con “Past and Present”, sus reconocimientos al marxismo inglés de E.P. Thompson y de Eric Hobsbawm. Él mismo lo señala en sus ensayos historiográficos”<sup>37</sup>.

Las críticas de Colmenares al establecimiento fueron permanentes. No ahorró sarcasmos para referirse en público a los gobiernos de turno o a la “clase dirigente”. Sin mencionarlos muchas veces, con inteligencia y lenguaje en extremo culto y mesurado, lanzaba dardos incendiarios. Una muestra de este esteticismo puede encontrarse en la

---

<sup>37</sup> Pablo Rodríguez. Entrevista citada. Para Renán Silva, Colmenares “tenía una visión ‘reposada’ de Marx, a la que distinguía de toda forma de activismo radical y de toda clase de ejercicio de la violencia” (Silva, 2007: 132).

entrevista concedida a Patricia Dávila, en 1977, para la Revista Nueva Frontera. Cuando se le preguntó si “el marxismo, que ha penetrado tanto en las ciencias sociales había enriquecido de alguna manera la historiografía colombiana”, empezó su respuesta con un rechazo a la pregunta:

“Esto de la penetración sugiere que el Marxismo es una doctrina insidiosa que penetra en contra del buen parecer de quienes están encargados de mantener una censura y las buenas costumbres; penetra en aquellos dominios reservados a una ortodoxia eclesiástica, o moral, o política...”

Más adelante señaló:

Los ingleses, tan admirados en Bogotá, saben desde hace rato (y creo que lo decía Tawny), que después de Marx se es marxista o antimarxista. Temo que en Colombia no se haya producido este fenómeno por lo menos en el caso de los antimarxistas, pues ninguno ha leído a Marx...”

Otras frases fueron más directas y contundentes:

“Para la clase dirigente, este país nunca ha existido sino como una fuente de ingresos”.

“La burguesía colombiana no sustenta su praxis política en los ideales de Bolívar o Santander, sino en las enseñanzas de la Escuela de Chicago, que invita a contraer salarios, a recortar el gasto público en hospitales y universidades y en aumentar la tasa de acumulación del capital”.

Pero Usted, le preguntó Patricia Dávila, no puede negar que algunos sectores de la burguesía también se preocupan por la historia. Y fue esta la respuesta de Colmenares:

“¿Por la historia de las cotizaciones de la bolsa, o por la historia de sus familias?”

El final de la entrevista fue una defensa de la Universidad Pública y del estamento profesoral:

“Me resisto al insulto que representa para la inteligencia solicitar la recomendación de un directorio político. Mientras más se rebaje la condición del profesor, más remota será la existencia de una universidad. Salarios de hambre en la Universidad Nacional, por ejemplo, hacen más difícil cada día el reclutamiento de gente capacitada. Pero si se quiere una Universidad barata, no dudo que se consiga. Barata en todo sentido”.

Mantuvo esta contradicción a lo largo de su carrera. En 1971, a su regreso de Francia, como vimos, la Universidad de los Andes se negó a contratarlo porque había impulsado, junto a Eduardo Camacho, una agremiación para defender los intereses profesorales, porque se había opuesto al carácter político y no académico de los directivos, o porque se había convertido en uno de los más severos críticos de la historia tradicional. Cualquiera que haya sido la razón, se le cobró su pensamiento y se le obligó a buscar refugio en el único sitio en que lo encontró: la Universidad del Valle.

Poco después, algunas cartas de Germán se hicieron públicas para quejarse del trato que la burocracia universitaria brindaba a su labor investigativa, para lamentar el trato laboral a su persona y a los profesores universitarios, o para renunciar al patrocinio de Colciencias por las trabas administrativas que imponía a sus investigaciones. Otro blanco de sus quejas apuntó a la “penuria económica crónica de las universidades”, que afectaba la adquisición de

libros y revistas especializados y, en general a los obstáculos que revelaban “la manera deprimente y mezquina como se concibe el apoyo a las investigaciones universitarias”: “los presupuestos destinados a la investigación se asimilan a privilegios patrimoniales acordados por el Estado o a ventajas excepcionales de contratación por parte del Estado” (Colmenares, 1997d: 106).

Antes de volver a la Universidad de los Andes, al final de sus días, Colmenares intentó vincularse a la Universidad Nacional pero desistió porque algunas interpretaciones del estatuto de dicha universidad le arrebatában su carácter de profesor titular y lo sometían en categoría y salario a condiciones absurdas. El descontento por el poco estímulo a la investigación y a la producción histórica fue asunto permanente de sátira cáustica en sus intervenciones. Cada alegato, sin embargo, le dolía: “mediando una recompensa económica, no podría sino disminuirme”<sup>38</sup>.

Tampoco despreció ocasión para referir el descuido y desinterés del Estado frente a las Humanidades. En un escrito publicado por la Universidad de Medellín (1975b), Colmenares criticó la aplicación de indicadores a las humanidades: “los índices ‘estudiante por profesor’ o ‘estudiante por programa’ alarman a quienes se ocupan de trazar políticas universitarias”. En consecuencia, dijo, “se ha renunciado abiertamente a cualquier pretensión de ‘humanizar’ las carreras técnicas”:

“Antes que cuestionar el contenido y la verdadera significación de las ‘humanidades’, el procedimiento adoptado ha consistido más bien en liberar el ‘mercado’

---

<sup>38</sup> Carta dirigida al Comité de Credenciales de la Universidad, 9 de marzo de 1978. ACUV, HVGC

universitario de cualquier intervención y ‘dejar flotando’ las humanidades al vaivén de una ‘oferta’ (excesiva) y una demanda (escasa) que naturalmente, las ha ido depreciando (...)

(...) Opera una falacia que consiste en identificar el mercado con las necesidades sociales. Se nos dice que la Universidad debe adecuar su producto a las condiciones de un mercado profesional. Para lograrlo se bloquean las finanzas de la institución obligándola a deshacerse de lo que se considera superfluo y cuya existencia obedecía a las necesidades de un ‘modelo’ universitario en crisis. Es claro que los esfuerzos de la política ‘educativa’ del Estado no se dirigen a incrementar el saber (que sencillamente se importa) sino de adaptar la universidad a las exigencias de un aparato productivo manejado por empresarios privados. La contratación de habilidades específicas por parte de éstos o del Estado, que secunda sus esfuerzos, es lo que constituye el mercado de trabajo profesional” (Colmenares, 1975b: 132-133).

Con todo, una de sus mejores expresiones políticas se encuentra en el prólogo a la cuarta edición del primer tomo de la *Historia social y económica de Colombia*. No solo interviene en los debates ideológicos que vivía la universidad en el momento sino que, en cierta forma, vaticina con absoluta claridad la crisis de la educación superior pública que recién se expresaba con un rumor oculto.

## **Epílogo**



Con Amalia y Esteban

**S**in discusión, Germán Colmenares es considerado uno de los más destacados historiadores de Colombia y América Latina. Sus combates iniciales fueron contra la historia tradicional y el positivismo; por una “nueva historia”, es decir, por una nueva forma de escribir la historia, con nuevo estilo, nuevos métodos y teorías, nuevas fuentes, nuevos problemas, preguntas e intereses. El adjetivo con el cual el poeta Darío Jaramillo identificó a su generación en la introducción al Manual de Colcultura (1976): la “Nueva Historia”, se quedó para siempre y tuvo en Germán a uno de sus padres y más esclarecidos expositores. En él, como en ningún otro, se puso de presente con notoria transparencia una premisa de la historia intelectual: sobre su obra influyó su época, las condiciones económicas, sociales, políticas y culturales del entorno en que vivió; su propia biografía, así como también las relaciones intelectuales en que se desarrolló a lo largo de su vida.

La producción historiográfica de Germán Colmenares es un continuo trasegar por ese intento de construir y sustentar nuevas y diferentes explicaciones e interpretaciones sobre el devenir de nuestras sociedades. Se levantó, por ello, contra los metarelatos que implementaban modelos prefabricados sobre la realidad existente y se acercó a cada postulado de manera crítica y pragmática, con la investigación concreta y el análisis comparativo como soportes dialécticos y creativos. Buscó en cada escuela historiográfica los aportes más valiosos para su trabajo específico y se inspiró en teorías y autores de un espectro y otro, de diversas latitudes y formaciones. Fue así como fabricó, según sus propias palabras, “cercos permanentes a problemas esenciales” para “reducir” conceptualmente

todas las posibles determinaciones de una realidad que ya no le era esquivada. Lo particular de su quehacer fue el incesante diálogo con la academia occidental y la interacción entre las ciencias sociales. Su dedicación por la región, un concepto que construyó y consolidó, se convirtió en el escenario cada vez más amplio de su obra, tanto escrita como pedagógica. Su voluntad por la renovación o, si se quiere, su angustia por la superación, lo llevó a la formulación de propuestas cada vez más innovadoras, aún a riesgo de replantear su propia obra.

Si se buscara una especie de “manifiesto” o explicación para el “hilo” productivo en la obra de Germán, sería imperativo recordar una de sus tempranas afirmaciones:

“...la tarea de un historiador en Colombia está repleta de la excitación que produce una perspectiva ilimitada de tierras vírgenes. La abundancia misma de los problemas y de la información invitan a desplazar constantemente los enfoques, retomar temas esbozados anteriormente o sencillamente comenzar de nuevo desde un ángulo diferente.

“Consideraciones teóricas y metodológicas obligan a menudo a rehacer el camino o a completar esbozos insinuados en trabajos anteriores. Una síntesis no puede resultar de una simple sumatoria de aspectos diferentes de la realidad histórica sino que debería ser el refinamiento progresivo de una idea. Posiblemente sólo en esto resida el carácter científico de esta disciplina: en su capacidad de plantear un problema y de reformarlo hasta el punto en que sus términos abarquen la máxima realidad posible” (Colmenares, 1979: xxvi).

Colmenares, en efecto, construyó su obra en medio de debates, contradicciones, y rupturas con otros y consigo

mismo. Cada uno de sus nuevos trabajos dialogó con los anteriores y con otros autores, se autocriticó, se revisó, probó fuentes, formuló preguntas, persiguió modelos flexibles y se desplazó teóricamente; creó y desarrolló, arrojó luces para trabajos ulteriores e impulsó nuevas temáticas. Por eso, del estudio sobre Cali, Colmenares concluye que el “punto focal” para el análisis de la sociedad neogranadina no puede ser el espacio urbano sino las “zonas de frontera”. De inmediato, con su estudio sobre Popayán, abordó los distritos mineros, los espacios indígenas y desentrañó con ello la compleja relación entre la mina y la hacienda, entre la producción minera y la agrícola, para comprender la estructura económica y social de la Colonia en una región determinada. Colmenares no tuvo una meta diferente a la de construir visiones históricas sintéticas y al mismo tiempo abarcadoras. A ello dedicó su vida con una disciplina inquebrantable; no dio descanso a su escritura.

Con sus trabajos historiográficos, con sus permanentes traducciones, con su preocupación por los debates contemporáneos entre sus colegas, Colmenares trascendió la historia económica y social y se acercó con desvelo a los estudios sobre la cultura. Una vez más, su análisis en torno a la Gobernación de Popayán le abrió escenarios: la esclavitud fue ligada a la cuestión del negro, a la cuadrilla, a sus formas de relación y asentamiento, a su identidad y sus familias. La “mentalidad” del esclavo y del señor llamó su atención como ocurrió con la subordinación social o las “formas” productivas. Empezó a girar de un asunto a otros, a buscar respuestas para cada duda.

Desde la Colonia, con sus diversas monografías y síntesis, Colmenares no dio un “salto al vacío” tras el siglo XIX. Más bien, regresó a él como historiador de las ideas; incluso,

a sus primeros balbuceos teóricos como estudiante de filosofía y su trabajo de grado como abogado. Una década, la del setenta, lo llevó a estremecerse con los debates políticos e historiográficos del momento y con los aportes de las ciencias sociales al conocimiento e interpretación del devenir humano; pero, sobre todo, con sus investigaciones se aproximó también a explicaciones válidas sobre la crisis colonial y la independencia. Colmenares comprendió el fracaso de las estrategias de dominación colonial, el agotamiento de los sistemas productivos y sus ciclos, la desintegración de las actividades económicas, la fragmentación del territorio, las fracturas del conjunto productivo y sus consecuencias sobre el poder y la política en medio de una coyuntura nada favorable para la Corona española. De allí, Colmenares avizoró la transformación de los circuitos productivos, el surgimiento de sociedades marginales de campesinos pobres y negros libres, así como la formación de identidades étnico-culturales, para referir tan solo una línea de ejemplo. Su manera de hacer historia no se aislaba del presente; por el contrario, procuraba explicarlo, develar sus signos a través del tiempo.

Su último libro *“Convenciones contra la cultura”*, retomó sus preocupaciones siempre presentes sobre la totalidad histórica y sus observaciones recientes frente al siglo XIX, o incluso el XX con *“Rendón”*. Colmenares encontró en la historiografía del siglo XIX una especie de “contracultura” que se ocupaba de invisibilizar a los sectores sociales que brotaron con la independencia, aquellos que destrozaron las razas con sus mezclas, que rompieron los límites de las fronteras conocidas, que diversificaron las formas de propiedad y de trabajo y que construyeron nuevos imaginarios, identidades y formas culturales colectivas.

Dejó abierta la senda para muchos historiadores entre los cuales contó siempre a sus alumnos.

El trabajo académico de Germán es coherente, sí, pero en revisión constante, plagado de ires y venires, de reconsideraciones y cuestionamientos, de desarrollos y brechas orientadas.

El balance que se ha hecho, con sus propios errores y limitaciones, busca señalar ante todo que, si bien la crítica a su obra fue propuesta por él mismo y producto de condiciones atrás referidas, el reconocimiento por su contribución a la historiografía y las Ciencias Sociales, la validez de sus más importantes aportes, es tan innegable como su dedicación, empeño y entrega; cualidades de un maestro.



Con Amalia

## **Bibliografia**

**PÁGINA EN BLANCO  
EN LA EDICIÓN IMPRESA**

# 1. Bibliografía de Germán Colmenares

## Libros

- (1961a). Esquema para una historia de las ideas políticas en Colombia durante el siglo XIX. Bogotá, Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, Tesis (Doctor en Jurisprudencia).
- (1968). Partidos políticos y clases sociales. Bogotá, Italgaf, Uniandes. (Hay otras ediciones). Para el presente texto se ha usado la publicación de (1997a), Bogotá, Tercer Mundo Editores, Universidad del Valle, Banco de la República, Colciencias.
- (1969a) Las haciendas de los Jesuitas en el Nuevo Reino de Granada: siglo XVIII. Bogotá, Universidad Nacional. Dirección de Divulgación Cultural, Tercer Mundo.
- (1969b-1999). Encomienda y población en la Provincia de Pamplona 1549-1650. Bogotá, Uniandes. Fue reeditado en (1999), Pamplona, Universidad.
- (1969c). Fuentes coloniales para la historia del trabajo en Colombia: transcripciones del Archivo Histórico Nacional de Bogotá de G. Colmenares, M. de Melo, D. Fajardo. Bogotá, Eds. de la Universidad de los Andes.
- (1970). La provincia de Tunja en el Nuevo Reino de Granada: ensayo de historia social 1539-1800. Bogotá, Universidad de los Andes. Facultad de Artes y Ciencias. Departamento de Historia. (Hay varias ediciones).
- (1973) Historia económica y social de Colombia I, 1537-1719. Cali, Universidad del Valle, 1973. (Hay otras ediciones). Para el presente texto se ha usado la publicación de (1997b), Bogotá, Tercer Mundo Editores, Universidad del Valle, Banco de la República, Colciencias. Se mencionó, igualmente, la edición de La Carreta y Oveja Negra, aparecida en 1975.
- (1975a) Cali: terratenientes, mineros y comerciantes, siglo XVIII. Cali, Universidad del Valle, División de Humanidades. Carlos Valencia Editores la publicó en 1980.

- (1979) Popayán, una sociedad esclavista. Medellín, La Carreta. (Este libro fue reeditado bajo el título “Historia económica y social de Colombia II. Popayán, una sociedad esclavista 1680-1800”, en la colección (1997c), Bogotá, Tercer Mundo Editores, Universidad del Valle, Banco de la República, Colciencias.
- (1984a). Ricardo Rendón: una fuente para la historia de la opinión pública. Bogotá, Fondo Cultural Cafetero.
- (1987a). Las convenciones contra la cultura: ensayos sobre la historiografía hispanoamericana del siglo XIX. Bogotá, Tercer Mundo Editores.
- (1989a). Relaciones e informes de los gobernantes de la Nueva Granada. Bogotá, Fondo de Promoción de la Cultura del Banco Popular.
- (1997d). Ensayos sobre historiografía. Bogotá, Banco de la República, Universidad del Valle, Colciencias, Tercer Mundo Editores. (Reedición y compilación de escritos dispersos).

## Artículos y capítulos

- (1959). “Consideraciones acerca de la idea del derecho natural”. *Revista del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario*, (Bogotá), vol. 54, no. 449 (Mar-May), p. 13-42.
- (1960). “Notas sobre un texto de Hegel”. *Revista del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario*, (Bogotá), vol. 55 no. 451 (Mar-May), pp. 57-66.
- (1961b). “Crítica del doctrinarismo radical”. *Boletín Cultural y Bibliográfico*, (Bogotá), vol. 4, no. 6 (Jun), p. 517-524.
- (1961c) “Las meditaciones de Juan García del Río”. *Revista Esquemas*, (Bogotá), no. 1, julio, pp. 18-26.
- (1961d) “Libros. Los conflictos socioeconómicos de nuestra historia”. *Revista Esquemas*, (Bogotá), no. 2, agosto, pp. 23-25.
- (1965a). “Florentino González, el Mentor”. *Revista del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario*, (Bogotá), vol. 59, no. 474 (Nov-Dic), p. 69-83.

- (1965b). "El conservatismo y sus fuentes". *Eco. Revista de la Cultura de Occidente*, (Bogotá), vol. 12, no. 1 (Nov), p. 8 - 30.
- (1966). "Formas de la conciencia de clase en la Nueva Granada: (1848-1854)". *Boletín Cultural y Bibliográfico* (Bogotá), vol. 9, no. 3 (Mar), p. 388-410.
- (1967). "Vargas Llosa y el problema de la realidad en la novela". *Eco. Revista de la Cultura de Occidente*, (Bogotá), vol. 14, no. 4 (Feb), p. 403-415.
- (1971-1972). "Problemas de la estructura minera en la Nueva Granada (1550-1700)". *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, (Bogotá), no. 6/7, p. 5-55.
- (1972). "El papel de la historia regional en el análisis de las formaciones sociales". *Ideología y Sociedad*, No. 12, pp. 75-81.
- (1974). "Censos y capellanías: formas de crédito en una economía agrícola". *Cuadernos colombianos*, (Medellín), vol. 1, no. 2 (Mar-Jun), p. 123-144.
- (1975b). "Cultura y universidad". *Udem*, (Medellín), no. 20 (Jul-Sep), p. 129-138.
- (1977). "La historiografía científica del siglo XX". *Eco. Revista de la Cultura de Occidente*, (Bogotá), vol.31,no.192 (Oct), p.561-602.
- (198-). Estudio sobre el estado de desarrollo y de inserción social en el área de la Historia. Bogotá, [s. n.]
- (1980). "Los esclavos en la gobernación de Popayán 1680-1780". En, *Ensayos sobre historia económica colombiana*, Bogotá, Fedesarrollo, p. 1-49.
- (1981). "El rey y el pueblo". *Nueva Frontera*, (Bogotá), no. 325 (Abr), p. 22-24.
- (1982). "La prosperidad a debe". *Nueva Frontera*, (Bogotá), no. 392 (Jul. 26 / Ago.1), p. 17-20.
- (1982). "La nación y la historia regional en los países andinos. 1870-1930". Washington, Smithsonian Institution.
- (1983). "Economía y clases sociales en el siglo XIX". En: *Aspectos polémicos de la historia colombiana del siglo XIX. Memoria de un seminario*. Bogotá, Fondo Cultural Cafetero, pp. 135-184.

- (1984b) “Los Jesuítas: modelo de empresarios coloniales”. *Boletín Cultural y Bibliográfico*, (Bogotá), vol. 21, no. 2, p. 42-53.
- (1985). “¿Si será verdad tanta igualdad?” *Boletín cultural y bibliográfico* (Bogotá), vol. 22, no. 4, p. 89-91.
- (1986a). “La ‘Historia de la Revolución’, por José Manuel Restrepo: una prisión historiográfica” y “Castas, patrones de poblamiento y conflictos sociales en las provincias del Cauca, 1810-1830”. En, *La Independencia: ensayos de historia social*. Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura.
- (1986b) “Castas, patrones de poblamiento y conflictos sociales en las provincias del Cauca, 1810-1830). En, Deler, Jean Paul y Saint Geours, Yves (Compiladores). *Estados y naciones en los Andes (Hacia una historia comparativa*. Bolivia, Colombia, Ecuador, Perú). Lima, IEP-IFEA, 2 vols.
- (1987b). “Sobre fuentes, temporalidad y escritura de la historia”. *Boletín Cultural y Bibliográfico*, (Bogotá), vol. 24, no. 10, p. 3-18. Reproducido en (1997d).
- (1987c). “Poco para la historia”. *Boletín Cultural y Bibliográfico*, (Bogotá), vol. 24, no. 13, p. 107-108.
- (1987d) “La formación económica de Colombia”. En, José Antonio Ocampo (Editor). *Historia económica de Colombia*. Bogotá, Fedesarrollo – Siglo XXI Editores.
- (1988). “El terror y la tortura”. *Boletín Cultural y Bibliográfico*, (Bogotá), vol. 25, no. 14, p. 74-76.
- (1988b). “¿Qué tan profundo es el tema?” *Boletín Cultural y Bibliográfico*, (Bogotá), vol. 25, no. 15, p. 128-129.
- (1988c). “Influencia de un siglo”. *Boletín Cultural y Bibliográfico*, (Bogotá), vol. 25, no. 15, p. 185-186.
- (1988d). “Un nivel envidiable”. *Boletín Cultural y Bibliográfico*, (Bogotá), vol. 25, no. 17, p. 170-172.
- (1989b) “Retomando viejas discusiones mal resueltas”. *Boletín Cultural y Bibliográfico*, (Bogotá), vol. 26, no. 18, p. 118-120.
- (1989c). “Sólido, insípido, útil”. *Boletín Cultural y Bibliográfico*, (Bogotá), vol. 26, no. 18, p. 116-118.

- (1989d). “Del periódico al libro”. *Boletín Cultural y Bibliográfico*, (Bogotá), vol. 26, no. 19, p. 130-132.
- (1989e). “Libro admirable”. *Boletín Cultural y Bibliográfico*, (Bogotá), vol. 26, no. 20, p. 124-126.
- (1989f) “La economía y la sociedad coloniales”. En, Nueva Historia de Colombia. Bogotá, Planeta, Vol. 1. Fue publicado también en el Manual de Historia de Colombia, Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura, 1978, 1980 y Procultura, 1984.
- (1989g) “Factores de la vida política colonial: el Nuevo Reino de Granada en el siglo XVIII (1713-1740). En, Nueva Historia de Colombia. Bogotá, Planeta, Vol. 1.
- (1989h) “Ospina y Abadía: la política en el decenio de los veinte”. En, Nueva Historia de Colombia. Bogotá, Planeta, Vol. I.
- (1990a). “La aparición de una economía política de las Indias”. *Anales de la Universidad de Antioquia*, (Medellín), vol. 59, no. 220 (Abr-Jun), p. 31-44.
- (1990b). “El tránsito a sociedades campesinas de dos sociedades esclavistas en la Nueva Granada: Cartagena y Popayán, 1780-1850”. *Huellas*, (Barranquilla), no.29 (Ago), p.8-24.
- (1990c). “Historia social de las ideas”. *Boletín Cultural y Bibliográfico*, (Bogotá), vol. 27, no. 22, p. 141-143.
- (1990d). “La ley y el orden social: fundamento profano y fundamento divino”. *Boletín Cultural y Bibliográfico*, (Bogotá), vol. 27, no. 22, p. 3-19.
- (1990e) “Arte y sociedad en la Nueva Granada colonial”. *Historia Crítica*, (Bogotá), no. 4, (julio.diciembre), pp. 5-45.
- (1991) “La batalla de los manuales en Colombia”. En, Michael Riekenberg (comp), *Latinoamérica: enseñanza de la historia, libros de textos y conciencia histórica*, Buenos Aires, Alianza Editorial/Flacso. Reproducido por *Historia y Espacio*, (Cali), no. 15 (Abr), p. 87-99.

## 2. Bibliografía acerca de Germán Colmenares

- Almario, Oscar (2010). "Germán Colmenares: un historiador visto en fragmentos". *Revista Procesos*, Quito, Universidad Andina Simón Bolívar, No. 32, segundo semestre.
- Arango Londoño, Manuel (1997). *Germán Colmenares: historia e historiografía*. Medellín, Todográficas.
- Carranza, María Mercedes (1976). "Germán Colmenares". *Nueva Frontera*, Bogotá, No. 97 (Sep. 10-17).
- Dávila, Patricia (1977). "La historia de la Nueva historia". *Nueva Frontera*, Bogotá, No. 151 (Oct. 5-11).
- Díaz Díaz, Fernando (1981). "Interrogatorio a la nueva historia". *Gaceta*, Bogotá, No. 27.
- Escorcia, José (1991). "Reflexiones sobre Convenciones contra la cultura". *Historia y Espacio*, Cali, No. 14 (Junio).
- Fajardo, Darío (1999). "Contribución de la obra de Germán Colmenares a la historia regional". En, *Germán Colmenares: ensayos sobre su obra*. Bogotá, Tercer Mundo.
- Fernández, Lelio (1991). "En torno a las Convenciones contra la cultura". *Historia y Espacio*, Cali, No. 14 (Junio).
- Ferré, Rafael (2011) "Las convenciones contra la cultura". En, "Pluma y pincel". [http://www.plumaypincel.cl/index.php?option=com\\_content&view=article&id=70%3Aresena-las-convenciones-contra-la-cultura-1986-de-german-colmenares-rafael-ferre&catid=39%3Adebate&Itemid=86](http://www.plumaypincel.cl/index.php?option=com_content&view=article&id=70%3Aresena-las-convenciones-contra-la-cultura-1986-de-german-colmenares-rafael-ferre&catid=39%3Adebate&Itemid=86). Visitado en octubre de 2012 y enero de 2013.
- Flórez, Orlando (2005). *Colmenares. Contra la muerte de la historia*. Trabajo de grado presentado en la Maestría en Historia de la Universidad Nacional sede Medellín. Inédito.
- Garavito Fernando (1999). "Germán Colmenares, apuntes para una biografía". En, *Germán Colmenares: ensayos sobre su obra*. Bogotá, Tercer Mundo.
- Garrido, Margarita (1984). "Vals social en el siglo XVIII". *Boletín Cultural y Bibliográfico*, Bogotá, Vol. 21, no. 1, p. 102.

- \_\_\_\_\_. (1991). "Maestro, colega, amigo". *Historia y Espacio*, Cali, No. 14 (Junio).
- \_\_\_\_\_. (1999). "Germán Colmenares: renovador de la investigación histórica". *Revista Credencial Historia*, Bogotá, No. 115 (Julio).
- \_\_\_\_\_. (1999). "Germán Colmenares: sobre investigación y escritura". En, Germán Colmenares: ensayos sobre su obra. Bogotá, Tercer Mundo.
- Jaramillo Uribe, Jaime (1990). "Germán Colmenares y su obra". *Historia Crítica*. (Bogotá), no. 4, (julio.diciembre), pp. 5-45.
- \_\_\_\_\_. (1999). "La contribución de Germán Colmenares a la historia intelectual y a la metodología de la historia". Conferencia leída en el acto de homenaje a Germán Colmenares organizado por el Archivo General de la Nación (28 y 29 de octubre de 1997). Reproducida por *Historia Crítica*, Bogotá, No. 18.
- Kalmanovitz, Salomón (1999) "El fin de la historia patria". En, Germán Colmenares: ensayos sobre su obra. Bogotá, Tercer Mundo.
- Loayza, Gilberto (2010). "Germán Colmenares". En, "Pintado en la pared", no. 26. <http://pintadoenlapared.blogspot.com/2010/03/german-colmenares.html>. Visitado en octubre de 2012 y enero de 2013.
- Lozano, Hernán (1991). "Colmenares: un rastro de papel". *Historia y Espacio*, Cali, No. 14 (Junio).
- \_\_\_\_\_. (1999). "El Colmenares que yo vislumbré". En, Germán Colmenares: ensayos sobre su obra. Bogotá, Tercer Mundo.
- Martín-Barbero, Jesús (1991). "Las convenciones contra la cultura: ¿un texto postmoderno?". *Historia y Espacio*, Cali, No. 14 (Junio).
- Mcfarlane, Anthony (1991). "Testimonio". *Historia y Espacio*, Cali, No. 14 (Junio).
- Melo, Jorge Orlando (1969). "Los estudios históricos en Colombia: situación actual y tendencias predominantes". *Revista de la Dirección de Divulgación Cultural*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, no. 2.

- \_\_\_\_\_. (1985). “Una summa explicada de nuestro mejor caricaturista”. *Boletín Cultural y Bibliográfico*, Bogotá, Vol. 22, no. 3.
- \_\_\_\_\_. (1990). “Germán Colmenares: transformó la visión histórica de la Colonia”. *Revista Credencial Historia*, Bogotá, No. 5 (Mayo).
- \_\_\_\_\_. (1990). “Germán Colmenares: una memoria personal”. *Anales de la Universidad de Antioquia*, Medellín, Vol. 59, no. 220 (Abr./Jun.). Aparecido, igualmente en *Boletín Cultural y Bibliográfico*, Bogotá, Vol. 27, no. 22 (1990) y en *Campus*, Cali, No. 3 (Junio).
- Melo, Jorge Orlando et. Al. (1999). *Germán Colmenares: ensayos sobre su obra*. Bogotá, Tercer Mundo, Universidad del Valle, Banco de la República, COLCIENCIAS.
- Navia, Lisandro (1986). “¿Los historiadores a espaldas de la historia?”. *Unaula*, Medellín, No. 6, (Sep).
- Palacio Preciado, Jorge (1999) “Germán Colmenares: aportes a la historiografía de la esclavitud”. En, *Germán Colmenares: ensayos sobre su obra*. Bogotá, Tercer Mundo.
- Riekemberg, Michael. (1991). “Las convenciones contra la cultura: Germán Colmenares”. *Historia y Espacio*, Cali, No. 14 (Junio).
- Rueda, José Eduardo (s.f). “Colmenares, Germán. Parte de “Biografías. Gran Enciclopedia de Colombia del Circulo de Lectores”. Reproducido por <http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/biografias/colmgerm.htm>. Visitado en octubre de 2012 y enero de 2013.
- Silva, Renán (1999). “La edición de las obras completas de Germán Colmenares”. *Revista Universidad del Valle*, Vol. 20. Se retoma en, *A la sombra de Clío. Diez ensayos sobre historia e historiografía*. Medellín, La Carreta Histórica, 2007.
- \_\_\_\_\_. (2007). “La paradoja de Colmenares”. *Historia y sociedad*, Medellín, no. 13, (noviembre).
- Tovar Zambrano, Bernardo (1989). “Germán Colmenares: Las convenciones contra la cultura”. Reseña. *Historia Crítica*, Bogotá, no. 1, (enero-junio).

- \_\_\_\_\_. (1989). "La historiografía colombiana". En Nueva Historia de Colombia, Tomo IV. Bogotá, Planeta.
- \_\_\_\_\_. (1994). La historia al final del milenio: ensayos de historiografía colombiana y latinoamericana. Acápite: "La obra de Germán Colmenares: de la historia económica y social a la historia cultural de la Colonia", Bogotá, Universidad Nacional de Colombia.

### **3. Bibliografía consultada**

- Almario, Oscar (2005). La invención del suroccidente colombiano. Medellín: Universidad Pontificia Bolivariana, Concejo de Medellín, Corporación ICEE.
- Arciniegas, Germán (1983). Bolívar, el hombre de la gloria. Bogotá, Tercer Mundo.
- Auerbach, Erich (1950). Mimesis: la representación de la realidad en la literatura occidental. México, Fondo de Cultura Económica.
- Barthes, Roland (1953). Le degré zéro de l'écriture. Paris, Éditions du Seuil.
- \_\_\_\_\_. (1970). Análisis estructural del relato. Buenos Aires, Editorial Tiempo Contemporáneo.
- \_\_\_\_\_. (1996). Crítica y verdad. México, Siglo Veintiuno Editores.
- Caicedo, Andrés (1971). El atravesado. Cali, Editorial Mercedes.
- Chaunu, Pierre (1959). Seville et l'Atlantique (1504-1650). París, Institut des Hautes Etudes de l'Amérique Latine.
- Christaller, Walter (1966). Los lugares centrales en el sur de Alemania. NJ, Englewood Cliffs, NJ, Prentice-Hall.
- Dosse, François (2007). La marcha de la ideas: historia de los intelectuales, historia intelectual. Valencia, Universitat de València.
- Fals Borda, Orlando (1957). El hombre y la tierra en Boyacá: bases sociológicas e históricas para una reforma agraria. Bogotá, Antares.
- Febvre, Lucian (1970). Combates por la historia. Barcelona, Ariel.
- Frye, Northrop. (1977). Anatomía de la crítica: cuatro ensayos. Caracas, Monte Avila Editores.

- \_\_\_\_\_. (1963). *Fábulas de la identidad, estudios de la mitología poética*. Nueva York, Harcourt, Brace & World.
- Jaramillo Uribe, Jaime (1964). *El pensamiento colombiano en el siglo XIX*. Bogotá, Temis.
- Garrido, Margarita, Melo Jorge Orlando, et. al (1999). *Germán Colmenares: ensayos sobre su obra*. Bogotá, Tercer Mundo, Universidad del Valle, Banco de la República, Colciencias.
- Geertz, Clifford (1987). *La interpretación de las culturas*. México, Editorial Gedisa.
- Gombrich, Ernst H. (1979). *Arte e ilusión: estudio sobre la psicología de la representación pictórica*. Barcelona, G. Gili.
- Hobsbawm, Eric (1980). "The revival of narrative: some comments". *Past and present*, (Oxford), no. 86. Germán Colmenares lo tradujo bajo el título "De la historia social a la historia de la sociedad".
- Koselleck, Reinhart (1993). *Futuro pasado: para una semántica de los tiempos históricos*. Barcelona, Ediciones Paidós.
- Mills, Charles Wright (1961). *La imaginación sociológica*. México, Fondo de Cultura Económica.
- Nieto Arteta, Luis (1941). *Economía y cultura en la historia de Colombia*. Bogotá, Ediciones Librería Siglo XX.
- Ospina Vásquez, Luis (1955). *Industria y protección en Colombia*. Medellín, Editorial Santa Fe.
- Panofsky, Erwin (1972). *Estudios sobre iconología*. Madrid, Alianza Editorial.
- Plumb, John (1969). *La muerte del pasado*. Londres, Macmillan.
- Ricoeur, Paul (1999a). *Historia y narrativa*. Barcelona, Ediciones Paidós, ICE de la Universidad Autónoma de Barcelona.
- \_\_\_\_\_. (1999b). *La lectura del tiempo pasado: memoria y olvido*. Madrid, Arrecife, Ediciones de la Universidad Autónoma de Madrid.
- Silva, Renán (2007). "El Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura: un acontecimiento historiográfico", en ACHSC, Bogotá, Universidad Nacional, No. 30. Incluido en, *A la sombra de Clío; diez ensayos sobre historia e historiografía*, Medellín, La Carreta.

- Skinner, Quentin. "Meaning and understanding in the History of Ideas". En, *History and Theory* 8 (1969). Este artículo se encuentra reimpresso en Tully, James (comp). *Meaning and Context*, p. 64.
- \_\_\_\_\_. (2007). Lenguaje, política e historia. Buenos Aires, Universidad Nacional del Quilmes.
- Stone, Lawrence (1982). "La historia como narrativa". *Revista Debates*, (Valencia), Instituto Alfonso el Magnánimo, no. 4. Germán Colmenares lo tradujo bajo el título "El renacer de la narrativa: reflexiones sobre una nueva vieja historia".
- Svensson, Anna (2006-2007). "Magnus Mörner: una vida en archivos y bibliotecas". *Anuario Americanista Europeo* (Estocolmo), no. 4-5, pp. 385-400.
- Torres Giraldo, Ignacio (1973-1974). Los inconformes: historia de la rebeldía de las masas en Colombia. Bogotá, Margen Izquierdo.
- Tovar, Hermes (1970). "Estado actual de los estudios de demografía histórica en Colombia", en: *Anuario colombiano de Historia Social y de la Cultura*. Bogotá, Universidad Nacional, No. 5.
- \_\_\_\_\_. (1993). Relaciones y visitas a los Andes S. XVI. Bogotá, Colcultura, Instituto de Cultura Hispánica.
- Tully, James (comp) (1988). *Meaning and Context. Quentin Skinner and his critics*. Princeton, Princeton University Press.
- Varios Autores (1976). *La nueva historia de Colombia*. Bogotá, Biblioteca Básica Colombiana, Instituto Colombiano de Cultura.
- Varios Autores, Grupo de Investigación Nación, Cultura, Memoria (2012). *Historia de Cali, siglo XX*. 3 Tomos. Universidad del Valle, Alcaldía de Cali.
- Weber, Max (1967). *El político y el científico*. Madrid, Alianza.
- White, Hayden (1992a). *Metahistoria: la imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*. México, Fondo de Cultura Económica.
- \_\_\_\_\_. (1992b) *El contenido de la forma: narrativa, discurso y representación histórica*. Barcelona, Ediciones Paidós.



Universidad  
del Valle

## Programa Editorial

Ciudad Universitaria, Meléndez

Cali, Colombia

Teléfonos: (+57) 2 321 2227

321 2100 ext. 7687

<http://programaeditorial.univalle.edu.co>

[programa.editorial@correounivalle.edu.co](mailto:programa.editorial@correounivalle.edu.co)

**¡ S i g u e n o s !**



programaeditorialunivalle